



La heredera de Rouen

Camila Winter

La heredera de Rouen

Camila Winter

La heredera de Rouen-Camila Winter. ©2018

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora©2018 enero. Nueva edición.

©María Noel Marozzi Dutrenit.

Amparada en la ley universal de derechos de autor y en la ley 17616 de la República Oriental del Uruguay.

Nota de la autora.

La presente es una novela de ficción, una historia de romance y suspenso ambientada en Francia a fines del siglo XIX. Los nombres y lugares mencionados en al presente son invención de la autora y no guardan semejanza con la realidad.

TABLA DE CONTENIDOS

ÍNDICE GENERAL

[La heredera de Rouen](#)

[Camila Winter](#)

[Lille- Francia](#)

[Año 1872](#)

[Primera parte](#)

[La carta](#)

[Camile](#)

[La herencia](#)

[El marqués](#)

[El filtro de amor](#)

[Después de la tormenta](#)

[El fantasma](#)

[En tus brazos](#)

La heredera de Rouen

Camila Winter

Lille- Francia

Año 1872

Primera parte

La carta

Llegué al Château Valois una fría mañana de comienzos de otoño con tres maletas y la señorita Claire, mi antigua institutriz, jadeando y aterida de frío pues una brisa helada nos había seguido luego de salir de la estación de tren como un demonio furioso y a pesar de los abrigo que llevábamos se colaba por todas partes haciéndonos tiritar.

La visión de la fortaleza medieval en lo alto de un risco y rodeado por espesos bosques me deslumbró, quedé sin poder pronunciar palabra. Era magnífica, hermosa, una fortaleza inmensa conservada intacta a pesar del tiempo.

—Hemos llegado... estamos a salvo, al fin—dije.

La señorita Laurent se puso seria. La travesía había sido larga y penosa y según ella: llena de peligros.

—No sé ni cómo me ha convencido. Esa carta mademoiselle... —
dijo.

—Por favor señorita, deje de quejarse, tengo los nervios de punta ahora. Hablaré con el conde y le pediré ayuda.

Ella sostuvo mi mirada con gesto torvo.

—Y espero que la ayude a librarse del marqués de Cleves. Pues no imagino que pueda suceder si se niega a hacerlo. Debe contarle lo que le hizo... aunque la llene de pena hacerlo.

La mención del perverso marqués de Cleves me llenó de espanto.

—Oh no puedo pensar en eso ahora, por favor mademoiselle. El marqués no debe saber que estoy aquí nunca, por favor.

—¿Y si luego de leer la carta no la ayuda como tanto anhela señorita, qué será de usted entonces?

—No quiero pensar en eso. Por favor—le respondí y así una de mis maletas más pequeñas con decisión pensando en el asunto de la carta. Mi padre me había pedido que buscara al conde de Valois si algo malo pasaba y ciertamente que a poco de morir me vi asediada por parientes avarientos que no dejaban de decir que una mujer no podía heredar tan magnífico edificio.

Estaba nerviosa, aterrada y había adelgazado luego de esas semanas. Sentía el vestido holgado y mi cabello debía estar horrible. ¿Cómo podría presentarme ante él? Estaba tan desesperada entonces que ni siquiera me detuve a pensar qué haría el conde luego de leer esa carta.

—Señorita Guerine, no se haga ilusiones por favor, creo que sería

prudente contarle lo que ha sufrido estas semanas en manos de ese demonio. No tema hacerlo. Tal vez el conde no la ayude si no le dice la verdad.

—Bueno, si se niega a ayudarme entonces sí le diré.

—Tenga cuidado... temo que no podré quedarme aquí mucho tiempo para cuidar de usted.

—Señorita Claire por favor, no soy una niña. Tengo diecinueve años —protesté.

—Oh mademoiselle, lamento mucho que su padre no haya concertado un matrimonio para usted cuando pudo hacerlo. Ahora estaría a salvo junto a su esposo y no habría tenido que sufrir ese horrible cautiverio...

—Ni lo mencione por favor. No hable de ello aquí, podrían oírla. Mi honor señorita Claire mi honor está en juego ahora.

—Está bien, no lo mencionaré, lo prometo. Pero por favor recuerde mis consejos, si él acepta ayudarla a encontrar un esposo trate de no mostrarse tan tímida.

Acepté sus consejos y ambas guardamos silencio. Habíamos llegado al Château Valois y todo se veía tan solo y silencioso. Apenas un pájaro alzó el vuelo mientras el carruaje entraba en los jardines pero no había nadie cerca y el Château estaba sumido en un completo silencio.

Un criado de librea muy alto y de aire taciturno nos miró con extrañeza pero cuando recibió su tarjeta pareció cambiar de actitud. Luego

sus ojos se detuvieron en mí con cierta insolencia.

—Por favor, acompañadme señoritas. Debo avisar al conde, él no se encuentra en estos momentos pero...—dijo luego.

—¿No se encuentra aquí? OH, Monsieur, qué contrariedad, hemos viajado desde Rouen para hablar con el caballero. La señorita Guerine de Boulegne necesita entregarle una carta que dejó su padre, el conde de Boulegne—protestó la señorita Laurent inquieta.

El criado la miró sin mostrar emoción alguna.

—Aguarde aquí por favor, hablaré con madame Fontaine.

Conocía a la señorita Laurent, ella no se iría hasta que el conde regresara, era muy celosa de su trabajo y su trabajo era cuidarme de los seductores.

—Esto es muy descortés—se quejó la señorita Claire.

—El conde se ha ido, señorita... ¿qué haremos ahora? No puedo regresar al Château—balbucee.

Jamás esperé que el conde no estuviera.

—Debimos escribirle antes pero las cartas tardan tanto en llegar—me quejé.

—No teníamos tiempo de esperar una respuesta y seguramente habríamos llegado antes que la carta.

—Sí, lo sé...

—Por favor cálmese señorita Guerine. Conserve la calma. No delate que está angustiada y nerviosa o adivinarán que le pasó algo.

—Sí, lo sé pero...

—El conde está de viaje, no se ha muerto—declaró la señorita con énfasis.

Tuve la sensación de que la señora Fontaine demoraba más de media hora en aparecer y cuando lo hizo nos miró con expresión maligna. Era una dama de unos sesenta años, gruesa y alta, de cabello gris estirado en un moño y senos abundantes como las nodrizas pero estaba segura que no era más que una similitud absurda, su porte regio delataba la clase de una dama de alcurnia.

—Buenos días mademoiselle... Es usted mademoiselle Guerine de Boulegne?—preguntó, no sonreía sino que parecía alerta en realidad.

—Sí, soy yo. He venido a hablar con el señor conde de Valois.

—¿De veras? ¿Y por qué asunto desea hablarle, señorita?

Era una pregunta algo impertinente pero si esa dama era la guardiana de la fortaleza no tendría más remedio que decirle la verdad.

—Mi padre me dejó una carta para él. Necesito su ayuda. Por favor.

Algo en mi gesto debió delatarme porque la dama se acercó y me miró con extrañeza.

—ES usted la hija de Etienne de Boulegne, mademoiselle?

—Sí. Mi padre murió hace seis meses, madame.

—Lo siento mucho, supe sí que había muerto. ¿Pero por qué desea hablar con mi sobrino? Pudo enviar la carta por correo.

—Es que necesito su ayuda madame Fontaine. Por favor. Debo hablar con él.

La dama me observó con mirada torva.

—Bueno, lo siento mucho pero mi sobrino no se encuentra en el Château. Viajó a París hace unos días y regresará mañana o pasado, no estoy segura. Pero puede esperarle si lo desea, usted y su sirvienta. Haré que preparen las habitaciones de huéspedes. Por favor, acompáñeme señorita.

Estaba temblando cuando entramos al Château. La señorita tenía expresión de disgusto, no le había gustado nada la forma en que me había interrogado la dama del Château pero en realidad no podía culparla, al parecer era muy celosa de su sobrino. Pero debía conocer a mi padre y al saber que era su hija su expresión cambió.

Desde el comienzo me sentí deslumbrada por su belleza y majestuosidad del Château de los Valois. Era magnífico, soberbio y tuve la sensación de que viajaba en el tiempo y era como una princesa del medioevo de visita en un Château de algún caballero...

Sin embargo mi institutriz no se dejó intimidar por la belleza del lugar y miraba a su alrededor con un gesto de desconfianza.

Atravesamos los salones principales y nuestros pasos retumbaron en el silencio. Me sentí encantada al contemplar las galerías y ese montón de tesoros a nuestro alrededor: ricas alfombras en tono rojo y dorado, los retratos de los caballeros de Valois, el mobiliario en tono ébano y tantas cosas bellas que escaparon a sus ojos porque la señorita Laurent tenía prisa por alejarse de todo eso como si viera algún peligro invisible. Realmente se estaba poniendo muy nerviosa como si la ausencia del anfitrión del Château fuera algo imperdonable.

Madame Fontaine nos guió hasta el comedor y luego nos dejó en manos de quien debía ser el ama de llaves del Château.

—Por favor madame Louen, escolte a la señorita Boulegne y a su criada a sus aposentos.

A la señorita Claire no le agradó que la enviaran a las habitaciones de servicio pues siempre había tenido más categoría cuando vivió en Saint Michelle por haber sido primero mi niñera, luego mi institutriz y mi padre la consideraba parte de la familia y por eso dormía en las habitaciones de huéspedes. Pero ahora la pobre tuvo que aceptar ir a las de servicio.

Me sentí algo sola cuando nos separamos pero imaginé que ella iría a visitarme a mis aposentos para conversar cuando pudiera hacerlo.

La visión de mis aposentos me deslumbró pues era una habitación luminosa, con pisos oscuros de madera y mucho más espaciosa que las que

había en Saint Michelle. Me dije que madame Fontaine me había reservado las mejores habitaciones y suspiré mientras una criada desempacaba mis maletas.

No había podido llevar muchos vestidos ni tampoco abrigo, pues la señorita me había pedido que sólo llevara lo necesario, sin exagerar, pues la travesía sería larga.

Tampoco sabía si podría quedarme...

Pensé con angustia en esas semanas encerrada en mi propio hogar, sin poder sentir en mi rostro la luz del sol y me estremecí. Pero debía callar, el conde no debía saber lo que había pasado en Saint Michelle... Nadie de ese Château debía saberlo.

Recorrí la habitación y encontré un retrato de una virgen en medio de una ruta y me acerqué para arrodillarme y rezar. Debía dar las gracias a Dios y a la virgen por haberme ayudado a llegar sana y salva al Château de Lille.

—Oh, qué bueno saber que es usted católica mademoiselle Boulegne—dijo una voz.

Me incorporé inquieta y vi que frente a mí estaba madame Fontaine observándome con una sonrisa.

—Es la virgen de Vendôme, nuestra señora y protectora del Château—explicó la dama señalando el retrato—Y nuestra familia siempre ha defendido la verdadera fe, por eso nuestra señora nos salvó en el pasado.

Sonreí y ella continuó.

—El almuerzo se sirve a las doce mademoiselle, la cena a las ocho y siempre vestimos de etiqueta, aunque no haya invitados. Pero creo que será mejor que descanse hoy y almuerce y cene en su habitación. Ha de estar agotada por tan largo viaje.

La dama estaba intrigada y noté que miraba la carta que yo había dejado sobre la cama. Seguramente querría saber qué decía la carta.

—Gracias madame Fontaine, es usted muy amable—le respondí.

—Necesitas asearte y descansar pequeña. ¿Qué edad tienes?

—Diecinueve, madame.

—Oh pareces mucho menor... te ves tan niña.

Enrojecí cuando me dijo eso, ciertamente que no esperaba eso pero no me sorprendió, nadie me daba la edad que tenía, tal vez era mi cabello o la ropa que llevaba, tampoco fue muy cortés que dijera que debía asearme.

—Fue muy arriesgado lo que hizo mademoiselle. Una señorita de noble cuna, joven y hermosa no debe emprender un viaje tan largo con unos pocos criados para escoltarla. Los caminos no son seguros.

—Pedí protección al Altísimo, madame, me amparé en su cuidado antes de partir.

Ella meditó unos segundos en mis palabras y luego dijo:

—Muy desesperada debió estar para viajar desde Rouen para entregar

esa carta a mi sobrino. Pero no se preocupe, mi sobrino es un caballero de noble corazón y él la ayudará, estoy segura de ello.

—Gracias madame, ha sido muy amable al recibirme aquí—dije.

Ella asintió y luego se marchó diciendo que avisaría a las criadas para que me ayudaran con el aseo.

Cuando se hubo ido me miré en el espejo y tuve ganas de llorar. Me veía terrible. El vestido estaba cubierto de polvo y mi cabello de un rubio oscuro había perdido las cintas que lo sujetaban y los rulos que pacientemente me hacía todos los días madame Claire habían desaparecido y hasta tenía mechones lacios cayendo sobre mi frente curva. Hice un gesto de rabia pensando cómo lograría poner cada mechón liberto en su sitio. Recé para que mi vieja nodriza me ayudara con mi cabello, no quería parecer una campesina en ese Château.

Un sonido en la puerta me sobresaltó.

—Mademoiselle Guerine, necesita asearse y cambiarse el vestido.

—Sí, lo sé, me veo terrible.

—Bueno, imagino que ha de haber un cordel para llamar a la servidumbre en algún sitio—dijo la señorita.

—Madame Fontaine dijo que me enviaría a las criadas para ayudarme con el aseo.

—Esa dama parecía una suegra celosa observando a su futura nueva.

No parecía muy amable y creo que sospecha algo.

Pensé lo mismo pero tuve miedo de hablar en voz alta.

—Bueno, al menos nos permitió quedarnos hasta la llegada de su sobrino señorita Claire, ¿qué habría sido de nosotras si nos hubiera expulsado?

—Pero usted es una rica heredera señorita Guerine, y una dama de soberbio linaje. Es la condesa de Boulegne ahora, ¿lo olvida? Y no haberla invitado a quedarse habría sido una gran descortesía por supuesto. Sin embargo parece estar alerta, vino a mi habitación hace un momento para preguntarme por la carta.

—Oh, lo hizo mademoiselle Laurent?

—Sí... pero no solté prenda por supuesto. Dije que era un asunto privado y no lo sabía.

—Es una dama muy curiosa.

—Es una entrometida. Creo que no debimos venir aquí...—dijo entonces mi criada.

—¿Pero por qué lo dice, señorita?

—Porque el conde de Valois no es un anciano como creí, sino un hombre joven y muy guapo a juzgar por el retrato que vi cuando entramos en el Château.

—Oh señorita, usted es tan sagaz y no sé cómo lo hace pero siempre

se entera de todo. ¿Entonces vio su retrato en el comedor?

—Sí, y es muy guapo y de porte regio. Además es soltero según dijo una doncella. No se ha casado. Temo que no es el amigo de su padre sino el hijo de Henri de Valois. Philippe.

Sujeté mi cabello, nerviosa.

—Esa carta es todo cuanto tengo ahora, mademoiselle. Es el único caballero que puede defenderme de la maldad del marqués de Cleves, mis familiares no me ayudarán ahora y usted lo sabe—exclamé molesta.

—¿Y si se niega a ayudarla, qué será de usted sola aquí en este Château?

—Mi padre me dijo que lo buscara, lo hizo en su lecho de muerte y mencionó la carta.

—Si tuviera esposa me sentiría más tranquila pero... no la tiene según sé.

—¿Y eso lo convierte en un peligro mortal, señorita Laurent? Mi padre que era un hombre bueno y sabio me dijo en varias oportunidades que si algo le pasaba buscara al conde de Valois.

—Está bien... sólo me preocupo por usted, mademoiselle Guerine—respondió ella.

Estaba muy nerviosa, la señorita no imaginaba cuánto. Temía que el conde no tomara en cuenta esa carta y me dijera que no podía encontrarme un

marido como necesitaba. Nunca lo había visto en mi vida, ni él a mí, sólo lo unía un viejo parentesco con mi familia y una amistad con mi padre. ¿Por qué habría de ayudarme? Y sin embargo mi padre insistió mucho en que lo buscara si algo le pasaba. Tal vez sabía que su fin se acercaba, dicen que algunas personas presienten el final.

Estaba desesperada y la señorita con su cháchara no hacía más que ponerme los nervios de punta. Esas últimas semanas luego de la muerte de mi padre habían sido un calvario por culpa de ese hombre y no tuve otra alternativa que escapar. Ya no me importaba perder mi herencia, ni que ese demonio se apoderara de todo con la excusa de que era un familiar de mi padre. Si eso servía para librarme de él de una vez por todas...

—Ese documento mademoiselle... me preocupa—dijo entonces mi institutriz.

Palidecí y temblé.

—Señorita por favor, no mencione ese documento jamás.

Mi vieja criada puso cara de susto pero fue momentáneo.

—Y yo espero que nadie le cuente a Cleves que huyó porque no quería casarse con él, mademoiselle. Pero creo que debería avisarle, decirle toda la verdad, ese demonio debe estar desesperado buscándola y no se detendrá hasta encontrarla. Él no quiere su herencia, mademoiselle. La quiere a usted y tuvo suerte de que no le hiciera un daño peor.

La llegada de dos criadas puso fin a la conversación y sentí alivio de que así fuera. ¿Por qué la señorita Laurent siempre se entrometía en todo? Sin embargo le estaba agradecida, ella me había escoltado en una travesía larga y peligrosa desde mi hogar en Rouen hasta Lille y no había sido sencillo llegar pues el tren sólo cubría una parte del trayecto, el resto lo hicimos en diligencia. Sólo esperaba que no abriera la boca y lo arruinara todo. Sólo eso.

—Le hemos traído agua caliente para que pueda asearse —anunció una de las doncellas mientras la otra se encargaba de dejar el almuerzo cubierto en dos bandejas de plata.

Por fortuna pude asearme y la señorita Laurent me ayudó con mi cabello.

—No debería acicalarse tanto para ver al conde, señorita—me advirtió ella.

Esperaba que dijera algo como eso, siempre pensando que los hombres eran todos unos libertinos ansiosos de aprovecharse de mí.

—Es que necesito causar una buena impresión, señorita Laurent, no deseo que el caballero de Valois piense que en vez de una dama soy una campesina—me quejé.

—Oh usted es una joven preciosa, mademoiselle y distinguida, jamás tendría cara de campesina.

Fui hasta la habitación de aseo para asearme y media hora después me

encontraba sumergida en una tina de losa con agua caliente y esencias. Mi antigua nana se quedó a mi lado y me ayudó a lavarme el cabello mientras entonaba una vieja canción de cuna.

—Por favor mademoiselle Laurent, ya no soy una bebé—me quejé.

Ella sonrió pero no dejó de cantar mientras enjuagaba mi cabello con una jofaina llena de agua tibia.

—Pero es una niña a mis ojos, mademoiselle. Siempre será mi niña Guerine—dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción. Y la señorita no se emocionaba fácilmente. —Ese hombre malvado mademoiselle... de haber podido lo habría matado. Tanto daño que le hizo a mi niña.

—Está bien mademoiselle por favor, deja de hablar de ese demonio. Me harás llorar a mí también.

—Lo siento es que hemos pasado unos días tan tristes y creo que todo esto me ha destrozado los nervios. Si ese hombre viene aquí la reclamará como su prometida, mademoiselle y la obligará a ser su esposa, debe casarse cuanto antes y contarle a este caballero de Valois la verdad si es que decide ayudarla. Rezaré para que lo haga.

—Yo también rezaré señorita, porque si no me ayuda luego de leer esta carta, no sé qué voy a hacer.

Salí de la tina y la señorita me ayudó a vestirme.

Cuando estuve lista me miré en el espejo. Vaya, ahora sí que estaba mejor. Llevaba puesto un vestido azul de terciopelo con un discreto escote. Era alta y delgada y el azul resaltaba mucho el tono zafiro de mis ojos y el cabello de un rubio oscuro. No podría rizarlo pero al menos quedó sujeto con cintas blancas y me veía presentable.

—Mademoiselle Guerine, debe comer algo—me recordó la señorita Laurent.

—No tengo hambre, Claire.

—Pues se va a enfermar si sigue comiendo tan poco. Ha adelgazado mucho y eso no le sienta. Enfermará.

Obedecí sólo para que me dejara en paz. Pero no tenía apetito.

Observé sin entusiasmo la pata de pollo y las verduras con una salsa aderezada y el pan.

—¿Y usted no comerá, señorita Claire?

—Comeré luego en las cocinas, no me servirán en mi habitación.

—Puedo guardarle si desea, no me gusta la pata de pollo.

—Nada de eso, debe comer todo lo que le sirvan aquí, como le he enseñado siempre. Si no come la cocinera del Château se ofenderá y le tendrá inquina.

Sonreí.

—¿Y cree usted que se fijará?

—Ya lo verá...

Más tarde, cuando la señorita Claire se marchó me acerqué a la ventana de mi habitación y suspiré al ver la vista magnífica, era un lugar de ensueño rodeado de bosques y unos espléndidos jardines y me pregunté cómo un caballero con una propiedad como esa nunca se había casado. Mi padre me había hablado poco del conde de Valois, sólo que lo buscara y le recordara su promesa incumplida y cuánto lo sentía. ¿Una promesa incumplida? ¿Qué promesa había sido esa y por qué nunca le pregunté a mi padre nada al respecto? ¿Acaso el conde le debía algún favor? ¿Por qué estaba tan seguro de que debía buscarle si algo malo le pasaba? ¿Y por qué tenía la certeza de que me ayudaría?

Al despertar al día siguiente observé la habitación y temblé aterrada. No sabía dónde estaba y me asusté, tardé unos minutos en recordar mientras miraba con fijeza los objetos del cuarto, luego me tranquilicé.

Ese día permanecí en mi habitación esperando que madame Fontaine me avisara la llegada del conde pero la señorita Claire llegó a media mañana con expresión enfurruñada.

—¿Durmió bien, mademoiselle?—me preguntó la señorita.

—Sí y usted mademoiselle?

—No muy bien, sentí ruidos en la habitación. Creo que hay ratones.

—¿Ratones? ¿Pero a dónde la enviaron, señorita?

—Pues parece que aquí la servidumbre tiene los peores aposentos. Pero no me quejo. Al menos me permitieron quedarme con usted señorita.

Suspiró y de pronto dijo:

—Parece que el conde no vendrá hoy... sino mañana o pasado. Nadie lo sabe en realidad.

—Bueno, pero vendrá y podré hablar con él. ¿Sabes si viven más familiares suyos, aquí?

—Pues parece que tiene una hermana de dieciocho años poco agraciada y malhumorada y madame Fontaine que es su tía materna. La condesa falleció hace dos años y su esposo el año anterior. No hay más familiares aquí, al parecer viven todos al sur del condado en un pueblo que... vaya, olvidé el nombre.

—OH señorita, en poco tiempo ha averiguado tantas cosas.

Ella sonrió levemente.

—Bueno, al menos está a salvo aquí, mademoiselle. Pero deberá esperar...

Unos pasos en la habitación me provocaron un sobresalto y entonces vi a madame Fontaine con expresión muy seria. Me pregunté si acaso no había estado escuchando nuestra conversación. Claire la miró perpleja y yo no pude evitar dar un respingo.

—Siento haberla asustado, mademoiselle Boulegne—dijo.

La señorita Laurent la miró con expresión alerta.

—Puede retirarse señorita—dijo madame Fontaine.

No fue muy cortés que la expulsara pero mi vieja nana no pudo hacer nada y se fue.

Madame me miró con expresión desconfiada, muy atenta a mis gestos.

—Debo decirle que mi sobrino demorará unos días en regresar y espero que se sienta muy a gusto en el Château mientras lo espera. Mi sobrina Camile ansía conocerla. Es una niña muy dulce y amabas tienen la misma edad, confío en que puedan hacer amistad.

—Oh por supuesto que sí.

—Pero hoy se encuentra descansando, temo que deberá esperar a mañana para conocerla. Hoy no se siente muy bien.

No supe qué decir, me pareció extraño que nombrara a la hermana del conde y luego me dijera que no podría conocerla ese día porque no se sentía muy bien.

Estuve días encerrada pero no me quejé, necesitaba ese tiempo para descansar, calmar mis nervios y sentirme a salvo. Además la señorita Claire me hizo compañía siempre poniéndome al tanto de los sucesos del Château.

Fue ella quien se enteró antes que nadie de la leyenda de la virgen del Vendôme.

—Durante los tiempos de la revolución sangrienta al parecer la familia Valois se escondió en el Château y juntó provisiones—comenzó el relato esa mañana fría de otoño.

Sonreí y me acomodé en la poltrona, me encantaban las leyendas de otros tiempos.

La señorita me miró con fijeza.

—Como recordará en esos tiempos rodaban cabezas nobles todos los días, y los campesinos tomaron los Château y saquearon tesoros en todas partes del país. Lille estaba lejos de París pero no escapó a la locura de la chusma—dijo con cierto énfasis. La señorita Claire Laurent tenía cierta sangre aristocrática lejana pero su familia lo había perdido todo y tuvo que ganarse la vida como nodriza, por eso tenía cierto orgullo que la alejaba de los criados. Era además una mujer muy culta y educada.

—Pues llegaron aquí un día nefasto, al parecer era una horda de campesinos... y atacaron el Château. Sus alrededores. Saquearon las cosechas, robaron caballos pero luego quisieron venir por sus tesoros... lo más valioso estaba dentro de estos muros. Cuando los vieron venir la condesa de Valois de ese entonces se reunió con sus damas para rezar. Ese Château era seguro pero temía que la chusma encontrara la forma de entrar, así que

oró durante horas, durante días pidiendo protección a la santa patrona de Vendôme que en el pasado había salvado a la familia de una horrible querrela...

—OH señorita qué historia tan apasionante.

—No termina allí... al parecer la dama rezó y la virgen acudió en su ayuda como en el pasado, porque cayó una lluvia torrencial, una lluvia tan fuerte que hizo que el pantano se desbordara en esos momentos.

—¿El pantano que vimos al llegar?

—Ese mismo... al parecer los salvó de la chusma porque cayó sobre todos ellos inundándoles con el lodo asfixiando a cada rata rastrera que empuñaba un cuchillo para asaltar el Château. Los que lograron huir contaron la historia aterrados. El pantano se quedó rodeando al Château con sus aguas negras durante semanas y los mantuvo a salvo. Nunca más atacaron el Château y luego pudieron esconder sus tesoros en las cámaras secretas y huir al extranjero donde vivieron exiliados algunos años hasta que todo volvió a la normalidad y pudieron regresar.

—Una historia increíble, mademoiselle.

—Lo es... sólo quienes pudieron exiliarse se salvaron.

Mientras conversábamos oí un sonido en la habitación, un golpe muy suave y al abrir la puerta vi una criada pelirroja de ojos muy oscuros.

—Buenos días mademoiselle Boulegne. El conde de Valois ha

regresado y desea hablar con usted.

Esas palabras me provocaron una emoción intensa. Al fin había llegado pero... miré a mi antigua institutriz nerviosa.

—Gracias...

—Él la espera en la biblioteca ahora, por favor, acompáñeme señorita Boulegne—me respondió la criada.

Por supuesto, tenía que ir.

Sentí un vuelco en el corazón y busqué la carta, que había guardado dentro de la mesita al lado de mi cama y seguí a la doncella.

La señorita dijo que me acompañaría y lo hizo. Me sentí más reconfortada. Pero estaba nerviosa, temía que el conde no prestara atención a la carta y me dijera que no podía hacer nada por mí. Y si no podía quedarme en el Château Valois...

Traté de no pensar en ello, aunque sentí que las piernas me temblaban mientras descendía por las escaleras. No conocía al conde de Valois, jamás le había visto en mi vida y seguramente era su padre y no su hijo quién debía ayudarme.

Tropecé mientras bajaba las escaleras y luego, al llegar a la biblioteca aguardaba el señor de Valois me sorprendió encontrarle parado allí, mirándome de forma extraña, como si me conociera de antes. Sin embargo estaba segura de que nunca lo había visto. Era un caballero alto, con

un porte muy distinguido, cabello oscuro corto y sus ojos eran de mirar profundo, pero no eran oscuros sino verdes, enmarcados en cejas gruesas. Al mirarle sentí algo raro. Era muy guapo sí, tan guapo que me quedé mirándole sorprendida y algo atontada mientras balbuceaba un saludo formal.

—Buenos días, Monsieur de Valois—dije.

—Buenos días mademoiselle Guerine, oh vaya, es usted la hija del conde de Boulegne? Es una grata sorpresa contar con su visita, bienvenida al Château Valois, mademoiselle. Disculpe que estuviera ausente—dijo y se acercó solícito para besar mi mano.

Pero luego sus ojos me miraron con una sonrisa y temblé.

—Es usted muy amable, Monsieur—dije.

Él se apartó despacio y su expresión cambió.

—Mis sinceras condolencias por la muerte de su padre, temo que no pude asistir a su funeral pero le envié una nota de duelo.

¿Una nota? Jamás la recibí. Miré asustada a la señorita Claire y ella salió en mi defensa.

—Recibimos muchas notas esos días Monsieur, pero la señorita no pudo responder a todas porque estaba muy abatida luego de perder a su padre.

Él asintió comprensivo.

—Comprendo, por supuesto.

—La señorita Boulegne le ha traído una carta de su padre, que escribió poco antes de morir—anunció luego al ver que yo me quedaba como estatua sin saber qué hacer.

Él me miró sorprendido mientras le entregaba la carta.

La leyó con curiosidad y lo vi releer alguna línea. Pensé que tal vez no entendería alguna frase. Cuando terminó de leerla se puso muy serio y luego de leerla nos miró a ambas y dijo:

—Quisiera hablar en privado con la señorita Guerine, por favor. Este es un asunto privado y no tomaré ninguna decisión sin antes hablar con ella.

Estaba tan serio que me asusté, pensé que esa carta no me serviría de nada y me haría preguntas sobre ella.

—¿En privado?—dijo mi antigua institutriz horrorizada.

—Sí, se lo ruego. No me llevará más de unos minutos.

La señorita tuvo que aceptar y se retiró.

Quedamos a solas y él me miró.

—Por favor, tome asiento señorita Guerine. Póngase cómoda.

Obedecí y escogí una silla labrada de madera dorada tapizada en tono borgoña. Había visto esa combinación de colores en otras salas de Château y me pregunté si no serían los colores del emblema Valois pues frente a mí vi un escudo de armas con espadas doradas y un león rojo.

—Ha realizado una travesía muy arriesgada mademoiselle—observó.

Lo miré inquieta.

—Sí... es que necesito su ayuda Monsieur... Luego de morir mi padre mis parientes más cercano quedaron disgustados porque no han heredado nada y además, hay un caballero que intenta despojarme de todo por ser pariente de mi padre, el marqués de Cleves.

—¿Antoine de Cleves?—parecía disgustado cuando lo mencionó.

—Sí.

—¿Ese hombre le hizo daño?

—No... pero quiere que sea su esposa para poder adueñarse de todo y mi padre dijo que si algo le pasaba acudiera a usted, Monsieur de Valois.

—OH vaya, qué ser tan ruin, aprovecharse de su desgracia para quedarse con su herencia y pretenderla en matrimonio. Eso no es justo. Pero no se preocupe, señorita Guerine. No tendré dificultad alguna en ayudarle a encontrarle esposo como me pide su padre en esta carta es usted una dama de noble cuna y podré concertar un matrimonio conveniente. Excepto que creo que necesitaré tiempo para ello. Ahora no es una buena época para realizar fiestas, pero... cuidaré de usted y seré su tutor.

Lo miré algo espantada, ¿su tutor, qué era un tutor exactamente?

—Se lo agradezco mucho señor conde, no quisiera causarle molestias —dije sin ocultar mi alivio.

—No es molestia para mí, mademoiselle. Es terrible lo que le ha

pasado, luego de sufrir la tragedia de perder a su padre ahora ve cómo ese sujeto sin honor quiere arrebatarse su herencia. Necesitaré hablar con mis abogados sobre ello y para no que se quede desamparada, puede quedarse aquí el tiempo necesario.

—Oh, se lo agradezco mucho. Ha sido muy gentil. No quisiera causarle molestias.

—No causará molestias, al contrario. Será muy grato para mí contar con su compañía en estos momentos. Mi hermana Camile estará encantada de poder charlar con una joven de su edad. Temo que las visitas dejarán de llegar en un mes o no y temo que habrá días en invierno que nos veremos aislados por la crecida del pantano.

—OH, ¿el pantano llegará hasta aquí?—pregunté asustada al recordar la leyenda que me había contado esa mañana la señorita Claire.

Él sonrió.

—No tema mademoiselle, en ocasiones avanza por las tierras linderas del norte pero nunca ha llegado al Château, sólo en dos ocasiones: en el medioevo para salvarnos de un temible enemigo y luego durante la revolución sangrienta. Estamos a salvo del pantano, puede quedarse tranquila mademoiselle—hizo una pausa y continuó:—Hablaré con mis abogados, ese infeliz no puede arrebatarse su Château y su herencia, eso es una acción de bandidos, muy impropia de un caballero, despojar a una

señorita huérfana e indefensa...

Palidecí cuando mencionó a Cleves, no pude evitarlo.

—Haré justicia mademoiselle, puede estar segura de eso, en honor a la amistad de nuestra familia y el afecto que nos unió en el pasado procuraré que ese malnacido reciba su merecido. Ahora usted estará bajo mi cuidado y protección. Deseo que se sienta como en casa por favor, señorita Guerine. Este será su hogar hasta que se haga justicia y le encuentre un marido adecuado para usted. Pues necesita un esposo con cierta urgencia para que cuide de usted ahora que su padre no está y se ha convertido en una rica heredera.

—Se lo agradezco mucho, Monsieur. No tengo palabras que expresen la gratitud que siento.

Él sostuvo mi mirada y sonrió. Noté que sus ojos eran de un verde profundo y tenía las cejas gruesas, y las facciones de su rostro delataban fortaleza y virilidad. Su tutor. No podía creerlo... Se oía tan importante y jamás esperé que esa carta fuera mi salvación.

—Por favor, no me dé las gracias. Ahora mi hermana Camile la acompañará para que recorra el Château y se familiarice con sus lugares... no deseamos que se pierda aquí.

Él envió a buscar a su hermana y poco después apareció una joven de cabello oscuro, ojos cafés, algo regordeta y muy alta. No se parecía en nada a

su hermano, su mirada era aguda, casi maligna y habría sido bonita de haber tenido facciones más armoniosas pero su frente era curva, demasiado grande para su rostro y su nariz muy larga. Sus ojos en cambio eran bonitos, tenían un brillo especial, como solían tener las personas nerviosas según la señorita Laurent. Me miró con curiosidad y luego de saludarme dijo:

—Guerine. Qué nombre tan raro. Teníamos una yegua que se llamaba igual, hace años—observó.

No supe qué responder, me tomó por sorpresa y su hermano la reprendió enseguida.

—Camile, por favor. Muestra un poco de modales. La señorita Guerine se quedará con nosotros un tiempo y espero que cuente con tu compañía y amistad—dijo.

—OH, ¿se quedará la señorita?—parecía encantada con la idea, sonrió de oreja a oreja —Lo siento, perdóneme mademoiselle a veces digo tonterías. Bienvenida al Château señorita Guerine, encantada de que se quede con nosotros—dijo Camile mirándome feliz.

Mientras le agradecía sus palabras vi que madame Fontaine estaba detrás de Camile como una sombra fantasmal y me miraba con una leve sonrisa.

Al ver que la observaba sonrió.

—Encantada, de que se quede con nosotros mademoiselle Boulegne.

Le dije que mi sobrino tenía un gran corazón y la ayudaría. Espero que su estadía en el castillo sea muy provechosa para usted y para mi querida sobrina Camile. Le hará mucho bien tener una amiga de su edad.

Hablaba con mucho énfasis como si se hubiera aprendido un parlamento cortés. Su mirada no era amistosa en realidad, parecía alerta y su gentileza forzada. Camile en cambio sonreía encantada al saber que me quedaría y de pronto preguntó si sabía jugar al Echarté.

—Sí, claro y al whist.

Me conocía todos los juegos de cartas y la hermana del conde preguntó si sabía tocar el piano.

—Por supuesto.

—Qué bien, yo toco muy bien el piano verdad tía Amelie?

Su tía le sonrió con dulzura y luego la abrazó y besó su cabeza como si fuera su niñita. Camile dejó que la mimara y de pronto noté que reía de forma extraña y la tía le decía algo al oído.

—Camile, acompaña a la señorita Guerine a recorrer el Château— insistió.

—Oh sí, lo había olvidado. Ven, te mostraré nuestro Château.

Acompañé a Camile a recorrer el Château, seguidas a cierta distancia por madame Fontaine. Parecía estar pendiente de Camile, no entendí por qué.

Me enseñó la sala de armas, la de villar, un invernadero muy

moderno.

—Esto fue un capricho de mi madre—me explicó.

¿Y dónde estaría su madre? Me pregunté y como si leyera mis pensamientos me llevó al salón de los antiguos Valois. Allí había una pintura mural inmensa con el rey Valois del siglo XVI. No era muy agraciado ese rey, tenía la nariz larga y aspecto severo.

—En otros tiempos nos sentamos en el trono de Francia—dijo con cierto orgullo—Pero lentamente fuimos apartados. Sin embargo aún quedan tesoros de entonces, que algún noble desquiciado quiso comprar. Joyas, retratos...

—¿De veras? Debe ser fascinante tener ancestros tan ilustres.

Ella sonrió encantada con mis elogios.

—Supongo que sí... pero ya no es como antes. Sin embargo a muchos nobles les agrada venir a esta sala para ver a nuestros al Valois que fue rey. El que estaba emparentado con nuestra casa, claro. La historia es algo trágica. Felipe II murió joven y sus hijos también, hubo una profecía de que ninguno dejaría descendencia y así ocurrió. Todos fallecieron pero la otra rama perduró, pero no podíamos acceder al trono por supuesto. Fue el final de una era, nuestros parientes reyes murieron pero conservamos algunos obsequios. Una dama Valois fue amante de un rey en los tiempos que eso era todo un privilegio... allí está, se llamaba Marie de Montblanc. Decían que era

hermosa pero su cara era demasiado pequeña y esa peluca rubia tan blanca...

Observé la pintura y sonreí.

—Eran otros tiempos, la moda era algo extravagante. Se usaban las pelucas blancas y polvos para las mejillas y rubor para los labios.

—Oh, vaya... ¿y tú cómo los sabes?

—Porque tengo retratos como este en Saint Michelle.

—¿Vives en un Château?—parecía sorprendida—pero imagino que no ha de ser tan magnífico como este.

—No. No lo es.

—¿Y por qué has venido aquí? ¿Eres la nueva querida de mi hermano?

La pregunta era una completa insolencia pero me tomó tan de sorpresa que tardé en reaccionar.

—¿Su querida?—me puse colorada—Oh no... él era amigo de mi padre y por eso he venido aquí. Necesito que me ayude a recuperar mi herencia. MI padre escribió una carta para él explicándole mi situación.

Ella puso cara de que no me creía una palabra.

—¿Y qué tiene que ver mi hermano con una herencia que te dejaron a ti? ¿Y si tu padre murió cómo diablos escribió esa carta?

—La escribió antes de morir.

Ella sonrió.

—Imagino que sí... pero ¿de dónde has venido, Guerine?

—Del Château de Saint Michelle en Rouen.

—¿De veras? Pero eso queda muy lejos. Tía Amelie dijo que pareces un ratón asustado.

Tragué saliva y no repliqué.

—¿De qué tienes miedo Guerine de Saint Michelle?—me preguntó con astucia.

—No tengo miedo, mademoiselle de Valois—declaré.

—Mi tía dijo que llegaste con la falda llena de polvo y un aspecto terrible. No cree que seáis en verdad una rica heredera de Rouen. Cree que mientes para quedarte aquí.

—Eso no es verdad, traje la carta y se la entregué a su hermano.

—Mi hermano siempre se pone bobo cuando ve a una mujer bonita. Y lo vi algo tonto cuando hablaba contigo. A él no le importa si eres realmente la señorita Boulegne o no... sólo que eres joven y guapa y con eso le alcanza.

¿Le alcanzaba para qué? Me pregunté incómoda.

—Bueno, a mí me parece algo extraño todo lo que me cuentas y eso que no soy muy lista, o eso dicen... ¿Cómo has venido sola desde tan lejos, cómo has podido huir de tu Château y llegar sana y salva aquí para que mi hermano te ayude a recuperar una herencia? ¿No tenías familiares que

pudieran ayudarte?

Traté de serenarme y pensé que no debía enfadarme con Camile porque en realidad fui muy osada al escapar y mi historia podía resultarle poco creíble. Pero peor era haber confesado la verdad en esos momentos, mucho peor, así que debía defenderme tratando de mostrarme serena.

—No abandoné sola el Château, mis criados y mi institutriz me ayudaron a huir de Saint Michelle.

—Huías de tu Château? ¿Por qué?

—Porque un pariente malvado de mi padre lo tomó para sí y quería que fuera su esposa.

Ahora la historia comenzaba a tener más sentido, Camile sonrió levemente.

—Santo cielos, me recuerda a las leyendas medievales que me contaba tía Amelie de niña. Sabes que un ancestro mío raptó a su esposa y tomó su Château y como ella se negaba a él la encerró en una torre y la dejó confinada allí durante meses hasta que se rindió y dejó que le hiciera un bebé.

—Oh qué horror—sentí que la boca se me secaba de repente. No pude evitarlo.

—Bueno, en esos tiempos los hombres no eran tan gentiles como se creía, al contrario. Los condes de Valois eran muy crueles con las esposas díscolas, a una la tenían amarrada a la cama todos los días porque no se

dejaba tocar pues era muy piadosa. Y las torres del Château tienen el nombre de una esposa encerrada allí por adúltera o indomable. Luego te llevaré a ver las torres. Todavía quedan retratos de las infelices confinadas allí de por vida.

No quise ni acercarme a ese lugar.

—Es terrible lo que me cuentas Camile.

Ella me miró sorprendida.

—Eran otros tiempos, Guerine. Ahora no se vería muy cortés encerrar a una esposa. Pero ven, te mostraré los jardines. Hay un lugar muy especial que debes conocer. Es nuestra capilla de la virgen de Vendôme. Ella nos salvó en el pasado.

Noté que tía Amelie se acercaba cuando llegábamos a los jardines y su mirada estaba fija en su sobrina, como si estuviera preocupada por ella.

Me distraje viendo ese paisaje de rojo y amarillo, tan otoñal, y suspiré, era hermoso. Había toda clase de plantas exóticas, arbustos coloridos y variados, flores, pero Camile me quería llevar hasta la gruta de la virgen, un edificio construido en piedra que en lo alto tenía la estatua de la virgen de manto blanco y dorado y una corona de brillantes. Cuando llegué hasta ella me arrodillé para rezar. Era hermosa. Era nuestra señora y sentí tanta alegría de verla allí, en un lugar tan hermoso.

Quise agradecerle por llegar sana y salva al Château y me quedé hincada rezando, pidiendo perdón por mis pecados.

Cuando terminé de orar vi a Camile que estaba parada junto a mí observándome burlona.

—Vaya, ¿y qué le has pedido a la virgen? ¿Que os dé un marido rico y noble?—preguntó.

—No le he pedido nada. Sólo le di las gracias.

—Algunas jovencitas vienen aquí y le piden un marido, es muy común. Siempre piden y piden, hacen promesas. Parece que sólo piensan en casarse, están tan desesperadas.

Me sonrojé cuando escuché eso, ¿pensaría lo mismo de mí, que estaba desesperada por encontrar un marido?

—En realidad no sé si la virgen de esta capilla consigue maridos... creo que eso se le puede pedir a San Antonio o a otro santo, que son como divinidades menores. La madre de Dios está para menesteres más elevados y profundos. Además esta virgen nos salvó hace años. Es nuestra, es muy especial... ¿has visto sus ojos? Parecen sonreír serenos pero en realidad están tristes.

Observé lo que decía Camile y comprendí que tenía razón. La virgen tenía mirada triste y sus ojos brillaban de tal manera que parecía estar viva. No podía ser por supuesto, no era más que una estatua.

—Tienes razón, su mirada... parece estar viva—murmuré y toqué el borde del vestido como siempre hacía cuando me acercaba a rezar a las

estatuas.

—Pues yo creo que tiene más vida que muchas personas. ¿Verdad, tía Amelie?

Tía Amelie había entrado sigilosa a la capilla sin hacer ruido y allí estaba frente a nosotros.

Sonrió pero no dijo palabra y noté que Camile se crispaba y se alejaba de ella. Me pregunté por qué la tía nos seguía a todos lados como sabueso. ¿Creería que no era de fiar por ser una recién llegada al Château?

Recorrimos los alrededores y luego, emprendimos el camino de regreso al Château.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás? —me preguntó de repente.

Era natural que hiciera esa pregunta pero lo cierto es que no lo sabía.

—Una semana o dos, no estoy segura, hasta que su hermano hable con los abogados de mi herencia—dije.

—Quédate un tiempo más y podrás ver cómo este Château se queda aislado por el frío. La nieve lo cubre todo y es precioso... Debes verlo—dijo con mucha decisión.

—No creo que esté aquí en invierno.

—Pues yo creo que sí... mi hermano no dejará que te vayas. Creo que le gustas. Te miraba de una forma... nunca lo vi mirar a una mujer como te miraba a ti hace un momento.

Me sonrojé pero no dije nada. Sus insinuaciones eran tan incómodas. Era muy descarada para decir las cosas, como si le faltara educación, lo cual resultaba desconcertante pues estaba segura de que había recibido una esmerada educación, excepto que no sabía qué había hecho con ella...

Regresamos al Château en silencio.

El día transcurrió apacible y agradable, hubo invitados durante el almuerzo y me fueron presentados a la hora del té, con toda formalidad. Todos fueron muy gentiles conmigo. Camile sin embargo se mantuvo apartada de las reuniones, como si disfrutara más la soledad o no estuviera de humor para sociabilizar ese día.

Entonces sentí la mirada del conde esa noche, durante la cena y me sonrojé, no pude evitarlo, era una mirada tan intensa... y no había dejado de mirarme.

Pero no hubo baile como en otras reuniones, sólo un brindis en la sala y una breve charla entre las damas presentes, imaginé porque era reciente el duelo del conde pero con el paso de los días supe que era costumbre del conde las reuniones discretas, sin boato ni baile.

También descubrí que Camile no siempre participaba de las reuniones diarias, pero cuando se acercaba era una compañía agradable a pesar de que no hablaba mucho y solía quedarse pensativa por momentos. Pero al menos era una compañía de mi edad para conversar y compartir paseos y algunas

charlas de vez en cuando, seguía sintiéndome foránea en el Château y Camile me ayudaba a superar un poco mi timidez.

—¿Te agrada el Château?—me preguntó una mañana mientras dábamos un paseo por los jardines.

Sonreí.

—Sí, es un lugar muy hermoso.

—Y peligroso—aseguró ella con malicia.

—¿Peligroso?

Ella asintió con un gesto.

—¿Nunca te han hablado de la dama del espejo?

—¿La dama del espejo?

—Es una leyenda... quién vea la dama en el espejo morirá. Es un fantasma de mal augurio. Si la ves en el espejo de tu habitación debes musitar una plegaria y correr, trata de apartar tu imagen del espejo.

Nunca había oído una historia como esa pero imaginé que el Château tendría sus leyendas de fantasmas.

—Lo haré—le prometí.

—Y ese no es el único fantasma que debes temer, pero otro día os contaré lo demás. Ahora espero que te sientas como en tu casa pues mi hermano ha anunciado que te quedarás unos meses.

¿Unos meses? Mientras pensaba en eso apareció la señorita Laurent.

—Mademoiselle Guerine—me llamó a la distancia.

Miré a Camile y me disculpé con ella pues noté que la señorita deseaba hablarme a solas. ¿Qué habría pasado? Durante esos días apenas la había visto en algunos almuerzos. Había permanecido apartada al punto que casi me había olvidado de que todavía estaba allí mi vieja institutriz y niñera.

Cuando estuve frente a ella noté que miraba hacia Camile con expresión alerta.

—Mademoiselle. He venido a despedirme—dijo.

Sus palabras me llenaron de alarma.

—¿Pero se irá tan pronto? ¿Por qué?

—No puedo quedarme aquí para siempre a cuidarla hasta que encuentre marido, mademoiselle. He hablado con el conde hace un momento y me ha dado su palabra de que velará por usted. Puedo irme ahora tranquila de que he cumplido mi cometido. Pero no quería irme sin antes despedirme y hacerle algunas advertencias...

—¿Advertencias?

—Tenga cuidado, mademoiselle. Algo en este Château me asusta. Quisiera quedarme más tiempo y cuidarla, pero no es posible, debo regresar al Château y recoger mis pertenencias. Necesito encontrar otra colocación ahora y continuar mi camino. Durante muchos años he cuidado de usted señorita y siento que es como una hija, casi, si me perdona la osadía y

quisiera cuidarla un poco más hasta que usted encuentre un esposo pero no puedo hacerlo.

Sus palabras me emocionaron y de pronto sentí que estaba perdiendo una parte importante de mi vida hasta ese momento, los consejos y compañía de la señorita Laurent aunque en ocasiones me enfadara, la apreciaba pues había sido una de las criadas más cercanas a mí. Pero no podía quedarme con la vieja nana pegada a mis talones para siempre, se había vuelto muy latosa los últimos tiempos y desde nuestra llegada al Château mucho más

—Estaré bien, señorita—le dije.

Ella me abrazó y lloró.

—Desearía creer que es así pero no me voy tranquila, este lugar me da mala espina. Temo por usted.

Era típico de la señorita Laurent decir esas cosas, ¿debía dar crédito a sus palabras? Estaba en un lugar extraño, rodeada de extraños, no eran ogros ni me harían daño. No eran gente malvada.

Sin embargo ella pensaba lo contrario.

—Tenga cuidado, mademoiselle, ese caballero no deja de mirarla, señorita Guerine.

¿Se refería al conde de Valois?

—Sí, me refiero a él, no me mire así. Es tan ingenua. Sé que prometió encontrarle esposo y me ha dado su palabra de caballero pero... es un

hombre. Y los hombres son peligrosos porque son hombres para empezar. En ocasiones olvidan que son caballeros, olvidan la moral y... por favor tenga mucho cuidado y no olvide cerrar todas las noches su puerta con llave.

Era la primera vez que le hacía una advertencia como esa.

—Oh, por favor, exagera señorita. Él es muy gentil y me ofende que lo crea capaz de...

Los ojos de mi vieja institutriz se abrieron de par en par y de pronto se acercó y tomó su mano.

—Es un hombre, ¿entiende?—insistió como si esa frase lo explicara todo, era un hombre y listo, tenía ciertas necesidades instintivas “peligrosas”.

—Usted es tan inocente, mademoiselle De Boulegne—agregó— no ha aprendido nada, no sabe nada del mundo. Y estará sola en este Château y a merced de ese caballero, no lo olvide. Tenga cuidado. Realmente no me siento muy tranquila dejándola aquí y desearía haber esperado que al menos hubiera una boda en vista pero... debo partir y sólo puedo aconsejarle que por favor tenga siempre cerrada su habitación porque si ese sujeto...

Me sentí horrorizada por sus insinuaciones, indignada de que creyera a mi tutor un vil seductor de muchachas y se lo dije.

Ella me escuchó imperturbable, por supuesto que cuando algo se le metía en la cabeza era imposible hacerla cambiar de idea.

—No he acusado a nadie—se defendió—Sólo le he pedido que tenga

cuidado por favor. Sé que es un distinguido caballero pero también es un hombre y los hombres tienen deseos y usted estará ahora a su merced, no lo olvide. Es un hombre soltero y al parecer su padre no logró que sentara cabeza. No se engañe señorita, no sea tan boba por favor. Sospecho que ese caballero tiene otros planes para usted, no desea concertar un matrimonio sino...

—Oh basta señorita Laurent, usted exagera y sólo intenta asustarme. Vive obsesionado con el pecado y cree que los hombres son todos unos monstruos seductores, pero se equivoca. Mi padre era un hombre bueno y digno y jamás hizo daño a ninguna mujer, jamás hizo daño a nadie y sé que hay muchos hombres como él, hombres con honor.

Ella la miró con fijeza.

—Pero son pocos, mademoiselle, no olvide. No pretendo acusar a nadie, pero recuerde el refrán: hombre precavido: vale por dos. Los hombres jóvenes y guapos son peligrosos. No vacilan en conquistar y seducir para tener lo que desean, y lo que desean no es algo honesto. Le he hablado de ello en el pasado porque era usted muy inocente, espero que haya aprendido algo de nuestras conversaciones y que deje de ser tan confiada. Si ese caballero se acerca a usted de forma inapropiada y usted lo consiente estará perdida y ningún caballero de aquí la querrá por esposa. ¿Cree que miento o exagero? ¿Cree que su guapo tutor se detendrá ante algo? Sólo si usted se niega a él se

detendrá, pero ellos tienen formas de tener lo que desean, pueden echarle algo a su vino, adormecer su voluntad o conquistarla, enloquecerla con palabras de amor... creo que lo segundo rara vez les falla. Por eso tengo que advertirle para que se cuide y no ceda a la tentación, nunca lo haga.

—Por favor, señorita, no es necesario que me asuste. Apenas le conozco y no estoy enamorada de él.

—Pero le gusta, ¿no es así?

Cuando dijo eso me sonrojé, no lo pude evitar, era un hombre muy guapo sí, pero jamás aceptaría ser su amante por esa razón.

—¿Y a quién no? Es un caballero guapo y muy gentil pero eso no es nada. Jamás me ha hablado ni ha mostrado inclinación por mí.

—Porque es muy pronto para hacerlo, es un hábil seductor y usted se quedará aquí a su merced. Oh, tiemblo de sólo pensar en lo que podría pasarle, si al menos pudiera quedarme más tiempo...

—No necesito una niñera que me cuide ahora, soy una joven de diecinueve años y sé cuidarme sola. Por favor, déjeme en paz, señorita Laurent.

Estaba molesta de que me tratara como una niña y ella sabía que no podía protegerme eternamente. Además me ofendía que pensara tan mal de mí tutor, no era justo, había sido muy amable conmigo desde mi llegada y jamás, jamás me había insinuado nada. Era un caballero y los caballeros

jamás hacían las cosas horribles que insinuaba la señorita Clarise. La pobre vivía obsesionada con los peligros de la seducción. No podía entenderla pues sabía que jamás había tenido siquiera un enamorado en su vida, sin embargo ella se jactaba de conocer bien las artimañas de los seductores por historias que había oído.

—Espero que no tenga que arrepentirse de no seguir mis consejos, no permita que ese caballero la toque si antes no pone un anillo en su dedo. Hágase valer y hágalo desear, si sus intenciones son serias le pedirá que sea su esposa. Si no lo hace, es porque su interés por usted no es más que superficial. Siga mis consejos y no se arrepentirá jamás.

Me despedí de la señorita y le desee lo mejor. Prometí escribirle y no me despedí enojada de ella, había sido mi nana durante años y luego mi institutriz, mi padre decía que era una mujer muy inteligente y culta y le tenía especial cariño por eso le había dejado un legado en su testamento.

Y al final fue bastante triste la despedida, habría deseado insistir en que se quedara, convencerla pero sabía que ella era muy independiente y quería regresar al trabajo. Ella ayudaba a su familia pero no tenía un hogar, es decir vivía en las casas de las personas que la contrataban y desde su llegada noté cierta tirantez entre mi vieja nana y el conde de Valois. Él la había invitado a quedarse el tiempo que deseara pero la señorita no aceptó la invitación por supuesto, sólo se había quedado esos días, siete en total y se

había mantenido atenta y vigilante. Esos pocos días le bastaron para saber que mi tutor me miraba con otros ojos. Pero ella vivía pensando que todos los hombres me miraban con otros ojos porque yo era joven y muy bonita, así que no le creí demasiado.

A pesar de todo, luego de su partida sentí cierto alivio, ya no tendría a la señorita pegada a mis talones vigilándome a mí y al conde como una monja guardiana. Estaba cansada de eso, quería poder vivir mi vida sin tener siempre una cuidadora. La señorita había sido como un perro guardián y yo estaba harta de tener miedo, pensaba que no había nada de malo en que me quedara sola en el Château. El caballero de Valois era sólo mi tutor y sabía que pronto me encontraría un pretendiente aceptable para que fuera mi esposo.

Camile

Una semana después de que se marchara la señorita Laurent, hubo una partida de caza organizada por el conde y muchos de sus amigos acudieron al Château a media mañana.

Contemplé admirada los trajes de las damas presentes, coloridos y suntuosos como si estuvieran en París, hablaban con el acento del lugar y muchas rodearon al conde como un enjambre de abejas a la miel, sin importarles que estuvieran acompañadas por sus padres o maridos... Había como un coqueteo entre los caballeros y las damas que era una especie de juego, ya lo había notado antes y nadie se ofendía por ello.

Luego de ser presentada a los visitantes me alejé un poco y me acerqué a Camile que estaba acompañada por tía Amelie.

—¿Y tú no participarás de la cacería?—me preguntó intrigada.

—No... no sé montar a caballo—le respondí.

Además me asustaba cuando cazaban a algún zorro o jabalí, era un espectáculo que me espantaba bastante, no lo dije para que no pensarán que era una pueblerina. Mi padre tampoco había sido amante de la caza, era un caballero intelectual y solitario, que prefería reunirse con sus amigos eruditos para escuchar música y charlar de temas relevantes. Luego de enviudar las fiestas se habían prohibido en Saint Michelle en respeto a mi madre y luego, no buscó una esposa como muchos nobles lo hacían, dijo que tenía una hija

en quién pensar y no necesitaba una nueva mujer porque Margot siempre sería su esposa aunque estuviera en el cielo. Y sabía que jamás intentó acercarse a otra dama, era un hombre serio y solía decir que era hombre de un solo amor.

—¿No sabes montar a caballo? Deberías animarte—insistió Camile.

Parecía muy sorprendida.

—Creo que prefiero quedarme aquí—le respondí.

Ella sonrió.

—Bueno, demos un paseo por los jardines, es un día muy hermoso—dijo.

Sonreía entusiasmada pero tía Amelie parecía estar pendiente de ella, como si tuviera ocho años. Bueno, supuse que era normal que una señorita tuviera una chaperona cuidándola todo el tiempo, yo la había tenido y Camile era menor que yo, tenía dieciocho años.

Mientras caminábamos por los jardines noté que una dama estaba siempre muy cerca del conde de Valois y eso me llamó la atención. Era una mujer hermosa, de cabello oscuro y ojos verdes, voluptuosa y siempre llevaba vestidos que resaltaban su minúscula cintura y abundante pecho. Sentí celos al verla siempre al lado del conde, él sonreía y charlaba con ella como si compartieran cierta complicidad. Ese día no pude evitar preguntarle a Camile quién era esa dama.

—Es madame Bianca Clochard—me respondió con una sonrisa pícaro.

Tía Amelie se había alejado para traernos limonada o tal vez ella la envió para poder conversar a solas.

—¿Es familiar vuestra?—pregunté con inocencia.

Camile lo negó.

—¿Nuestra pariente? Esa dama es una ramera, Guerine. Es la amante de mi hermano.

—¿Su amante?—repetí incómoda. No podía creer que Camile lo dijera con esa crudeza, ¿acaso había oído bien?

—Pues sí... es una dama viuda que hace años que visita nuestro Château y se queda un tiempo. Viene porque es algo más que amiga de la familia, y todos saben aquí que es la amante de mi hermano.

Sentí que me subían los colores al rostro. En Rouen no ocurrían esas cosas, no de forma tan descarada a menos que uno se dejara llevar por las historias que contaba la señorita Laurent pero...

—¿Entonces se casará con esa madame Clochard?—pregunté.

Ella rió por mi sugerencia.

—Claro que no, ya quisiera ella ser la nueva condesa de Valois. Vendería su alma al diablo, te lo aseguro. Hace años que esa dama persigue a mi hermano pero él no es bobo... Los caballero no se casan con sus queridas,

Guerine. Qué ocurrencia tan absurda. Sólo cumplen su función que es divertirlos un rato mientras esperan una joven adecuada para casarse. No te dejes engañar por sus modales ni por los aires que se da madame Clochard. Es una ramera ¿entiendes? Una ramera muy distinguida y culta, eso sí, por eso mi hermano la encuentra tan interesante.

Traté de asimilar todo lo que me había dicho Camile y me sentí como una tonta mientras veía a mi tutor alejarse con la dama en cuestión. Era una mujer muy hermosa aunque había algo artificial en su rostro, como si usara pintura para resaltar las pestañas y sus labios. Lucía un escote demasiado abultado para una cintura tan fina y pensé que se veía vulgar, nada apropiada para el conde de Valois. Además debía tener más de treinta.

—¿Sientes celos, señorita?—me preguntó Camile.

Me miraba como si encontrara todo muy gracioso.

Enrojecí por la astucia de la señorita Valois.

—Claro que no... Eso no es de mi incumbencia—me apuré a decirle.

—Y yo creo que sientes celos pero no deberías... Los caballeros tienen esos asuntos en privado. Hace años que esa dama es amiga de mi hermano y sé que se mete en su habitación para hacer el amor con él. Los hombres no pueden vivir sin eso ¿sabes? Por más que tenga esposa... Creo que Philippe no la dejará. La quiere, a su manera, o la necesita para calmar su necesidad.

—¿Pero cómo lo sabes, Camile?

Al parecer ella lo tomaba con total naturalidad.

—Mi tía me lo dijo. A ella no le agrada madame Clochard, dice que es malvada y vulgar además de ramera y no le agrada que mi hermano le tenga tanto aprecio. Cree que debería tener una esposa y olvidarse de esa mujer, pero no lo hará. Hace años que están juntos y seguirá con ella aunque esté casado.

—¿Eso crees? Pero ¿entonces él la ama?

—Oh claro que no, deja de pensar eso... Bianca es sólo su querida y por eso la conserva a su lado. Los hombres necesitan una amante cuando están solteros y aún las buscan luego de casados, a veces, ¿no te lo ha contado tu nodriza?

Me sonrojé, por supuesto que sabía que los hombres tenían esa necesidad, mi nodriza me lo había dicho muchas veces para advertirme de los seductores pero me provocaba celos pensar en el conde y esa dama juntos, no podía evitarlo, aunque fuera una tonta.

—No te preocupes, tal vez mi hermano la deje cuando tenga una esposa. Necesita una pero no ha vuelto a mencionarlo luego de la tragedia de Annet Sorelle—dijo Camile.

—¿Annet Sorelle?

Su mirada cambió.

—Era la prometida de mi hermano pero un mes antes de la boda cayó por un balcón mientras jugaba al escondite. Dicen que fue por la maldición del fantasma de Adeline... ella se le aparece a las novias Valois para advertirles y asustarlas...

—¿Dices que un fantasma mató a la prometida de vuestro hermano?

—sentí un escalofrío al pensar en ello.

Camile asintió con una sonrisa extraña.

—Es lo que dicen, que vio al fantasma y se asustó pero no estoy segura de ello. Fue una tragedia de la que nadie quiere hablar, sabes. Resbaló y cayó del tercer piso ese día y mi hermano quedó tan afectado que no quiere saber nada de bodas ahora.

—Entiendo, por supuesto... pero ese fantasma que dices, ¿por qué haría daño a una novia Valois?

Su mirada se volvió enigmática.

—Es una vieja leyenda pero tía Amelia no me deja contarla. Cree que es muy siniestra, ¿sabes? De todas formas no debes preocuparte, la dama fantasma sólo aparece cuando se anuncia una boda en el Château y eso está muy lejos de pasar, por el momento...

La llegada del conde del brazo de madame Clochard y otras personas interrumpieron nuestra conversación. Los ojos del conde me miraron con intensidad un instante o tal vez lo imaginé, pues llevaba un vestido sencillo

de muselina azul y sentí que no estaba a la altura de la elegancia de las damas presentes.

—Mademoiselle Guerine, ¿cómo está usted? Venga por favor, deseo presentarle a mis amistades—dijo el conde.

Traté de sonreír mientras conversaba un momento con el conde y sentía la mirada maligna de Madame Clochard. Odiaba saber que esa dama era la amante del conde, su querida y que él le tenía afecto. Había esperado que fuera un auténtico caballero y eso decía a las claras que no lo era. Porque tener en su castillo a su querida y permitir que se quedara un tiempo a su lado era demasiado atrevido y temerario.

Tampoco me agradó saber que él estaba presentándome a sus amistades porque no había olvidado que su misión era encontrarme un esposo. Pero tuve que disimular mis sentimientos y conversar un momento con sus invitados, aunque noté que madame Clochard me miraba con expresión hostil como si no le agradara mi presencia allí o sintiera celos de mí.

—Por favor mademoiselle, debe acompañarnos a la partida de caza— insistió el conde.

—Es que no me agrada la caza, Monsieur. Mi padre jamás la habría permitido.

Los presentes se miraron algo desconcertados, pero luego se alejaron.

Noté que madame Clochard se iba muy agarrada del brazo del conde. Era una dama hermosa aunque de baja estatura y menuda, lucía un hermoso vestido de terciopelo verde oscuro que resaltaba su cabellera castaña y esos ojos verdes como de gato. En realidad me recordó a una gatita blanca y peluda que mira todo con desdén desde un cómodo sillón.

Cuando se hubieron alejado Camile revoloteó los ojos impaciente.

—No es tan hermosa en realidad—opinó—La noto siempre muy pintada, además es baja y usa zapatos muy altos para disimularlo. Se pinta como si fuera una actriz de varieté—se quejó—Aunque no se despegaba de mi hermano, creo que ella sí está enamorada de él, ¿sabes? Pero para él sólo es su amante.

—¿Cómo lo sabes, Camile? ¿Por qué estás tan segura de eso?

Ella sonrió.

—Porque tía Amelie lo dijo y porque conozco a mi hermano. Él busca a una joven decente y de buena familia para casarse, jamás desposaría a una dama de tan mala reputación como madame Clochard. Ella ha tenido varios amantes, todos lo saben. Y por la forma en que te miró siento celos de ti, Guerine.

Sentí que los colores me subían al rostro cuando dijo eso.

—Y no es para menos, él es tu tutor ahora y al parecer a ella no le hace ninguna gracia que vivas aquí hasta que te encuentre un marido. Si es

que te encuentra uno... no tiene prisa en hacerlo al parecer.

—Camile, tu hermano es mi tutor y le tengo mucho respeto, por favor deja de decir que...

Ella sonrió.

—OH por favor deja de fingir, niña, sé que te gusta Philippe y creo que tú le gustas a él, no deja de mirarte, de seguirte con la mirada y él cambia cuando te ve. Lo he notado. Creo que tú le gustas mucho, Guerine. Y eso es raro, porque no es un hombre de mirar jovencitas, creí que le agradaban mayores, como madame Clochard.

Cuando dijo eso sentí que me subían los colores al rostro, ¿así que ella había notado que me gustaba su hermano? ¿Tanto se me notaba? Pues debía aprender a disimular.

—Y a ella no le agrada eso, por supuesto. Esa mujer es una bruja y no desea que mi hermano tenga esposa, quiere ser sólo ella. Durante años ha sido sólo de madame Clochard... por eso.

La llegada de tía Amelie puso fin a la conversación y me dio alivio, no habría soportado más preguntas de Camile, realmente esa joven era mucho más viva que otras jóvenes de su edad, astuta y nada se le escapaba. Pero en presencia de su tía no era tan osada, ya lo había descubierto. Sin embargo pensé que tal vez no le agradaba saber que miraba a su hermano y lo creía una descortesía.

Es que no podía evitarlo. La presencia del conde me intimidaba y me obsesionaba, ¿por qué negarlo? Al comienzo había sentido alivio de que aceptara ayudarme a conservar el Château Saint Michelle y su trato amable me había deslumbrado, pero sabía que no tenía esperanzas, no me hacía ilusiones al respecto. Muchas damas llamaban su atención en el Château, se le acercaban y sabía que planeaban atraparlo. Ignoraba que tuviera una querida y que esta fuera a pasar una temporada en el Château. Realmente eso me afectó mucho, no lo esperaba y me sentí como una tonta que creía en fantasías. Debía ser sensata y apartarlo de mis pensamientos. Seguramente sus atenciones me habían deslumbrado, pero sólo había sido amable.

Cuando el conde regresó poco después, noté que había un revuelo y traían en una camilla de tela a madame Clochard que se quejaba de que le dolía mucho el tobillo. Eso oí que dijo una dama cerca de mí. Al parecer se lo había torcido mientras corría detrás de algo. Realmente armó un escándalo y no dejaba de quejarse mientras el conde se tentó y sonrió levemente cuando nuestras miradas se encontraron. No sabía si sonreía por los alaridos que daba madame Bianca o porque nuestras miradas se habían encontrado.

Entonces noté que traía la presa envuelta en un saco: un inmenso jabalí negro que habían cazado y me sentí enferma al ver la sangre. Me había criado en un Château sí, pero la sangre me descomponía, no podía evitarlo.

—Bueno, hemos tenido que suspender la cacería porque mi amiga

Bianca se ha lastimado—se quejó.

Cuando vi que además tenía el traje de montar ensangrentado temblé y sentí que se me aflojaban las piernas y me alejé.

—¿Se siente bien, mademoiselle?—pareció preocupado, casi olvidó por completo el tobillo lesionado de madame Clochard y se acercó a mí.

—La sangre... me descompone—le dije y tuve que alejarme porque había comenzado a sufrir un fuerte mareo.

Él se acercó y tomó mi mano sin dejar de mirarme.

—¿Se siente bien, señorita Guerine? Se ha puesto pálida—dijo mientras los sirvientes llevaban el jabalí lejos de mi vista.

—Sólo estoy un poco mareada pero...

El olor a sangre me descompuso y no podía entender cómo había terminado así en ese estado y mientras intentaba reanimarme sentí que todo se oscurecía a mí alrededor y sólo vi sus ojos verdes, su mirada y la proximidad de ese hombre me hizo sentirme mareada y débil.

—Míreme señorita Guerine, respire hondo ahora... trate de respirar de forma pausada y profunda.

Su mirada estaba embrujándome, no podía dejar de mirar sus ojos y de sentir que habría deseado perderme en ellos para siempre. Mi tutor, maldita sea, el hombre que oficiaría de padrino de mi próxima boda. De pronto sentí que no quería irme de ese Château.

—¿Se siente mejor, señorita?—quiso saber.

Asentí lentamente pero no me alejé, no hice nada por apartarlo ni él se alejó tampoco. Me habría gustado ver la cara de horror que habría puesto la señorita Laurent observando a lo que ella llamaría: “ese seductor de muchachas” tan guapo tenerme allí entre sus brazos, pero mi guardiana no estaba y eso era bueno, en parte lo era.

El conde se puso muy serio de repente.

—La llevaré hasta la casa—dijo y me alzó en brazos.

Fue tan repentino que casi no tuve tiempo a nada, era la primera vez que un hombre me alzaba en brazos y él lo hizo sin vacilar, no llamó a ningún sirviente, simplemente me llevó hasta unos bancos del jardín mientras pedía agua fresca a sus criados.

Me sentí mucho mejor cuando me tuvo en sus brazos y sentí muy cerca su perfume, su calor. El mareo pasó pero fingí que no era así para captar su atención. Bebí el agua y miré a mí alrededor: era un paisaje magnífico, un lugar hermoso y pensé que además lo mejor era tenerle allí, preocupado por mí, sin dejar de mirarme.

—Estoy bien, señor conde... gracias. Es que vi la sangre y me maree.

Él sonrió cuando dije eso y sus ojos la miraron de una forma distinta.

—Debe enfrentar sus miedos si deseas vencerlos, mademoiselle—me respondió.

—Nunca he podido soportar ver a un animal sufriendo, Monsieur, y ver sangre me descompone. Ignoro cómo podría vencer eso algún día.

—Todos tenemos sangre, mademoiselle, y usted se crió en el campo en Saint Michelle, ¿acaso nunca participó de una cacería?

Sentí que se me subían los colores al rostro.

—Mi padre era amante de la naturaleza y no soportaba la cacería su mundo eran los libros, Monsieur de Valois.

—Y usted fue criada en una jaula de cristal, al parecer.

Sus palabras me hicieron enojar un poco, pero al ver que sonreía pensé que no era una crítica sino una simple afirmación. Tenía razón, mis padres me habían criado en una jaula de oro, siempre cuidada y vigilada porque era su única hija y temían que enfermara y muriera como le ocurrió a mi prima Henriette que tenía mi misma edad y murió de fiebres a los seis años. Aunque eso sólo lo supe muchos años después. Y por eso había tenido poco contacto con la granja y la primera vez que vi cómo carneaban un cerdo casi me desmayé.

—¿Y qué piensa del matrimonio, señorita Guerine? ¿Cree estar preparada para convertirse en la esposa de un caballero o también se desmayará cuando él intente besarla?—quiso saber.

Sentí que mi corazón latía acelerado cuando me hizo esa pregunta.

—¿Usted cree que estoy inmadura para el matrimonio, Monsieur?—

le pregunté.

—Oh no se ofenda por favor. Es sólo una percepción que tengo. ¿Realmente se siente preparada para el matrimonio? Porque no es mi intención concertar una boda que luego la haga desdichada.

Tragué saliva pues no supe qué decir. Mi situación era desesperada pero nadie lo sabía en realidad.

—Pero necesito un esposo que cuide de mí, Monsieur. Me esforzaré en ser una buena esposa, lo prometo—le respondí.

. —Entonces no desea casarse en realidad, ¿sólo quiere casarse para estar a salvo de ese pariente su padre?

Me sonrojé, no pude evitarlo.

—Mi situación es muy difícil ahora, me he quedado huérfana y por mi herencia en presa de oportunistas despiadados que intentan despojarme de todo. Necesito un esposo pero antes debo conocer a un caballero adecuado, Monsieur.

—Sí, por supuesto y yo deberé aprobar su elección.

—¿Mi elección?

—Bueno, es que hay dos caballeros interesados en usted ahora señorita Guerine, pero no habrá boda si usted no escoge a uno de ellos. O a ninguno. Me han pedido permiso para ganar su amistad pero no les he dado esperanzas. En realidad ni siquiera tengo la certeza de que esté preparada

para el matrimonio pero no se preocupe por eso. No hay prisas. Puede quedarse el tiempo que sea necesario y estará bajo mi protección y cuidado, mientras espero la llegada de un importante jurista para que la ayude a recuperar su herencia.

Sus palabras me causaron pena y desazón. No era una niña, estaba lista para casarme, o al menos tenía muy asumido que debía casarme un día y convertirme en la esposa de un caballero.

—Señor conde, lo único que realmente me asusta un poco es convertirme en la esposa de un desconocido. Pero más me aterra que el marqués de Cleves venga aquí y reclame que debo ser su esposa porque luego de morir mi padre intentó convencer a sus abogados para que autorizaran la boda.

El conde se puso serio.

—Eso no ocurrirá mademoiselle, puede estar segura. Está a salvo aquí y ese sujeto no osaría siquiera acercarse a mi fortaleza y si lo hace lo lamentará. No puede tampoco adueñarse de su Château puede estar segura de eso, su heredad estará intacta, mi abogado fue advertido sobre ello y está investigando todo el asunto y me ha asegurado que vendrá en cuanto tenga una respuesta.

Sus palabras me dieron alivio. Debíamos regresar al Château, los invitados aguardaban y sabía que el conde se había demorado demasiado en

esa charla así que nos separamos poco después.

Pero no podía olvidar que me había tomado entre sus brazos y me había mirado de forma especial, pero no podía olvidar que también me había confesado que no creía que estuviera lista para el matrimonio.

Siguieron días de calma y lentamente los invitados se marcharon del castillo.

Madame Clochard estuvo días postrada por el tobillo torcido y eso la tuvo de mal talante y alejada de las reuniones. Pero el conde la visitaba en sus aposentos y Camile me había dicho con malicia que su hermano pasaba las noches en su habitación y ella lo tenía muy cautivado.

Saber eso me incomodaba. No podía siquiera imaginar al conde en la habitación de madame Clochard haciéndole el amor, sentía tantos celos.

Los días transcurrieron fríos y grises y mi única distracción era jugar a las cartas con Camile y tía Amelia y conversar frente al fuego. Jugábamos al whist, al Echarté o a veces a las adivinanzas.

Todos los domingos asistíamos a misa en el Château y era un momento especial muy reconfortante para mí, podía confesarme y recibir el sacramento. Camile siempre se movía nerviosa en su asiento, mirando de un lugar a otro hasta que su tía la retaba y entonces se quedaba mirando la estatua de la virgen y el niño que había el altar, y el conde por su parte siempre estaba muy serio escuchando la liturgia.

Tuve que aprender los cantos que se entonaban en el Château pero no fue difícil. En mis rezos incluía plegarias de agradecimiento y protección

pues mi futuro era incierto, era invitada de la familia Valois pero no estaría a salvo hasta que encontrara un esposo y lo sabía.

La vida en el castillo era muy organizada y algo austera, tal vez porque la muerte del padre del conde era muy reciente, por eso no debía haber fiestas, ni veladas musicales, y el Château se convirtió en un lugar lleno de secretos y silencios. Sólo quedaban unos amigos del conde y madame Clochard por supuesto, ella se quedaría por unas semanas según me dijo Camile y el conde pasaba mucho tiempo en su compañía, no entendía por qué no se casaba con ella.

Una mañana recibí una carta de Rouen, me la trajo Camile muy emocionada.

—Es una carta para usted pero no hay remitente—se quejó.

Temblé cuando la tomé entre mis manos porque pensé que me la había enviado el marqués de Cleves y me alejé para leerla, sin atreverme a hacerlo. Viví momentos de terror sin decidirme a abrir el sobre hasta que Camile me preguntó qué decía la carta.

—¿Qué sucede, Guerine? ¿Por qué no quieres leer la carta?—preguntó.

Al ver su insistencia la abrí y luego suspiré aliviada al ver que era de la señorita Laurent, menudo susto me había dado.

“Mi querida señorita Boulegne.

¿Cómo está usted? Lamento no haber podido escribirle antes, es que las exigencias de mi nueva colocación como dama de compañía de madame Euphemie Dumont me han mantenido muy ocupada. Debo ayudar a la condesa a escribir sus memorias y eso es una tarea muy absorbente para mí aunque apasionante, lo confieso. La dama Dumont es una señora viuda que ha viajado por el mundo y es un placer conversar con ella pues es una dama muy culta e interesante.

Estoy muy contenta con mi nuevo puesto pero pienso en usted a menudo, la echo de menos, y me pregunto cómo ha pasado luego de su llegada al Château.

Espero me pueda escribir cuando le sea posible. En ocasiones siento nostalgia de Saint Michelle y de nuestras charlas, durante muchos años sentí que era parte de la familia y no una simple nana, pero no me quejo pues madame Dumont es una dama buena y generosa y hemos congeniado muy bien.

Sin embargo no puedo evitar advertirle que el marqués aún la busca, lo supe cuando regresé a Rouen por la conversación de unos criados de la mansión. Todos saben que la heredera del castillo de Saint Michelle se ha marchado y que sus familiares se preguntan quién tendrá su herencia ahora y sospecho que planean iniciar una disputa. Debe escribirle a los abogados de su padre señorita Boulegne”.

Cuando terminé de leer la carta noté que Camile me miraba con atención.

—¿Qué dice la carta? ¿Por qué te has puesto tan seria, Guerine?

—Es mi vieja nana, la señorita Laurent. No dice mucho en realidad.

—¿Se refiere a la señorita que la acompañó al Château?

Asentí inquieta, no quería hablar de la carta y la guardé en mi habitación apenas pude.

—Bueno, entonces venga conmigo a dar un paseo matinal, señorita. Hace frío pero quiero estirar las piernas, llevo días encerrada por el mal tiempo—insistió Camile.

—Está bien, iré por un abrigo.

Mientras dábamos un paseo por los jardines esa mañana Camile me miró con astucia y dijo:

—Mi hermano os ha encontrado esposo, Guerine—anunció con expresión risueña.

La miré inquieta.

—¿De qué hablas, Camile?—dije.

—Hoy temprano ha venido un caballero que quiere casarse contigo. ¿Te gustaría conocerle?—me preguntó con ansiedad.

—Eso no puede ser—era tan inesperado, ¿un esposo? ¿Tan pronto? Pero...

—Pues yo creo que sí puede ser, al parecer mi hermano ha estado recibiendo cartas misteriosas de un caballero que dice que quiere casarse usted señorita Boulegne. Y hoy tía Amelie mencionó algo sobre ello. Ven, vamos a espiar.

La seguí intrigada y bastante asustada de que eso fuera verdad. ¿Entonces el conde ya había concertado un matrimonio para mí? No podía ser, era muy pronto y además...

Entramos sigilosas al Château y fue ella quien me guió en busca del caballero en cuestión. Buscamos en todas las salas donde el conde se reunía con sus amistades pero no estaba allí, hasta que al llegar a la biblioteca oímos voces y nos escondimos.

—Están allí—dijo Camile y espió abriendo la puerta con mucha suavidad.

No me atreví a seguirla, al contrario me puse muy nerviosa de que nos descubrieran espiando. Pero entonces sucedió algo inesperado, el ama de llaves, la señora Marion nos vio allí y dijo mi nombre en voz alta.

La miré aterrada.

—Mademoiselle de Boulegne. Estaba buscándola. El conde desea hablar con usted ahora.

Sentí que palidecía mientras Camile se volvía y miraba al ama de llaves asustada.

—¿De veras?—pregunté sin ocultar que estaba ruborizada.

—Sí... justamente la espera en la biblioteca. Por favor, sígame, mademoiselle Boulegne. Señorita Camile, por favor, aguarde aquí.

Seguí al ama de llaves temblando. ¿Entonces todo era verdad? ¿Me había encontrado un esposo y debía aceptarlo?

Por supuesto. Ansiaba librarse de mí. No era nada para él más que una molesta responsabilidad.

Entré en la biblioteca y vi al conde conversando con un caballero bajo y de unos cincuenta años. Sus ojos me miraron con expresión seria, inquisitiva y noté que su cabeza era redonda como una pelota con una corona de pelo oscuro todo alrededor, una barba abundante y unos ojos saltones y oscuros que no dejaban de observarme con curiosidad. Estaba bien vestido por supuesto, lucía un traje oscuro a rayas muy elegante pero sentí que escaparía antes de casarme con ese hombre.

Él conde me hizo un gesto atento a mis reacciones.

—Por favor, acérquese, mademoiselle. Quería presentarle a mi abogado, Monsieur Henri Foucault—dijo entonces.

¿Un abogado? ¿Me casaría con un abogado?

Traté de disimular el terror que sentía y procuré ser amable y respondí a su saludo con una inclinación de reverencia.

—Por favor, siéntese señorita Guerine—insistió el conde.

Obedecí y él continuó:

—Monsieur Foucault ha hecho averiguaciones sobre el testamento de su padre y cree que no tendrá problemas con hacer valer sus derechos. Viajó a Rouen y da fe de que el Château fue tomado por su pariente, el marqués de Cleves como usted temía, sino que allí los sirvientes aguardan su regreso con cierta preocupación pues se fue sin decir a dónde iba.

Tragué saliva y miré al conde asustada. ¿Entonces ese caballero no era mi futuro esposo? ¡Qué alivio! Otra broma de Camile por supuesto, debí imaginarlo. Sin embargo había otra cuestión más preocupante. Las palabras del señor del Château me pusieron muy nerviosa, le debía una explicación y levanté la mirada para hablarle.

—Lo siento mucho, es que estaba muy asustada, Monsieur. Por eso huí con mis sirvientes—expliqué.—No tuve otra opción entonces, no podía quedarme...

—Comprendo, señorita Boulegne. Pero mi abogado descubrió que nadie puede objetar que es la única heredera de Saint Michelle por algo que usted ignora, señorita.

—No comprendo, Monsieur.

—Su padre hizo una escrituración del Château y puso esa propiedad y las demás a su nombre, mademoiselle. Los albaceas del conde de Boulegne se lo informaron a mi abogado y le entregaron una copia de esa escritura.

Creo que su padre deseaba que usted no quedara desamparada y por eso le ha dejado una formidable herencia que nadie puede refutar, se lo aseguro.

Miré al conde aturdida.

—Es que no puedo regresar ahora, temo a ese hombre, Monsieur, al marqués de Cleves. Él quiere apoderarse del Château y temo por mi vida, si regreso él estará allí esperándome y me hará mucho daño. Debería estar feliz, mi padre me ha dejado todos sus bienes pero eso me puso en riesgo.

El abogado que había estado muy callado tomó la palabra.

—No tema mademoiselle, el marqués de Cleves no puede arrebatarle su herencia, todo está a su nombre y debe hablar con los albaceas de su padre al respecto y denunciarle por su intento de robo. Ese caballero tiene un parentesco muy lejano con su padre, es nieto de un primo lejano de su padre por lo tanto no comprendo por qué querría él heredar el Château cuando sus otros familiares no han objetado el testamento. Tampoco he podido encontrarle en su propiedad, ese caballero es un hombre muy rico y no comprendo por qué habría querido asustarla.

—Quiere obligarme a que sea su esposa, Monsieur. Y que esté escondido no me da tranquilidad. En el pasado quiso que mi padre me prometiera a él en matrimonio pero mi padre se negó y desde entonces no me ha dejado en paz—confesé.

El conde intervino.

—No permitiré que ese caballero vuelva a importunarla y si tiene miedo a regresar puede quedarse un tiempo más. Sólo quería garantizarle que su herencia está intacta y su padre la ha nombrado su única heredera aunque sí ha dejado algunos legados para sus parientes y amigos más cercanos, el Château es legalmente suyo y nadie puede arrebatárselo.

Le di las gracias y luego me retiré. Estaba muy nerviosa y temblaba. La presencia de ese abogado, su forma de mirarme me había hecho sentir muy incómoda. Aunque luego me dije aliviada que no tendría que casarme con ese hombre, todo había sido una broma de Camile. No sería la primera vez que se burlaba de mí, por supuesto.

Pero no podía regresar a Saint Michelle, cualquier cosa menos eso. Aunque el Château y las tierras circundantes me pertenecieran, aunque ahora fuera una rica heredera no me sentía a salvo en el Château. Ese hombre lascivo no me dejaría en paz y sentí terror de que me obligara a ser su esposa. La señorita me lo había advertido. Ahora entendía la razón de su insistencia: me había convertido en una rica heredera y al parecer todos lo sabían y si no podían arrebatarme el Château por las buenas pues tratarían de hacerlo por las malas. Estaba sola y no me sentía protegida por mis criados, si el marqués regresaba pues no quería que me encontrara allí.

La herencia

Al día siguiente volví a reunirme con el conde y su abogado. Este me dijo que era mejor regresar y quedarme en Saint Michelle para que mis familiares no tomaran el Château en mi ausencia.

—Le aconsejo que regrese en cuanto le sea posible al Château mademoiselle, hoy día no puede usted fiarse de los sirvientes ni administradores. Son tiempos difíciles y siendo usted mujer y soltera...

—Monsieur, no puedo regresar ahora—dije espantada al abogado.

El conde intervino.

—No tema mademoiselle, la acompañaré si decide regresar. Pero antes quiero decirle que le he escrito una carta al marqués de Cleves para comunicarle que es legalmente la dueña de Saint Michelle y advirtiéndole que soy ahora su tutor y no podrá volver a molestarla.

Sus palabras me llenaron de alarma.

—¿Le ha escrito al marqués, Monsieur? ¿Le ha dicho que estoy aquí?

El conde me miró sorprendido.

—Sí, lo hice ayer y esta mañana mis criados han enviado la carta.

—OH no debió hacerlo, ese hombre vendrá aquí y...—lloré, no pude contenerme. Hacía tiempo que ese caballero me importunaba porque quería mi herencia, ahora sabía que sólo le interesaba mi fortuna. Era un hombre sin escrúpulos, un ser despiadado que no se detendría ante nada para lograr sus

objetivos.

Al ver que lloraba el abogado se alejó lentamente y quedamos a solas con el conde.

—¿Qué sucede, mademoiselle? ¿Por qué le teme tanto a ese hombre? Por favor, soy su tutor ahora y debo saber la verdad... No tenga miedo, debe decirme lo que le pasa.

Sequé mis lágrimas y traté de mantener la calma. Comprendí que estaba atrapada pues el caballero había enviado esa carta y sin saberlo acababa de avisarle al demonio dónde estaba.

—Monsieur Valois, debo confesarle algo... Vine aquí ese día de otoño huyendo de ese hombre que tanto daño me hizo en el pasado. Estaba desesperada y por eso no le conté toda la verdad sobre la carta que escribió mi padre ese día... Mi padre estaba muy enfermo y sabía que podía morir y que sus parientes querrían apoderarse del Château porque yo era mujer y nunca han visto con buenos ojos que sea una mujer quien herede una propiedad tan importante como esa. Pero había algo más, ese hombre el marqués de Cleves comenzó a interesarse en mí luego de cumplir los quince años, dijo estar enamorado de mí y pidió mi mano cuando sólo tenía dieciséis años. Pero mi padre se opuso, creía que era muy joven y además notaba que no sentía inclinación alguna hacia él. Al sentirse rechazado, el marqués se ofendió y por un tiempo le retiró su amistad, se alejó de Saint Michelle y me

sentí en paz pero un día volvió, regresó cuando mi padre se estaba muriendo para rogarle que cambiara de parecer. Juró que cuidaría siempre de mí luego de que él no estuviera en este mundo y que si daba su aprobación se casaría conmigo de inmediato y nada debería temer entonces de sus familiares malvados y codiciosos—suspiré y continué el relato:—Mi padre se negó a dar su aprobación y el marqués de Cleves se alejó furioso del Saint Michelle diciendo que lamentaría mucho su decisión. Me sentí intranquila, mi padre moriría y sabía que sus parientes reclamarían el Château y las tierras porque yo era soltera y muy joven para cuidar una propiedad tan formidable. Era mujer y las propiedades de la familia Boulegne siempre han sido heredadas por hombres y ahora creo que fue por eso que mi padre hizo esa escritura a mi nombre. No me lo dijo entonces pero supongo que fue por eso. Pero luego de morir mi padre el marqués se presentó en el Château y me encerró en mi habitación. Estuve prisionera de ese hombre hasta que tuve el valor de escapar. Dijo que no me permitiría salir de Saint Michelle hasta que aceptara ser su esposa. Me convirtió en su cautiva—sequé mis lágrimas y sentí que mi voz se quebraba.

El conde me miraba horrorizado, no podía creer lo que ese demonio me había hecho.

—Cleves echó cerrojos a mis aposentos y durante tres semanas estuve encerrada allí, atendida por mis criadas, y viendo el sol desde mi ventana,

rezando día y noche para que ese hombre me liberara. La señorita Laurent estuvo siempre a mi lado, ella cuidó de mí y me defendió con valor cuando ese caballero se acercó a mí con aviesas intenciones un día. Dijo que me haría mucho daño si no accedía a ser su esposa y que luego ningún caballero me querría de esposa. Supe que estaba perdida si eso ocurría y grité aterrada pidiendo ayuda cuando ese hombre malvado me tomó entre sus brazos y me besó. Sentí tanto terror de que me hiciera daño que prometí que sería su esposa para que me dejara en paz, lo hice por miedo porque sabía que si cumplía sus amenazas jamás podría casarme. Él me liberó pero no creyó demasiado en mis palabras, supuso que lo decía para que me dejara en paz, así que me hizo firmar un documento, si no lo firmaba volvería a ser su prisionera y me haría cosas horribles. Tuve que firmar ese documento que él redactó cuidadosamente en el que decía que prometía ser su esposa. Él sonrió triunfal cuando vio el documento firmado por mí. Le pedí entonces que me liberara pero Cleves no lo hizo. “Os quedaréis aquí hasta el día de nuestra boda, mademoiselle. Temo que si os libero ahora intentéis escapar “me respondió. Y volví a estar cautiva en mi propio hogar, monsieur, mis sirvientes eran mis carceleros pues ninguno se atrevía a desafiar las órdenes de ese malvado—suspiré—Y desesperada urdí un plan, debía huir del Château pero el problema es que no tenía a quién acudir, mis familiares se habían resentido porque no habían recibido más que un pequeño legado de mi

padre, y cada vez que mis amistades iban a verme supe que el marqués les decía que ya no recibiría visitas de duelo porque estaba enferma. Mentía por supuesto. No estaba enferma, pero debía ocultar que me había convertido en su cautiva.

Volví a llorar al recordar esos días.

—El encierro comenzó a debilitarme al comienzo, al principio lloraba todo el día hasta quedarme dormida. Luego de firmar ese documento supe que estaba perdida y hasta pensé que si dejaba de comer... comencé a pensar locuras, lo admito, sabía que el suicidio era un pecado pero en esos momentos me habría dado tanto alivio... El marqués se enfureció al adivinar mis intenciones y ordenó que me ataran a una silla y me obligaran a comer, si no lo hacía recibiría diez azotes. Así que volvió a doblegarme. Jamás recibí un azote en mi vida monsieur, pero al ver la fusta con punta de metal me asusté y obedecí... comí atada en una silla todos los días y mis criados al enterarse de lo que ese hombre me estaba haciendo se enfurecieron y pensaron que debían buscar ayuda. Pero ese hombre era un demonio y los tenía a todos vigilados y dominados, usted ni lo imagina. Fue como si la maldad se apoderara de Saint Michelle, trajo sus propios criados y dijo que él era el nuevo conde de Boulegne porque estaba prometida a él en matrimonio por voluntad de mi padre. Eso me dijo la señorita Laurent. Ella siempre estuvo a mi lado y me cuidaba pero no podía sacarme de ese cautiverio, no

podía hacerlo sola. Así que habló con otros criados en secreto para pedir ayuda... Conversando con la señorita le dije que mi padre me había pedido encarecidamente que acudiera a usted si algo malo me pasaba. Mi amado padre dijo que usted me ayudaría. Pero no me dijo por qué... supuse que había sido un viejo amigo suyo. Sus palabras fueron: si muero antes de tiempo querida y te quedas sola y sin amigos, si algo malo sucede aquí pide ayuda al conde y entrégale esta carta. Había una carta dirigida a usted y yo debía encontrarla. La señorita dijo que no creía que fuera tan importante. ¿Por qué un caballero de tan regio abolengo ayudaría a una joven huérfana que nunca había visto en su vida? Sólo debía buscar la carta. La carta que mi padre escribió para usted. La señorita Laurent aceptó ayudarme a buscarla mientras planeaba la forma de sacarme del Château. Era mi única esperanza, pero la carta no aparecía y yo estaba desesperada así que la escribí... yo lo hice. En mi habitación, tomé una hoja con el sello del Château de Saint Michelle y simplemente usé las palabras que dijo mi padre y luego dije que la había encontrado en mi habitación de casualidad. Engañé a la señorita Claire y pensé que podría convencerla de venir aquí, pues si me quedaba más tiempo encerrada haría una locura. El marqués era un hombre feo y cruel, y yo siempre le había temido pero ahora sabía de lo que era capaz. Es ese hombre es el diablo y durante veinte días me atormentó con sus amenazas y sabía que si escapaba me atraparía y tendría que ser su esposa. Así que urdí el

plan, tomé mis joyas y el dinero que tenía en un cofre y la carta y huí con la ayuda de mis criados. No fue sencillo y lo más costoso fue sobornar a los otros para que abrieran la puerta de mi habitación porque quería dar un paseo, no dije que escaparía, de haberlo hecho no habrían abierto la puerta pero les di muchos francos para que lo hicieran y luego escapé escoltada por mis criados por un túnel secreto que hay en Saint Michelle y que sólo conocíamos mi padre, yo y algunos criados. Un escape utilizado en los tiempos medievales monsieur, durante los asedios y guerras. Un pasaje que atraviesa las mazmorras hasta salir del Château sin ser visto ni oído. Se tarda mucho en llegar a él y demoras mucho más en atravesarlo. Pasadizos oscuros y húmedos, por momento el aire se hace tan denso que te cuesta respirar. Sin embargo le confieso que no estaba asustada, luego de vivir el calvario de ser prisionera de ese demonio casi no me importaba morir ahogada en ese sórdido laberinto pues si moría sabía que al menos sería libre de él...

Un carruaje aguardaba y con él perdí una joya muy valiosa que mi madre me había regalado pero no me importó, habría entregado todo por ser libre otra vez. Y así fue que escapé, vestida con ropa de una de mis criadas porque la señorita Claire dijo que era riesgoso que me vieran ricamente ataviada cuando viajáramos en tren. También me rogó que no hablara y me mantuviera con la cabeza baja para evitar miradas. Así fue que llegué aquí... Lamento haberle engañado monsieur, esa carta no la escribió mi padre, fui

yo... Pero le ruego que no me envíe de nuevo a Saint Michelle porque sé que allí está el marqués, tal vez se ha escondido, pero no dudo de que él esperara que regresara y cumpliera ese horrible documento que me obligó a firmar.

El conde escuchó mi historia conmovido, sus ojos tenían un brillo especial. Creo que sentía pena por mí.

—Perdóneme... nunca quise mentirle, pero pensé que si llegaba aquí sin recomendación, sin una carta al menos no me recibiría y mi padre dijo que acudiera a usted...

Él me miró muy serio.

—¿Y por qué no me dijo lo que ese malnacido le había hecho, mademoiselle? Acabo de escribirle una carta sin imaginar que ese odioso sujeto la había mantenido cautiva en su propio castillo. ¿Por qué no acudió a la policía, a sus abogados entonces para decirles del calvario que estaba viviendo?

—Eso mismo dijo la señorita Laurent, pero temí que no me creyeran si les decía la verdad. Él tiene ese documento firmado por mí en el que prometo ser su esposa y si me atrapa me obligará a cumplir ese juramento. Por favor Monsieur, no deje que él me lleve. Vendrá a buscarme ahora porque sabrá que estoy aquí.

—Mademoiselle, lamento mucho que no me dijera esto, debió hacerlo y no era necesario que escribiera esa carta. Con sólo saber que era usted la

habría ayudado. Lo habría hecho sin hacerle preguntas, se lo aseguro.

—OH por favor, perdóneme... es que estaba asustada, aterrada. Pensé que si le decía la verdad... ese documento me ha condenado, jamás debí firmarlo pero lo hice y él lo tiene en su poder.

—Ese documento no puede ser válido porque fue arrancado a la fuerza, mademoiselle. No tiene ninguna validez. Además usted no puede prometerse en matrimonio sin la autorización de su padre.

Sus palabras me llenaron de alivio.

—¿De veras? ¡Qué alivio saberlo!

—No llore mademoiselle... lo que le hizo ese hombre es una ignominia. Un acto ruin y despiadado. Pero puede estar tranquila pues ese documento no tiene ningún valor y hablaré con mi abogado para que presente una acción judicial contra el marqués de Cleves por lo que le hizo. Llevará tiempo hacerlo pero debe pagar por haberla encerrado y torturado aprovechándose de una pobre joven indefensa. No debe temerle, nunca más se acercará a usted mademoiselle. Su padre hizo bien en decirle que me buscara... Fue lo más acertado y lo más justo. Ignoraba que ese hombre la hubiera acechado en el pasado, él jamás lo mencionó, por desgracia.

—Monsieur no tengo palabras para agradecerle...

—Por favor mademoiselle... sólo cumplí con mi deber. Su padre me confió su cuidado y si usted no hubiera venido ese día habría ido a buscarla.

No lo hice antes porque pensé que estaría muy triste por la pérdida de su padre. De haber sabido lo que ese ser ruin le estaba haciendo.... Dios mío, creo que lo hubiera matado.

Estaba furioso y afectado por lo que me había hecho el marqués.

—¿Usted era muy amigo de mi padre, Monsieur?—pregunté con cautela.

Su mirada cambió.

—En realidad no... su padre no se portó muy bien conmigo mademoiselle Guerine.

—OH no comprendo... pensé que le tenía gran estima y dijo que tenía una deuda con usted y que por eso me ayudaría.

—Es verdad. Su padre tenía una deuda moral. Una antigua afrenta nos distanció pero en el pasado le tuve gran estima. Nuestras familias estuvieron emparentadas en otros tiempos y en realidad él tenía gran amistad con mi padre, señorita Guerine. Solía visitar este Château con su esposa y su pequeña hija. ¿Nunca le han contado eso?

Lo miré sorprendida.

—No... tal vez era muy pequeña entonces para recordarlo pero estuve aquí... ¿estuve en este Château en el pasado?

El conde asintió con un gesto y sonrió.

—Para mí era una niñita dulce y tímida que se escondía si alguien la

miraba, se escondía detrás de la falda de su madre y no hablaba una palabra.

Sonreí.

—Siempre me escondía en la falda de mi madre, era muy mimada y asustadiza y no me agradaba dejar Saint Michelle. Vaya, por eso me resultaba tan familiar el Château y los alrededores y he tenido la sensación de que ya he estado aquí.

—Era muy pequeña entonces, pensé que lo había olvidado. Debía tener nueve años.

—Monsieur de Valois, no comprendo por qué dice que mi padre no gozaba de su afecto y le había disgustado. Era un hombre muy bueno y jamás hizo daño a nadie.

—Es verdad mademoiselle, era un hombre honorable sí y bueno. Pero hubo cierto incidente que enemistó a mi padre y el suyo. Eso no tiene importancia ahora por favor, todo ha quedado olvidado y enterrado por mi parte. Me alegra que haya venido usted a pedir mi ayuda porque era mi deber ayudarla entonces y aún es mi deber protegerla y cuidarla de ese hombre malvado y sin honor. No tema. Ese documento no tiene ningún valor, ni él podrá acercarse a usted nunca más, mademoiselle.

—Gracias... no sé cómo agradecerle. Perdóneme por haberle engañado por favor, me he sentido atormentada por eso desde que llegué aquí. Quise decirle varias veces pero temía que si lo hacía me enviaría de

nuevo a Saint Michelle.

—Está bien, comprendo su terror mademoiselle pero le diré algo, hay una frase muy certera que oí de mis padres cuando era niño: con la verdad se va a todas partes, con la mentira no. De haberme advertido de esta situación habría podido ayudarla mucho más, usted me habló de ese hombre sí, pero dijo que quería arrebatarme el Château no que la había encerrado en él y la hubiera convertido en cautiva. Entiendo por qué lo hizo, estaba aterrada, y el miedo la paralizaba pero ya no debe sentir miedo de ese hombre. Nunca más.

Sólo tenía palabras de agradecimiento para él pero cuando nos separamos poco después me pregunté ¿qué pasaría ahora que sabía que había falsificado esa carta? ¿Realmente no tenía valor ese documento que me había firmado el marqués de Cleves? Temblaba de pensar que ese demonio fuera al Château a reclamarme como su futura esposa ahora que sabía que estaba allí. No me sentí tranquila, a pesar de su bondad y gentileza al decirme que estaba a salvo y me ayudaría había algo que me intrigaba. ¿Si mi padre y él estaban disgustados por qué había asegurado que de no haber acudido al Château él habría ido a buscarme a Saint Michelle?

Mi futuro era algo incierto. Pero por el momento estaba a salvo en el Château Valois. Seguramente el conde me encontraría un esposo y sabía que necesitaba casarme pues tenía una herencia pero no me atreví a regresar a mi

antiguo hogar si no tenía un marido que cuidara de mí. Sin embargo comprendí que no quería casarme con un extraño sino con un hombre que me amara y adorara como mi padre había amado a mi madre.

Pero él no mencionó nada de mi boda, sólo dijo que hablaría con su abogado contándole lo que me había hecho Cleves para que tomara medidas contra él.

Todo parecía volver a la calma pero los días se hicieron grises y fríos. El otoño era mucho más frío que en Rouen y debía usar mis vestidos más abrigados, aunque no tenía demasiados pues en mi huida no me fue permitido llevar demasiado equipaje.

Esa tarde mientras jugaba al whist con Camile ella me preguntó si me quedaría. Parecía ansiosa al pensar en mi partida como si quisiera que me quedara.

—¿Se quedará hasta la primavera, mademoiselle Guerine? — preguntó.

Asentí sin ocultar que estaba feliz de poder quedarme.

—Mi hermano dijo que es usted una rica heredera y nadie podrá arrebatarse el Château pero creo que necesita vestidos nuevos—observó.

La miré con fijeza, tenía razón.

—Es que sólo pude traer unos pocos vestidos, no esperaba quedarme más de unos días—dije.

Tía Amelie intervino.

—No se preocupe señorita Guerine, le pediremos a madame Delphine que le haga vestidos nuevos. Necesitará ropa de abrigo porque el invierno de aquí es muy crudo, mucho más que en Rouen imagino.

Madame Fontaine vivía sufriendo del frío y siempre llevaba gorro y una capa cubriendo su vestido que era además marrón o azul tapado hasta el cuello.

—Se lo agradezco... es que no tengo dinero para comprar vestidos ahora, todo quedó en Saint Michelle.

—OH qué triste señorita Guerine, es una rica heredera de Rouen y debe usar vestidos pasados de moda y no tiene dinero para comprar unos mejores—observó Camile.

Tía Amelie la miró ceñuda.

—Camile por favor no le digas eso a la señorita, la haréis sentir mal—le dijo.

—Descuide madame Fontaine, en realidad la señorita Valois tiene razón.

—Mi hermano debería hacer algo al respecto—dijo Camile.

—Hablaré con mi sobrino señorita pero no se preocupe, tenemos fardos de tela para hacer vestidos y madame Delphine es una estupenda costurera, ella y sus dos ayudantes son capaces de hacer un vestido en menos

de una semana. Son muy buenas con la aguja y hay una habitación llena de telas. Los vestidos que usamos son confeccionados por ellas, creo que madame Delphine está a la altura de cualquier modista de París.

—Es verdad—intervino Camile entusiasmada—hasta tenemos telas para un traje de novia señorita Guerine, cuando se case con mi hermano no tendrá que preocuparse.

La llegada de madame Clochard interrumpió la alegre charla.

—OH vaya, ¿y quién va a casarse aquí?—preguntó con una sonrisa falsa.

Camile la miró con fijeza.

—Pues la señorita Guerine se casará con mi hermano cuando llegue el momento.

La sonrisa de la querida del conde se borró en el acto.

—Oh ¿de veras? ¿Y cómo es que vuestro hermano no lo sabe?—replicó.

Creí necesario intervenir.

—La señorita Camile sólo bromea, madame Clochard—dije.

Ella me miró con rabia y luego trató de sonreír.

—Por supuesto que bromea, el conde de Valois debe escoger una dama que esté a su altura—respondió.

Era un insulto por supuesto y me puse roja sin saber qué decir, toda

esa conversación me puso muy tensa.

—Y la señorita Guerine es una rica heredera de Rouen, por supuesto que estaría a la altura de mi hermano, además es una señorita distinguida y de intachable reputación. —dijo Camile.

Madame Clochard me miró de arriba abajo sorprendida como si no pensara que yo podía ser una rica heredera. Por supuesto que mis vestidos no eran tan bonitos ni modernos como los que llevaba ella.

—¿Oh de veras? Pues me alegro, no habrán de faltarle pretendientes en el futuro imagino... —y mirando a Camile le dijo:—Mi querida Camile, sabes que vuestro hermano no tiene intenciones de casarse por ahora. Así que deja de ilusionar a la pobre señorita Guerine con esas tonterías, no olvides que Philippe es su tutor y su deber es cuidar de ella, no convertirla en su esposa.

Me sentí muy mal cuando dijo eso, porque comprendí que ella sabía que estaba boba por el conde y me recordaba que él era sólo mi tutor y nada más y su deber era cuidarme, no casarse conmigo por supuesto.

—Bueno, ya veremos qué pasa—dijo Camile molesta con madame Clochard. La odiaba y no podía disimularlo y por la forma en que se miraban sospeché que era mutuo.

La dama se alejó con una sonrisa radiante y burlona en su rostro, pero yo me sentí como una tonta a la que habían puesto en su lugar.

—Camile, deja de enfrentarte a esa víbora. Luego va y le llena la cabeza a Philippe contra ti—le dijo tía Amelie molesta.

Ella la miró.

—Es sólo su querida y mi padre no habría permitido que se quedara aquí tanto tiempo tía, es una vergüenza. Todos los saben y Philippe debería respetar el castillo y no permitir que esa mujerzuela se pavonee por allí colgada a su brazo fingiendo ser su amiga.

—Camile, eso no es de vuestra incumbencia, él es el señor del castillo y puede hacer lo que le plazca. Recemos para que encuentre pronto una esposa y se aleje de esa harpía, pero mientras eso no suceda debemos ser tolerantes y no enemistarnos con ella de forma innecesaria.

—Es una ramera impertinente y entrometida, se da aires de condesa y no es más que la ramera de mi hermano.

—¡Calla Camile! Van a oírte, por favor, te lo ruego, modera tu genio. No lograrás nada enfrentándote a esa mujer, ignora su presencia como hago yo.

—Pero yo no soy como tú, tía Amelie. No tengo tu sangre de pato.

—¿Sangre de pato? ¿De dónde has sacado esa expresión tan vulgar, Camile?

La jovencita rió tentada pero luego se puso seria.

—Es que no puedo evitarlo, tía Amelie. ¿Crees que no sé que ella le

vive llenando la cabeza a mi hermano para que me envíe a un asilo de locos en París? Dice que allí podrán atender mis nervios.

Tía Amelie enrojeció y me miró algo avergonzada.

—Disculpe a mi sobrina, creo que hoy tiene un día difícil.

—Es verdad tía, deja de fingir. La señorita Guerine ya sabe que esa mujer es el diablo vestido de mujer. No intentes tapar las apariencias ni fingir. Ella es mala como un demonio. Intrigante y mentirosa.

—Camile por favor, nadie te llevará a ningún asilo. Hice un juramente en el lecho de muerte de mi hermana y lo cumpliré, siempre cuidaré de ti, y sobre mi cadáver esa mujer te hará daño. Además... tu hermano es un hombre bueno, jamás te encerraría.

—Es bueno sí... pero no quiere conseguirme un marido y sin esposo siempre dependeré de tus cuidados tía Amelie y un día tú no estarás ¿y qué será de mí, entonces?

Camile tenía razón, yo estaba de su lado pero decidí no intervenir en la conversación. Era espectadora de ese drama, lo veía de afuera pero no podía hacer nada por ahora pero me pregunté si Camile no quería que me casara con su hermano porque quería alejarlo de la nefasta influencia de madame Clochard.

—Camile, eres muy joven para casarte. Acabas de cumplir diecinueve años. Pero tu hermano te encontrará un marido adecuado cuando sea el

momento.

—OH, claro que no lo hará. Él dice que no tengo salud para el matrimonio, ya lo ha dicho varias veces.

—Sí lo hará. Te casarás cuando sea el momento. No te apures por vivir mi niña ni pienses tanto en esa malvada mujer. Trata de evitar las riñas o provocarla. Es lo que quiere y tú le das la satisfacción que necesita. Ignoradla como hago yo que ni siquiera le dirijo la palabra. Para mí no existe. Ahora olvida las cartas. Iremos a visitar a las costureras para que le confeccionen vestidos nuevos a la señorita Guerine. Tú la ayudarás a escoger las telas, tienes un talento especial para diseñar vestidos bonitos y elegantes.

La perspectiva de visitar el salón de costura la animó al instante y yo sonreí pensando en lo bondadosa que era madame Fontaine aunque diera la imagen de ser muy seria y rígida. Amaba a su sobrina y la cuidaba como si fuera su madre y además sabía mejor que nadie lidiar con sus ataques de nervios.

—Está bien, yo te ayudaré Guerine—dijo decidida.

Fuimos a la sala de costura y conocí a la famosa modista madame Delphine. Una mujer pequeña y delgada de cara redonda y sonrisa amable. Se encontraba diseñando un vestido de fiesta en compañía de tres jóvenes aprendices que zurcían con mucha rapidez una falda muy amplia color pastel.

—Oh es mi vestido para el baile de primavera—dijo Camile y corrió

hasta donde tenían colgado su traje de seda celeste pálido. Era un precioso vestido con mangas cortas y escote bordado a mano y un corsé también bordado.

—Venga, acérquese señorita. Mire, lo diseñé yo—dijo ella y me miró radiante.

Madame Fontaine se acercó a la modista y le dijo que necesitaba confeccionarme vestidos nuevos y también un abrigo para el invierno. Fue un gesto muy generoso de su parte y Camile me llevó hasta una de las habitaciones para ayudarme a escoger las telas más bonitas.

—Escoge una de terciopelo. Es abrigado y elegante. Muselina para un vestido de media mañana y... creo que este color resalta tu cabello rubio Guerine. El azul oscuro.

—Gracias Camile...

Luego de escoger varios fardos de tela y que las ayudantas los marcaran con un hilo, madame Delphine me tomó las medidas.

Fue una tarde muy entretenida diseñando vestidos y escogiendo otros lienzos para adornar los puños, y las faldas. Camile dijo que era conveniente que el azul lo adornara con encaje blanco para quitarle tanta seriedad y me agradó la combinación.

Madame Delphine me mostró un libro con figurines para que escogiera varios diseños y eso nos entretuvo unos días y casi olvidé mi

preocupación al pensar en Cleves. Mi futuro era incierto y no sabía qué haría el conde luego de saber toda la verdad. Parecía conmovido pero no podía involucrarle en mis problemas. Tenía mi herencia sí, era rica pero no podía disponer de ese dinero ahora porque eso supondría viajar a Rouen y no deseaba hacerlo.

—Señorita, se ha quedado pensativa—observó Camile.

La miré y sonreí pero no dije nada.

La modista dijo que prepararía los vestidos lo antes posible y abandonamos el salón de costura.

Me sentí más reanimada al tener vestidos nuevos y me sorprendió que madame Delphine los terminara tan rápido pues en menos de una semana me entregó cuatro vestidos que parecían confeccionados en París. Madame Fontaine tenía razón, la costurera del castillo era muy hábil con la aguja. Allí estaban los cuatro, a cual más bonito: uno de fiesta que era hermoso, de terciopelo azul oscuro con adornos de encaje en puños y cuello, dos de media mañana más sencillos y sobrios pero abrigados y un cuarto color verde oscuro que podía usar para la hora del té. También había en una caja dos vestidos ligeros de muselina y ropa interior nueva elaborada de seda y algodón. Los vestidos de dormir eran blancos y tenían adornos de satén en el escote y encaje alrededor. Preciosos. Ciertamente que nunca había tenido

prendas íntimas tan hermosas y elegantes.

—OH muchas gracias madame Delphine, son hermosos—le dije.

Ella sonrió.

—Encantada de que esté complacida con los vestidos, mademoiselle Boulegne. Debe probárselos en cuanto pueda por si luego necesitan ser ajustados, le ruego que me avise por favor. Todavía falta la capa de paño y ribetes de piel de conejo, pero estará lista mañana o pasado a más tardar.

Volví a darle las gracias y entonces entró Camile para ver los vestidos.

—Son hermosos, señorita Guerine ¿Lo ha visto? Madame Delphine es una modista estupenda. Tiene tan buen gusto. Realmente somos afortunadas en tener una modista como ella.

—Por supuesto que sí.

—Debes probarte los vestidos ahora, por favor. Quiero ver cómo te quedan.

Fui a cambiarme y me los probé todos, me quedaban que ni pintados o eso dijo Camile.

Tener vestidos nuevos mejoró mi ánimo pero todavía estaba nerviosa, angustiada por mi conversación con el conde. No dejaba de pensar en el marqués de Cleves y temía su llegada de un momento a otro. Comencé a tener pesadillas y una mañana, mientras bajaba a desayunar Camile corrió a

mi encuentro.

—Guerine... está aquí. Ese caballero ha venido al Château.

Temblé al comprender que se refería al marqués de Cleves.

—¿Está aquí?

—Sí y es un hombre muy feo y muy malo, se le ve en la mirada.

Vaya, ahora entiendo por qué no querías casarte con él—dijo Camile con su habitual franqueza—Y por qué te fugaste de Rouen para empezar. ¡Es muy feo!—hizo una mueca de desdén.

Me sentí enferma y corrí, regresé a mi habitación y no me detuve hasta que logré trancar la puerta con llave.

Camile llegó poco después.

—Señorita Guerine, abra la puerta por favor.

No respondí, estaba aterrada, el marqués estaba en el Château y haría valer ese documento maldito. Lo haría. Había llegado mucho antes de lo esperado y moriría antes de tener que casarme con él. Así que corrí y me encerré en mi habitación temblando. La señorita Valois me siguió por supuesto y comenzó a golpear la puerta para que le abriera.

—Camile, vete por favor. El marqués de Cleves no debe encontrarme. Ayúdame a esconderme.

—Lo haré si me abres la puerta. Vamos Guerine, no llegarás a ningún lado encerrándote aquí—me respondió.

No le respondí, deseaba abrirle pero comencé a caminar por la habitación desesperada sin saber qué hacer. Estaba perdida y me acerqué a la ventana y lloré. No quería marcharme de Château Valois, no quería casarme con ese horrible hombre.

Y mientras lloraba sentí unos golpes y me volví. Camile estaba golpeando de nuevo la puerta pero oí la voz de madame Fontaine.

—La señorita va a saltar por la ventana por favor, deben detenerla. Abran la puerta ahora—dijo.

La puerta se abrió con una llave poco después y apareció madame Fontaine quién me miró consternada y las criadas se me acercaron y me rodearon.

—Sujeten a esta jovencita de inmediato—ordenó madame Fontaine. Puede intentar saltar, está muy nerviosa.

Dos criadas me atraparon y me llevaron lejos de la ventana. No dije nada pues de pronto vi que Camile estaba muy angustiada y no dejaba de llorar y me sentí mal por haberla asustado.

—Mademoiselle Guerine, ¿es que ha perdido el juicio? Mire el dolor que le ha causado a mi sobrina—se quejó entonces madame Fontaine furiosa.

Estaba en shock y no podía hablar, no podía pronunciar palabra, quise escapar, correr pero era imposible porque las criadas eran fuertes y me

sujetaron.

—Tranquila mademoiselle. Todo estará bien, regrese a la cama ahora.

—dijo una criada mirándome asustada.

No tuve más remedio que obedecer.

—Traigan el tónico del doctor Blaise ahora. Está muy nerviosa y no habla—dijo madame Fontaine.

Una criada de más edad que había estado observando la situación desde un rincón fue por el brebaje en cuestión mientras madame Fontaine calmaba a la pobre Camile que no dejaba de gritar:

—Guerine quería saltar como lo hizo la prometida de mi hermano hace tiempo. Este Château está maldito. No dejes que salte, cierra bien la ventana.

—Camile... yo no iba a saltar, sólo quería esconderme—dije al fin.

Pero nadie me creyó y madame Fontaine me miró furibunda.

—Es usted una ingrata, mademoiselle. La hemos cuidado desde su llegada y mi sobrina le ha tomado mucho afecto ¿y usted hace esto? Casi muere de angustia cuando la vio frente a la ventana la pobrecita. Ella no es como usted, no tiene amigas, y es una niña todavía. No es justo.

Lloré cuando dijo eso, era tan injusto. Yo no había hecho nada, no iba a hacer nada.

Las criadas me dijeron que fuera a la cama y me quedara allí. Vi que

una de ellas cerraba la ventana con dos persianas gruesas de madera y luego los cerraban con candados. No podía creer que lo hicieran. Realmente pensaron que intentaría saltar si no tomaban esas precauciones.

—Tome esto señorita, la calmará y podrá descansar.

Miré la taza que contenía una tizana y la bebí ante la mirada torva de madame Fontaine que luchaba por convencer a su sobrina de abandonar mi habitación pero esta se negaba.

—Quiero quedarme con la señorita. Intentaré saltar de nuevo si no la vigilamos—gritó Camile, parecía mucho más nerviosa que yo.

Bebí la tizana y luego me acosté con los ojos llenos de lágrimas. En realidad estar allí vigilada por sirvientas y acusada por madame Fontaine de ser una ingrata no era lo peor de todo, lo peor era saber que el marqués de Cleves me había encontrado y me obligaría a cumplir ese juramento arrancado a la fuerza y nadie podría impedirselo. Sentí que todo se oscurecía a mí alrededor.

El marqués

Tuve sueños inquietantes, sueños en lo que estaba el horrible marqués en mi habitación y desperté aterrada y grité pero sólo había una criada dormida en una silla y otra despierta montando guardia.

—Cleves—grité aterrada.

La criada que estaba dormida saltó de su asiento y ambas se me acercaron.

—Tranquila mademoiselle Boulegne, sólo fue un mal sueño. No hay nadie aquí—dijo una de ellas.

—¿Dónde está el señor Cleves?—balbucee.

No me respondieron, tal vez no lo sabían.

—Descanse ahora señorita, el doctor dijo que debe dormir para poder calmar sus nervios.

¿El doctor?

Los recuerdos del día anterior se agolparon en mi mente como una serie de hechos confusos y extraños. Traté de no pensar en el futuro, me provocaba demasiada angustia. Hablaría con el marqués, le suplicaría si fuera necesario pero no quería abandonar el Château Valois ahora.

—Cálmese por favor, está a salvo ahora señorita y no tema. Está a salvo ahora. El marqués no puede acercarse a usted. Creo que se ha marchado

ayer—dijo una criada grande y rolliza.

Sus palabras me tranquilizaron al instante, no podía creerlo.

—¿Se ha ido, de veras? ¿Pero cuánto hace que estoy encerrada aquí?

Ambas se miraron.

—Tres días, mademoiselle. Pero vuelva a dormirse. El doctor la verá esta tarde y si la encuentra mejor podrá salir de la habitación. Pero debe descansar ahora. Tranquila. El caballero que menciona ya no está en este castillo.

Sus palabras me dieron tanto alivio, era un milagro. Se había ido... sentí tanta paz entonces que me dormí poco después.

La luz del día me despertó a media mañana, había una claridad imposible de ignorar. Abrí mis ojos y vi a Camile sentada en una poltrona escoltada por madame Fontaine. Ambas me miraban con expresión consternada.

—Señorita Guerine. Al fin despierta. ¿Cómo se siente hoy?— preguntó madame Fontaine.

Traté de incorporarme pero sentí el cuerpo pesado. Me llevó un buen rato incorporarme y tuve sed. Mucha sed.

Una criada me alcanzó una copa de agua fresca y la bebí toda.

—¿Se siente mejor, señorita?—preguntó madame Fontaine preocupada.

La miré con fijeza.

—Tengo mucho sueño, pero estoy bien.

—El doctor le dio un tónico fuerte al parecer pero es mejor así. Tuvo un ataque nervioso y no reaccionaba.

No lo recordaba. ¿Cuántos días llevaba así?

Camile se me acercó y tomó mi mano y sonrió.

—Se ve mejor, tiene más color... Pero ahora debe alimentarse. Sólo ha bebido sopa desde hace varios días, mademoiselle.

¿Varios días?

—Debe ponerse bien señorita, y no debe sentir miedo. Ese hombre malo se ha ido, mi hermano me lo dijo. Nunca más se acercará a usted ni volverá a encerrarla—dijo Camile y noté que sus ojos se abrían de forma desmesurada.

Enrojecí al comprender que Camile sabía lo que Cleves me había hecho y seguramente también su tía pues esta intervino y la apartó.

—Camile, por favor—la reprendió su tía.—Deja que la señorita descanse, ha sufrido mucho y tiene los nervios destrozados.

—Es verdad. Se ha ido, mi hermano ha dicho que lo retará a duelo si se atreve a poner un pie en este Château—respondió Camile.

Sus palabras me llenaron de alivio y entonces lloré, no podía creerlo. Se había ido y nunca más volvería a encerrarme, a acercarse a mí. Era un

milagro.

Madame Fontaine se olvidó de su sobrina y se acercó a mí.

—No llore mademoiselle, todo ha terminado—dijo y vi que tragaba saliva y me miraba muy seria—lamento haber sido ruda con usted el otro día, estaba muy nerviosa porque creí que quería saltar y...—agregó bajando la voz—Lo lamento. La juzgué sin saber el daño que ese hombre le había causado. Pero no tema. Su secreto está salvo con nosotros, nadie dirá nada, se lo aseguro. Y ese hombre no se atreverá a poner un pie en el castillo mi sobrino le ha hecho una serie advertencia.

Camile me abrazó al ver que lloraba y madame Fontaine me miró con pena. No me pregunté cómo se habían enterado, lo sabían y ya, no podía hacer nada. Traté de serenarme y de recuperarme. No podía seguir postrada en esa cama bebiendo sopa y tónicos para dormir. Debía luchar por sobreponerme y salir adelante.

—Estoy bien Camile... calma—le dije entonces—Madame Fontaine, necesito asearme y ponerme un vestido nuevo. Quiero salir de la habitación. Necesito tomar aire. Me siento mareada por haber estado tanto tiempo en la cama.

—Aguarde señorita, la ayudaré con el aseo pero no creo que sea prudente salir de la habitación. El doctor debe examinarla primero.

—No estoy enferma. Por favor, necesito salir de aquí. No puedo vivir

encerrada.

—Usted intentó poner fin a su vida mademoiselle y eso es muy grave, no la juzgo, imagino que tuvo sus razones pero el doctor Blaise ha dicho que debe permanecer aquí unos días y que él observará sus progresos.

—Madame Fontaine por favor, yo no iba a saltar, Camile imaginó que lo haría. Nunca pensé en eso ni siquiera cuando ese malvado hombre me confinó en mis aposentos durante semanas.

Ella guardó silencio mientras pensaba en mis palabras.

—Está bien, le creo señorita, pero de todas formas sufrió usted una crisis de nervios y no paraba de llorar. Debe sanar su mente primero y eso llevará tiempo, el doctor cree que tardará semanas en recuperarse. Tal vez meses, pero eso no debe preocuparla porque mi sobrino ha dicho que podrá quedarse aquí hasta que esté curada por completo y pueda volver tranquila a su hogar. Ese horrible hombre no volverá a acercarse a usted. Mi sobrino le ha advertido al caballero que está dispuesto a enviarle a los calabozos por haberla secuestrado hace meses pero no desea exponerla a la vergüenza de comparecer en un tribunal, lo hará si es necesario pero desea evitarlo. Philippe está muy preocupado por usted y ansía que se recupere.

¿Él estaba preocupado por mí? Me emocioné al comprender que me había salvado una vez más de ese horrible hombre aunque la perspectiva de tener que regresar un día al castillo de Saint Michelle me deprimía

terriblemente.

El doctor Blaise fue a verme al mediodía y se mostró muy contento de que me hubiera alimentado y estuviera más tranquila.

—¿Siente tristeza o angustia ahora, mademoiselle?—quiso saber mirándome con fijeza.

—No...

—Pero hace un rato estuvo llorando, doctor—objetó madame Fontaine muy atenta a la conversación.

—Bueno, ha hecho progresos y pienso que podría salir a dar un paseo si se siente bien, escoltada por sirvientes por supuesto.

De nuevo la vigilancia, los sirvientes no me perdían de vista, pensaban que si se descuidaban saltaría por la ventana. No había manera de convencerles ni a ellos ni a los habitantes del Château de que nunca había pensado en saltar.

A media tarde pude dar un paseo por los jardines en compañía de Camile y dos criadas. Sentí tanta dicha al ver ese sol cubierto por escasas nubes blancas surcaban el cielo azul de otoño. Me cubrí con la capa que me había hecho madame Delphine y suspiré. Me sentí mucho mejor entonces, necesitaba estirar las piernas y caminar, tenía la sensación de que hacía días que estaba confinada en mis aposentos como una prisionera. Odiaba estar

encerrada. Ya había sido prisionera una vez y su recuerdo todavía me torturaba pero ahora estaba bien y muy tranquila.

Cuando llegábamos a los jardines vi acercarse al conde Valois con su caballo negro y suspiré. Siempre vestía tan elegante. Pero no estaba solo, madame Clochard lo acompañaba pero antes de notarlo nuestras miradas se encontraron un instante. Estaba sorprendido de verme y olvidando por completo a su querida se me acercó para saludarme.

—Mademoiselle Guerine. ¿Cómo está usted?—quiso saber.

Su mirada me hizo sonrojar y Camile nos miró a ambos risueña.

—Bien, gracias, Monsieur. No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí.

Sentí que mi corazón latía acelerado al verle. No pude disimular la turbación que sentía y la emoción era tan intensa que derramé unas lágrimas.

—¿Pero qué será de mí, ahora? No puedo quedarme aquí para siempre, señor conde.

Su mirada cambió, parecía preocupado.

—Tranquila, señorita Boulegne. Puede quedarse el tiempo que sea necesario para recuperarse. Luego hablaremos con más calma. Lo importante es que comprenda que está a salvo ahora y no tiene que marcharse sin antes encontrar un esposo que cuide de usted.

Camile se acercó a nosotros y noté que estaba muy contenta con las

palabras de su hermano.

—¿Lo ves, Guerine? Te dije que mi hermano cuidaría de ti. OH Philippe, ¿por qué no le pides a la señorita que sea tu esposa?—le dijo con inocencia.

El conde sonrió tentado y me miró.

—Camile. ¿No crees que debería ser yo quien tomara esas decisiones?

Me alejé ruborizada, ciertamente que no sabía dónde meterme, qué vergüenza me hizo pasar Camile en esos momentos.

Madame Clochard, que estaba cerca llamó al conde pero él no la escuchó.

—Luego hablaremos, señorita Guerine, cuando esté más tranquila. Sólo le diré que está a salvo en el Château y jamás deberá temer de ese hombre.

—¿Pero y el documento que firmé, Monsieur? Él podría usarlo contra mí y no permitirá que pueda casarme en el futuro.

El conde notó que estaba nerviosa y le pidió a Camile que regresara al Château y luego me pidió que fuéramos a un lugar privado para conversar. Madame Clochard, que había presenciado parte de la conversación también fue despedida y sentí su mirada venenosa cuando se retiró pero lo disimuló esbozando una leve sonrisa.

Llegamos a la gruta de la virgen y allí se detuvo y nos sentamos en los bancos de madera que allí había. Musité una oración al ver a la virgen a la distancia y tuve la sensación de que ella me sonreía con una mirada llena de bondad. Mi mirada se encontró con la del conde y noté que él me miraba con intensidad haciendo que me sonrojara un poco.

—Quiero decirle que ese documento que usted firmó es nulo ahora, señorita. En realidad nunca tuvo valor. Sé que el marqués la obligó a firmar ese documento y que sólo quería apoderarse de su herencia y de usted y se comportó como un villano para intentar doblegarla. Podría enviarle a prisión y si no lo hago es porque no deseo que el daño que le hizo trascienda. Su honor no quedaría bien parado y todos sabrían que una distinguida hija de caballero fue convertida en cautiva de un demonio por más de dos semanas.

Tragué saliva al pensar en eso, ciertamente que no lo había pensado. Tenía razón por supuesto.

—No lo había pensado—confesé.

—Lamentablemente debemos considerarlo, señorita Guerine. Sé que es injusto y que ese hombre debe pagar por lo que le hizo, pero ahora quiero que esté tranquila pues no debe cumplir ningún juramento arrancado por la fuerza. No tiene ningún valor, además...—hizo una pausa y me miró muy serio—También debo decirle que siempre supe que esa carta era falsa, señorita Boulegne.

Lo miré espantada.

—¿Qué dice? ¿Pero cómo lo sabía usted, Monsieur?

—Porque la verdadera carta me fue enviada hace meses por su padre, mademoiselle. Al parecer la escribió meses antes de morir. Por eso no pudo encontrarla en el Château. Se la enseñaré si lo desea.

—¿Usted tenía la verdadera carta? ¿Y por qué no lo dijo?

—Porque supe que algo muy triste le había pasado para obligarla a escapar así de su hogar. Habría ido a buscarla antes de haber sabido que se encontraba en tan triste situación, señorita. Pero cuando supe que su padre había muerto decidí que debía esperar un tiempo prudente para acercarme a usted y ofrecerme mi ayuda. Además era difícil para mí llegar a Saint Michelle y explicarle el contenido de esa carta y ese documento. Venga conmigo por favor, creo que es tiempo de que sepa la verdad, mademoiselle.

Sus palabras me intrigaron pero lo seguí hasta el Château. Vi que un mozo se llevaba su caballo y él se quitaba el sombrero.

La carta. ¿Entonces la carta fue enviada por mi padre hacía tiempo y jamás lo había mencionado? Por eso dijo que buscara al conde de Valois, que él me ayudaría.

A la distancia vi que Camile me hacía un guiño y su tía se la llevaba luego a caminar. Sonreí y entonces vi la mirada maligna de madame Clochard siguiendo todos mis movimientos como uno de esos gatos peludos

de mirada intensa, pero luego apartó la mirada y dio media vuelta con su caballo y se alejó rumbo a los establos. ¿Acaso se había quedado cerca para espiar nuestra conversación?

Entramos en el edificio poco después y seguí al conde hasta la sala de armas y luego se detuvo en la biblioteca.

—Por favor siéntese, mademoiselle Guerine—dijo él mientras hacía un gesto señalando la silla.

Había una carta sobre la mesa y la vi minutos después. Estaba bajo un libro grueso de tapas doradas. Él la tomó como si hubiera estado allí aguardándole.

Y con un ademán me la entregó.

—Aquí está la carta que me envió su padre, mademoiselle. Por favor, léala con calma y luego conversaremos al respecto—dijo mirándome muy serio.

Tomé la carta con mano temblorosa y la abrí.

Me emocioné al reconocer la letra de mi padre. Lo echaba tanto de menos.

“Estimado conde de Valois.

Hace tiempo su padre habló conmigo para celebrar un compromiso entre usted y mi hija Guerine pero entonces ella tenía sólo quince años y pensé que era muy joven para hablar de ello, aunque confieso que estuve de

acuerdo en celebrar una boda cuando fuera el momento. Así que firmé el acuerdo y se lo entregué y mi única condición era que mi hija cumpliera los veintiún años. Temo que esa condición no agradó a su padre y un tiempo después dijo que usted no podía esperar tanto tiempo pues necesitaba una esposa para sentar cabeza. Sé que concertó otra boda para usted y deshizo este acuerdo lo que me causó mucha pena pues teníamos un trato. Por favor, no piense que le culpo por ello, supe de la tragedia de su prometida y lo sentí mucho.

Pero ahora le escribo para pedirle su ayuda encarecidamente. Sé que usted quería casarse con mi niña, lo vi en sus ojos, la forma en que la miraba y que su padre fue quien lo apartó de ese compromiso.

Le ruego considere este antiguo acuerdo, pero no se sienta obligado a cumplir con él por favor. Mi hija tiene edad suficiente ahora para ser una esposa buena y dulce, sea paciente con ella pues temo que la he criado en una jaula de cristal y ha vivido apartada del mundo. Sin embargo encontrará en ella una joven educada, culta y de gran corazón, todo lo que debe tener una buena esposa, pues me he esmerado en cultivar su intelecto a la par que sus virtudes.

Pensar que pronto deberé despedirme de mi dulce hija me llena de un hondo pesar pero mi doctor me lo ha advertido, no me queda mucho tiempo ahora y antes de irme deseo arreglar unos asuntos. Guérine pronto se

convertirá en una rica heredera y no podré cuidar de ella y eso llena de angustia mis días. Ahora que veo cerca mi fina deseo pedirle que acepte desposar a Guerine cuando ya no esté en este mundo, luego de que se respete el tiempo prudente del duelo. Pero sea paciente con ella y trate de ganar su corazón para que su matrimonio sea feliz y próspero.

Durante mucho tiempo quise conservar a Guerine y la crié apartada de la maldad de este mundo, como una joven buena y de firmes principios morales. Mi esposa yo la criamos con mucho amor y devoción y temo que no sabría defenderse de la inquina y codicia de mis familiares.

Por supuesto que no puedo obligarle a que se case con mi hija, si sus sentimientos han cambiado de parecer le ruego que al menos la ayude a encontrar un esposo conveniente cuando sea el momento y no permita que ningún caza fortunas se acerque a ella. Estará en usted tomar esa decisión pero le ruego que me responda sin temor a ofenderme pues sabré entender sus razones. Debo dejar a mi hija al cuidado de sus albaceas y eso no me da tranquilidad pero con gusto le nombraré su tutor hasta que pueda casarse con ella, Monsieur, pues veo en usted cualidades de un caballero y sé que había aceptado esperar pero su padre le obligó a prometerse a la señorita Sorelle.

Le envió el acuerdo nupcial que su padre había redactado antes de morir firmado por mí, si no desea casarse con mi hija puede destruirlo y olvidar esta conversación. Sólo le ruego que me avise pues el tiempo se me

escurre entre las manos y debo tomar demasiadas decisiones importantes ahora.

Atentamente, su leal servidor.

Louis Henri de Boulegne.

Cuando terminé de leer la carta me emocioné al comprender la angustia que sintió mi padre en sus últimos días de vida al pensar que me quedaría sola en Saint Michelle. Quiso concertar una boda para mí con el conde de Valois y jamás lo dijo... nunca lo mencionó. ¿Tal vez porque el conde no aceptó casarse conmigo y murió triste pensando que no cumpliría esa vieja promesa?

Miré al conde nerviosa, esa carta me había dejado turbada.

—Este es el documento que la convierte en mi prometida mademoiselle, pero su padre me pidió que no fuera una boda forzada ni celebrada con prisas—dijo el conde y me entregó el documento en cuestión que él tenía en sus manos.

Lo leí y vi mi nombre escrito allí y el de Philippe de Valois.

—Pero jamás le vi en Saint Michelle, Monsieur. O al menos no recuerdo haberle visto y además mi padre nunca mencionó este acuerdo nupcial—dije.

—La vi hace años, cuando tenía quince años y caminaba por los

jardines del Château, del brazo de su nana. Era una jovencita tierna y adorable, mademoiselle Guerine, pero tenía sólo quince años entonces y su padre dijo que era muy joven para casarse. Le pidió tiempo a mi padre, dijo que cuando cumpliera los dieciocho estaría más madura para convertirse en mi esposa. Mi padre quería firmar un acuerdo pero el suyo se opuso pero luego se arrepintió y lo firmó con esas condiciones y mi padre se molestó pensó que era mucho lo que debía esperar. Luego hablaré de ello.

—¿Y usted qué le respondió a mi padre, Monsieur?

—No pude responderle señorita Guerine, pues me encontraba en París cuando llegó esta carta y cuando quise hacerlo supe que su padre había muerto. Llegué tarde.

—Oh por eso quiso que lo buscara, quería que usted fuera mi esposo —dije y sentí que los colores me subían al rostro al sentir su mirada.

—Pero no deseo obligarla a que me acepte ahora, mademoiselle. Es usted una dama hermosa y de noble carácter, pero temo que no está preparada para el matrimonio. Es muy joven aún. Sin embargo quise que leyera la carta y este documento que la convierte en mi prometida para que deje de temer a ese hombre y entender que el documento que firmó no tiene ningún valor. Él lo sabe, se lo he enseñado y le he advertido que si intenta acercarse a usted tendré que retarlo a duelo.

Sus palabras me hicieron sentir tan atormentada. Acababa de decirme

que era su prometida y por lo tanto el marqués no podría obligarme a cumplir ese acuerdo pero él no creía que estuviera madura para el matrimonio. Me veía demasiado joven y entonces sentí que algo se rompía en mi interior y desee escapar de esa sala para que no me viera llorar. No era lo que esperaba escuchar. Tuve la esperanza de que al menos me dijera que con el tiempo podía casarse conmigo o....

Al final todo eran fantasías de Camile. Si en algún momento se sintió enamorado de mí en el pasado, ahora había cambiado de parecer al conocerme. No podía culparlo. ¿Por qué se ataría a una jovencita inmadura si tenía una dama hermosa a sus pies como madame Clochard?

Me incorporé enojada y tuve que esforzarme para poder controlar la rabia que sentía.

—Agradezco todo lo que ha hecho por mí, Monsieur, pero si no me quiere por esposa no veo razón para quedarme aquí. Regresaré a Saint Michelle de inmediato.

Mis palabras lo tomaron por sorpresa y noté que me miraba confundido.

—Bueno, por supuesto, si su deseo es regresar no veo razón para que no lo haga. Pero le pido unos días mademoiselle, unos días para preparar a mi hermana, ella se ha encariñado mucho con usted mademoiselle y si se marcha ahora...

Camile. Pobre Camile. Decía que yo era su mejor amiga y se pondría triste si me iba.

—Está bien, por supuesto, no diré nada pero... creo que lo mejor será que regrese a Saint Michelle pero...

—Todavía no puede regresar, señorita Boulegne, debe esperar a que ese hombre abandone sus tierras y se aleje de usted, temo que es un hombre malvado y obsesionado, no sería bueno que la viera regresar sola, ¿comprende? Creo que no sería prudente.

—Es verdad... si me ve sola y descubre que usted no se casará conmigo, querrá que cumpla mi promesa. Él ambiciona mi herencia Monsieur y no puedo volver a mi castillo, no me sentiría segura allí.

—No piense eso, no debe vivir con miedo, señorita Guerine. Ese hombre no puede obligarla a cumplir una promesa arrancada a la fuerza. Quédese aquí, necesita tiempo para recuperarse y ha de tener que tomar decisiones con respecto a su herencia. No es bueno que deje Saint Michelle solo, deberá hablar con los albaceas para que vigilen a su administrador y criados pero puede escribirles una carta, no es necesario que viaje ahora.

—Tiene razón, no podría regresar ahora, mis sirvientes me traicionaron y temo que vuelva a ocurrir.

Él se acercó y tomó mi mano con suavidad.

—Por favor, quédese señorita Guerine. Aquí estará a salvo y segura

hasta que pueda pensar con calma qué hacer. Jamás pensé en usar este documento para hacerla mi esposa a la fuerza mademoiselle, dejaría de llamarme caballero si lo hiciera. Tampoco quise que supiera que tenía en mi poder la verdadera carta. Es una maldad aprovecharse de una joven huérfana y desamparada como usted, ese hombre es un ser pérfido y ruin.

—Oh Monsieur, jamás pensaría eso de usted.

Él se acercó y me miró con tanta intensidad.

—Necesita tiempo, mademoiselle Guerine, tiempo para saber si realmente está preparada para ser mi esposa.

Sus palabras me llenaron de ilusión, comprendí que me había mostrado la carta no sólo para que dejara de temer a Cleves sino para decirme que yo era su prometida pero no deseaba obligarme a ser su esposa. Era un caballero... era tan guapo y encantador. Ahora entendía por qué mi padre había querido que fuera su esposa, sabía que sería un buen marido y que cuidaría de mí.

—Está bien, me quedaré Monsieur.

Él sonrió y noté que sus ojos brillaban con intensidad.

—Gracias, gracias por ayudarme... por haber sido tan buenos conmigo—murmuré.

—No tiene nada que agradecer señorita, sólo quede un tiempo y decida qué quiere hacer... Por favor.

Por un momento pensar en abandonar el Château me había llenado de angustia pero ahora que sabía que me quedaría mi corazón dio un vuelco. Tal vez tenía esperanzas de que un día pidiera mi mano en matrimonio.

El filtro de amor

Camile entró en mi habitación a la mañana siguiente ansiosa de saber qué había hablado con su hermano en la biblioteca.

Dudé en decirle la verdad. Todavía me costaba comprender todo lo que habíamos conversado el día anterior, pero estaba decidida a quedarme y a demostrarle al conde que sí estaba lista para ser su esposa.

—Me habló del marqués... dijo que no volverá a molestarme.

Camile puso cara de desilusión.

—Oh rayos, pensé que iba a pedirte matrimonio, Guerine.

—Me pidió que me quedara, Camile. Dijo que no era necesario que regresara al Château y no lo haré hasta que tenga un esposo—declaré.

—¿Todavía le temes a ese feo marqués, Guerine?

Asentí.

—No estaré a salvo sin un esposo, Camile. Mi padre me dejó una herencia considerable pero no me atrevo a regresar a mi hogar sin un esposo que vele por mí.

Ella sonrió con picardía.

—Mi hermano será tu esposo si tú quieres, sólo haz como madame Clochard. Muchas damiselas remilgadas lo han hecho antes de casarse.

Sus palabras me hicieron enrojecer.

—Ni lo sueñes Camile. Por favor olvida ese plan funesto. Sólo

dormiré con un caballero cuando me convierta en su esposa.

—Está bien... te entiendo. Pero debo hacer algo para que mi hermano te pida matrimonio. Él está loco por ti, lo sé pero no se anima. No sé por qué. Es tímido o muy tonto, no estoy segura.

—Me lo pedirá si realmente quiere que sea su esposa, Camile. Por favor, deja de insistir. Lo hará cuando llegue el momento o no lo hará si no es su deseo. No puedes intervenir. Sé que quieres ayudarme pero dudo que dé resultado.

—Descuida. Ya se me ocurrirá algo. El problema es esa malvada bruja que no lo deja nunca en paz. Se cuelga a su brazo como si fuera su esposa.

En esos momentos no me importó eso, pensé en las palabras del conde la tarde anterior. Me pidió encarecidamente que me quedara y sabía que no lo había hecho sólo por su hermana.

—Camile, aguarda, debes entender algo por favor. No hay prisas. No puedes apurar un asunto tan delicado como un matrimonio. Si vuestro hermano desea que sea su esposa me pedirá matrimonio pero ciertamente que no hemos podido conversar ni pasar tiempo a solas. Por culpa de madame Clochard y porque siempre hay invitados que atender en el Château. Pero si sus sentimientos son profundos y no una simple inclinación... si realmente me ama como yo lo amo... tal vez sólo sea tu deseo de que él me ame

Camile, pero eso no puede planearse ni tampoco forzarse. Por favor, no le digas que pida mi mano, él sabrá cuando quiera hacerlo o también... si no me quiere como su esposa es inútil que insistas.

Camile se puso triste cuando escuchó eso. No quería que me fuera y de pronto lloró y me dio tanta pena.

—Camile no llores por favor... siempre seré tu amiga aunque no pueda convertirme en tu cuñada. Me quedaré unas semanas porque vuestro hermano me lo ha pedido y deseo quedarme. Pero tal vez deba buscarme otro esposo si él me rechaza... siempre he soñado con una boda por amor, pero no quiero pasarme la vida triste y con el corazón roto. Quiero dejar de ser una huérfana desamparada, una rica heredera que sólo despierta la maldad y la codicia en sus pretendientes. En el pasado se acercaron a mí jóvenes distinguidos y bien parecidos, amables, encantadores pero nunca se interesaron en mí, sólo pensaban que era una rica heredera de sangre noble. Quisiera una boda por amor como sueñan las muchachas de nuestra edad pero no sé si eso podrá ser...

—Oh Guerine no renuncies al amor que sientes por mi hermano, no dejas que muera en tu corazón ni pierdas las esperanzas. Ten paciencia. Él necesita tiempo creo para decidirse. Lo presiento.

—Bueno, puedo esperarle unos meses, tal vez un año pero no me pidas que lo espere toda la vida porque no puedo quedarme aquí como la

damisela desairada. Este no es mi hogar.

Camile secó sus lágrimas y me miró.

—Quédate Guerine, por favor. Claro que este es tu nuevo hogar, ya eres parte de nuestra familia y no temas, yo te ayudaré a conquistar a mi hermano. Debes empezar por alimentarte mejor y a engordar un poco. Sospecho que no le agradan muy delgadas. Le pediré a mi tía que os prepare un tónico para fortalecerte y además... podría conseguirte un filtro amoroso con madame Arlette.

—Dios mío, ¿hablas en serio? ¿Un filtro de amor?

Ella sonrió con aire misterioso.

—Sí, por supuesto. Son muy efectivos según he oído.

—Camile por favor, son inventos de las novelas de caballería, los filtros de amor... Yo no creo en esas cosas. Creo que a nuestra señora no le gustaría que tuviéramos un esposo con magia negra.

—¿Magia negra?—Camile se escandalizó—Oh no es magia negra, es magia blanca para unir parejas. Madame Arlette es una bruja buena, de las que curan y hacen filtros de amor.

—Mi padre decía que no existían las brujas buenas, que quienes se dedicaban a la magia y hechicería no eran buenas personas—declaré.

—Eso no es verdad. La bruja Arlette sí es buena, ha curado a muchos campesinos en el pasado. Y sé que muchas criadas piden sus filtros de amor y

luego se les hincha la tripa y tienen que casarse.

—No creo que eso sea buena idea, Camile.

Ella rió tentada al ver mi cara de espanto.

—Bueno, podemos probar... primero debemos ir a la cabaña del río y hablar con madame Arlette. No es una bruja mala, es una bruja blanca como le llaman que prepara medicinas, ungüentos y filtros de amor. Hablaremos con ella y le pediremos un filtro pero no debes decir nada a mi tía, a ella no le gustaría saber que vamos allí. Debemos salir muy temprano en la mañana y...

—Camile miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oírnos.

Finalmente me convenció de ir y mientras hacíamos planes me sentí como si fuéramos dos conspiradoras y la idea me pareció divertida, pero en ningún momento pensé que resultara.

—Bueno, ahora le pediré el tónico a mi tía para ti, Guerine. Y también deberás empezar a alimentarte mejor y comer el postre. Madame Clochard es una pelota, usa corsé para disimularlo y lo único que consigue es dar la sensación de que sus senos van a explotar.

Reí cuando escuché eso.

—Camile, por Dios, odias a la pobre madame Clochard. ¿Cómo sabes que es tan rolliza? Yo la veo delgada.

—La he visto desnuda, ella no usa ropa interior bajo el vestido. Oh qué asco. Su trasero es grande y sus piernas gruesas, lo disimula con el

vestido y porque el corsé hace que su cintura se achique pero para mí es repugnante. Pero a los hombres le agradan así, con carnes. Debes engordar un poco. Tienes un pecho abundante para ser tan flaca pero te hace falta llenar un poco tus caderas.

Camile me hizo sonrojar.

—¿Cómo diablos sabes eso de mí?

—Porque te vi en la sala de costuras, ¿lo olvidas? Cuando te ayudé a probarte los vestidos. Noté que te hacía falta cadera pero tenías pechos llenos. No sé por qué los cubres tanto, deberías usar vestidos que muestren tus encantos.

—No lo haré Camile, moriría de vergüenza de usar trajes escotados como los que lleva madame Clochard.

—Está bien, sólo bromeaba, tranquila Guerine. Ahora debemos planear nuestra excursión al bosque, espero que madame Arlette esté viva porque es muy vieja. No te asustes cuando la veas, porque es piel y huesos. Creo que tiene casi cien años.

Cuando salíamos de mi habitación para el almuerzo escuchamos voces en el corredor. Voces airadas del conde y madame Clochard.

“Fue Camile y lo sabes. Ella suele entrar en mi habitación y espía y estoy segura que fue ella quien dejó caer vino en mi vestido. Sabes cuánto me odia pero jamás haces nada, Philippe”.

El conde parecía abatido por el tono de la conversación.

—Mi hermana no haría eso. ¿Por qué siempre la acusas?

—Porque ella no es normal, está loca y todos lo saben.

Imaginé que el conde se enfureció al oír eso.

—No te atrevas a hablar así de mi hermana, Bianca.

—Pues estoy segura de que fue ella o su amiga, mademoiselle Guerine. Ellas estropearon mi vestido.

—Tenéis más de cuarenta vestidos, Bianca.

Ella sollozó y dijo que ese era su favorito.

Pero el conde perdió la paciencia y le dijo:

—Tus celos me tienen harto, Bianca. Siempre buscas cualquier excusa para criticar a Guerine y olvidas que ella es mi protegida.

—Por supuesto, se te van los ojos con esa niña. Pero ella está muy verde y por eso no puedes casarte con ella y la tienes aquí escondida y reservada para que sea tuya cuando llegue el momento.

El conde no respondió a la insinuación horrible que hizo su amante, era un insulto y no sabía cómo la toleraba, pero dijo en tono firme.

—Creo que debes irte, Bianca. Esto es demasiado, estoy harto de ti—
habló con mucha calma, sin subir la voz para nada.

Se hizo un silencio de parte de madame Clochard y con Camile nos miramos asombradas.

—¿Qué me vaya? ¿Primero estropean mi vestido favorito y ahora debo irme como si fuera mi culpa?

—Lo que acabas de decir es un insulto y creo que has llegado demasiado lejos. Además, hemos terminado hace tiempo y tú viniste un día inventando que se había averiado tu carruaje. Sabes que no quiero estar contigo.

—Eso es mentira, sé que te mueres por volver a mí.

—No, ya no deseo estar contigo. Ya no te deseo Bianca. Te has convertido en una mujer vulgar y malvada. Creo que en el pasado fui embaucado por tu belleza e inteligencia pero ahora has llegado demasiado lejos esta vez. Quiero que te marches hoy del castillo. No quiero volver a verte. Habíamos terminado, tú lo sabías y sin embargo no quieres aceptarlo. Pues es tiempo de que lo hagas y me dejes en paz. Avisaré a mis criados para que preparen tu carruaje.

Camile me empujó y entramos de nuevo en mi habitación para que su hermano no pudiera ver que habíamos oído su conversación. Pero luego sonreímos. Camile estaba feliz.

—Es un milagro Guerine... la bruja se irá. ¿Has oído? Vino sola para tratar de conquistar de nuevo a mi hermano pero él no la quiere, ya no... ¿y sabes por qué, verdad?—dijo sonriente—¿ahora me creerás? Te quiere a ti, te ha reservado para él, lo dijo madame la bruja y él no lo negó. Al contrario, se

enfureció y la ha expulsado... oh que estupenda noticia. Al fin nos libramos de esa harpía... inventando que había manchado su vestido. Puras patrañas, jamás entré en su habitación.

Me sentí tan feliz de saber que ya no estaban juntos.

—¿Entonces todo fue una farsa y ya no era su querida?—dije en voz alta.

—Pues yo lo sospechaba, en el pasado fueron amigos y amantes, creo que a mi hermano le divertía su compañía. Te confieso que entonces ella era muy zalamera y me hacía regalos caros para conquistarme. Tal vez creyó que sería la nueva condesa de Valois. Y como vio que no lo conseguía comenzó a mostrar la hilacha como se dice vulgarmente... ya ves que inventó lo del vestido para incriminarme, seguramente fue ella quien lo hizo. Mi hermano no le creyó una palabra y en vez de creerle le ha pedido que se marche. Y se lo tiene bien merecido por supuesto.

Madame Clochard partió una hora después, con todo su equipaje, criados y una expresión altanera en su rostro, sin embargo noté que había llorado, sus ojos estaban rojos y a pesar del gesto se veía desdichada.

Era una dama hermosa y rica, me pregunté por qué perdía el tiempo persiguiendo a un hombre que no quería hacerla su esposa y ni siquiera la quería ahora de amante. Ciertamente que no podía entenderlo.

Pero su partida fue un alivio y sentí que algo maligno y oscuro se

alejaba del Château.

Hasta salió el sol cuando atardecía luego de que las nubes cubrieran el cielo todo el día.

Fuimos a caminar con Camile para disfrutar esos escasos rayos de sol.

Madame Fontaine también estaba feliz y nos seguía a distancia.

—Oh qué paz Guerine—dijo Camile— ¿No es así? ¿Verdad tía?

Tía Amelie sonrió.

—Se fue mordiendo su propio veneno—insistió Camile—Ahora Guerine podrá casarse con Philippe sin que esa malvada mujer intervenga.

Sonreí pero no dije nada.

Noté que ella se alejaba y me señalaba con la mirada un lugar.

—Allí vive la bruja de Arlette.... Os mostraría dónde es pero mi tía nos vigila.

Madame Fontaine; que caminaba con aire ausente, de pronto se detuvo a ver unas plantas.

Miré hacia el horizonte y vi unas casitas de madera a lo lejos y un lago.

—La casita frente al lago, ese esa, mañana iremos temprano, Guerine—me dijo en un susurro.

En realidad no esperaba que ese filtro sirviera, sólo acepté ir por complacer a Camile y porque sentí curiosidad. Jamás había conocido a una

bruja, sólo sabía de esos filtros de amor porque lo había leído en una novela medieval, pero no creía que fueran eficaces, no era más que una leyenda pintoresca. Como las brujas. Tampoco creía que tuvieran tanto poder y esperaba no estar cometiendo un pecado por ir a visitar a una.

Al día siguiente partimos sigilosa a la cabaña de la bruja. Fuimos caminando envueltas en nuestras capas, mirando alertas a nuestro alrededor, pero no fuimos solas sino escoltadas por dos criadas. Camile les dijo que iríamos al lago y en parte era verdad.

—Quiero que mademoiselle conozca el lago— dijo.

Las criadas no dijeron nada y nos guiaron por el camino más fácil.

—Tenga cuidado con las piedras, señorita Guerine—me advirtió Camile.

Traté de evitar las piedras y la maleza y me cubrí con mi capa porque estaba muy frío aunque afortunadamente era un día de sol.

El camino era empinado y debimos recorrer más de dos millas a pie, a pesar de haber usado un atajo. Daba la sensación de que nunca llegaríamos y comencé a arrepentirme de haber ido. Mi vestido nuevo se había llenado de lodo, las botas también y el frío se hizo más húmedo mientras descendíamos por el valle.

Pero lo más atemorizante fue ver el pantano mucho más cerca de lo

que pensé. Me detuve y señalé a la distancia, esa masa oscura y brillante como un lago negro parecía haber avanzado hacia el Château.

—Camile, mira.

Ella miró hacia el pantano pero no le dio mayor importancia.

—Es nuestro pantano, mademoiselle. Pero no se asuste. Nunca ha salido del cauce y si lo hiciera no llegaría al Château. Sólo una vez llegó y fue para salvarnos.

Camile me contó la historia del pantano.

—Es nuestro aliado y dicen que vive una bruja en sus aguas que cuida la estirpe Valois de un peligro inminente. Lo hizo en el pasado, durante la revolución del populacho. La época más negra de nuestra Francia, tía Amelie me lo contó.

Sabía la historia porque la señorita Laurent me había contado al llegar pero desconocía que hubiera una bruja en esas aguas oscuras.

—En el medioevo vivió una bruja cerca del pantano, una anciana muy buena y sabia que tenía poderes para ver cosas. Pero un día la atraparon y quisieron quemarla por bruja pero la condesa Marie de Valois la defendió ante los tribunales y dijo que la dama no era bruja sólo una sanadora y que respondía por ella. Fue una dama muy valiente y todos le temían y respetaban. Su esposo la adoraba y la ayudó a salvar a la anciana pero ella murió poco después del corazón porque dicen que se asustó mucho cuando la

llevaron encadenada hasta el pueblo, metida en una jaula. Pensó que iba a morir y eso fue demasiado para la pobre. La condesa ordenó que prepararan las habitaciones del Château y la atendieran. Estuvo días muy grave y murió pero al menos no lo hizo en esa casucha del pantano ni rodeada por las llamas y al parecer la pobre vieja bruja se lo agradeció a la señora de Valois y luego hizo dos cosas: tocó su barriga y le dijo que pronto concebiría un hijo y que arrojaran su cuerpo al pantano pues siempre había vivido junto a él y no quería pudrirse en la tierra.

La dama se sorprendió por su pedido o eso dicen pero lo cumplió al pie de la letra y cuando murió el cuerpo de la bruja fue amortajado y lanzado al mar. Y al poco tiempo la condesa que había sido estéril desde su matrimonio descubrió que estaba encinta y ocho meses después dio a luz gemelos, dos hermosos varones de cabello oscuro y ojos muy verdes. Los ojos verdes de los hombres Valois, dicen que son de las brujas... mi hermano los heredó—rió divertida—pero mi hermano no cree nada en esas tonterías de brujería.

—Oh Camile qué historia tan apasionante.

—Pues todavía no termina mi buena amiga. Dicen que la bruja vive en las aguas del pantano y protege a nuestra estirpe, lo ha hecho desde esos tiempos y en las noches de tormenta se escucha una voz desde el pantano. Es la bruja que canta y nos saluda desde el pantano porque dicen que su alma

vive en esas aguas y si algo malo nos amenaza hace que el lago crezca e invada las tierras al norte como ocurrió en dos ocasiones años después de su muerte. Primero fue un enemigo que intentó tomar el Château cuando la pobre condesa Marie que te nombré quedo viuda y sola para criar a sus cuatro hijos. Pues luego de los mellizos tuvo dos más. Un noble malnacido quería apoderarse de todo y también de la condesa que aunque de genio muy bravo era muy hermosa dicen, si vieras su retrato no pensarías igual pero las modas cambian, o eso dice tía Amelie... la condesa sabía que no podría frenar el avance del felón que amenazaba sus tierras, el malnacido le envió un mensaje para que se rindiera y aceptara ser su esposa. Si se negaba tomaría de rehenes a sus hijos y los mataría. La dama tenía leales caballeros pero sabía que no serían suficientes para defenderla así que invocó a la bruja Adeline del pantano para pedirle protección. No le rezó al señor porque estaba enojada con él por haberle quitado a su marido así que llamó a la bruja y ella respondió desbordando el pantano. Lo hizo. Y el maldito invasor vio venir esas aguas negras una mañana y no pudo hacer nada pues él y sus hombres quedaron ahogados por el lodo, no pudieron escapar. Y no se fue hasta ahogar hasta el último de los invasores, la condesa escribió que escuchó sus gritos desde la torre y los miró con una sonrisa y rió... rió al ver cómo sus enemigos eran devorados por las aguas negras del pantano. La bruja había acudido al llamado. Y hubo otra condesa que también la llamó, durante los

tiempos de la revolución de la canalla.

Escuché la historia impresionada y entonces vi que habíamos llegado a la casita de la bruja casi sin darme cuenta y me estremecí. Era una cabaña oscura y con algunos agujeros en las tablas y en el techo. Parecía una choza abandonada y sin embargo intuí que la bruja debía estar allí mirándonos desde algún rincón.

—Ven Guerine, no tengas miedo, es una bruja buena—dijo Camile y me empujó suavemente para que avanzara.

Tuve miedo, no era correcto ver a brujas ni pedir favores, mi padre no lo habría aprobado y lo sabía.

—Es que no quiero ir, por favor. Es pecado, Camile. Mi padre dijo una vez que no existían las brujas blancas que todas son malas en realidad porque invocan al diablo para pedir favores.

—OH por favor Guerine, no me vengas con eso ahora. Sólo acompáñame ¿sí? Yo hablaré con la bruja Arlette por ti. Tú sólo acompáñame.

No sé ni cómo logró convencerme, me temblaban las piernas cuando me acerqué a la casucha y Camile llamó a la bruja para que nos recibiera.

No hubo respuesta, todo estaba en silencio y vi que las criadas se alejaban del lugar y se persignaban visiblemente asustadas.

—Mademoiselle Valois, no es bueno que esté aquí, si su tía lo sabe

nos castigará—gritó una de ellas a la distancia.

Por algo estaban tan asustadas pero Camile les hizo un mohín mientras les decía:

—Guarden silencio. Sólo vine a pedir un ungüento, nadie tiene por qué saberlo.

Ellas se miraron y no dijeron nada.

La casucha del lago parecía abandonada ¿y si la anciana bruja había muerto? Me pregunté entonces.

—Madame Arlette, abra por favor. Necesito su ayuda—llamó Camile con voz más fuerte.

No tuvo respuesta, pero a lo lejos unos pájaros alzaron el vuelo emitiendo un graznido que nos hizo estremecer y dar un brinco.

—¡Diablos!—dijo Camile.

Y poco después vimos que la puerta de la casucha se abría y aparecía una mujer vestida de negro, tal delgada que el vestido oscuro caía sin gracia haciéndola parecer delgada como una sombra. Grité asustada y quise correr pero Camile me atrapó.

—Por favor no me dejes sola ahora—me rogó sujetando mi brazo— Es para que mi hermano se enamore de ti Guerine. No temas, es una bruja muy buena, ya verás.

Miré a la bruja y noté que llevaba el cabello blanco muy largo y

ondeado y su rostro parecía tostado por el sol, marchito y oscuro pero sus ojos nos miraron con expresión alerta y maligna. Ciertamente que no parecía una bruja buena sino todo lo contrario.

Pero Camile no le tenía miedo y me arrastró ante su presencia. Entonces la anciana debió reconocer a la señorita del Château porque le sonrió.

—Mademoiselle Camile qué bella se ha puesto usted. Cuando la vi por primera vez era una niñita de nueve años—dijo y sonrió enseñando una hilera de dientes negros. Pero su mirada maligna me observó a mí con curiosidad.

—¿Quién es la damisela que os acompaña?—quiso saber.

—Es mademoiselle Guerine de Boulegne, vino del Château de Saint Michelle en Rouen.

Ella me miró con creciente curiosidad sin dejar de sonreír, pero su sonrisa era perversa y oscura y tuve la sensación de que el diablo me miraba a través de los ojos negros de la bruja.

—Qué joven tan hermosa y tierna—dijo—¿Por qué unas damiselas tan hermosas buscan a madame Arlette?—preguntó luego.

Camile le entregó un paquete con alimentos que había tomado de la despensa esa mañana: un frasco de jalea, una pequeña horma de queso y pan recién horneado.

La anciana sintió el olor de los alimentos y su mirada hambrienta tomó un trozo de pan.

—OH qué niña tan buena es la señorita Valois. Los ángeles la acompañen siempre y el señor la compense con un buen marido.

Camile sonrió encantada por las palabras de la bruja.

—Pero no he venido a pedirle un marido madame Arlette... Es para mi amiga mademoiselle Guerine. Verá... ella está enamorada de mi hermano y sé que él también la ama, pero no se decide a pedir su mano en matrimonio y la pobre necesita un esposo. Es huérfana y ha quedado desamparada—explicó.

La anciana se acercó y me miró con creciente curiosidad.

—Es muy tierna vuestra amiga, ¿qué edad tienes preciosa?—quiso saber.

—Diecinueve, madame—balbucee.

—Oh pareces más joven, mucho más joven—dijo—Por favor, entrad, hace mucho frío aquí afuera.

Miré a Camile aterrada, no entraría en ese lugar pero ella me hizo un gesto de que la siguiera.

—Por favor Guerine, no me animo a entrar sola—me susurró.

La seguí obligada y cuando entramos la anciana abrió las ventanas para que entrara la luz y de pronto algo se escurrió entre mis tobillos y

temblé. Era un gato y maulló dándome un susto.

La bruja rió al ver que estaba aterrada.

—No tema señorita Guerine, la bruja Arlette es una bruja buena y la ayudará a enamorar al conde. Nunca hace daño la bruja. Sólo el bien. Cura empachos, dolores de tripa, pócimas para la fertilidad y filtros de amor. Sólo el bien. Mire... —dijo y señaló un retrato de la virgen y el niño y no lejos de allí había una cruz con Jesucristo crucificado.

—Madame Arlette siempre reza porque es una bruja buena y en realidad no soy bruja. Sólo curandera. Pero a los campesinos les gusta llamarme bruja Arlette y a mí no me molesta—explicó.

La casa era una única habitación llena de muebles viejos y olía a flores, un olor mucho más agradable de lo esperado y de pronto noté que la bruja tenía jarrones con flores frescas en un estante y una mesa y tenía todo bastante ordenado y limpio. Hasta tenía un pequeño bracero para calentarse y una estantería llena de alimentos donde puso la bolsa que le había llevado Camile. Al parecer la bruja tenía donativos a menudo por sus filtros y pociones.

Mi mirada se encontró con la de la bruja, me miraba con curiosidad.

—La señorita Guerine está muy verde aún—declaró—por eso el caballero no le ha pedido matrimonio. Necesita madurar pero madame Arlette puede ayudarla con un filtro de amor.

Sus palabras me dejaron algo desconcertada ¿cómo sabía todo eso?

—¿Por qué dice que está verde la señorita Guerine, madame Arlette?

—preguntó Camile.

La bruja sonrió.

—Sé cuándo una muchacha es pura y está verde, señorita Valois. Y vuestra amiga está verde y además no está preparada para soportar el abrazo de un marido. Creo que debería esperar un poco más antes de usar el filtro. Tal vez ni siquiera sepa cómo se hacen los bebés.

Me puse colorada cuando dijo eso y la bruja rompió a reír a carcajadas.

—Madame Arlette es una mujer sabia, señorita Valois. ¿Por qué quiere usted que su hermano le pida matrimonio a la señorita Guerine?

Camile sostuvo su mirada.

—Es que no quiero que la señorita se vaya, es mi mejor amiga— balbuceó y vi que lloraba y la abracé.

—Tranquila, no me iré, Camile, me quedaré un tiempo.

Ella me miró y secó sus lágrimas.

—Lo sé pero me sentiría más segura si te casaras con mi hermano, esa mujer puede regresar Guerine y tratará de robártelo. Ya han peleado en otras ocasiones y luego vuelven.

—¿Cuál mujer, señorita Valois?—preguntó la bruja con expresión

astuta.

Camile le dijo que se llamaba madame Clochard.

—Sí, la conozco, vino aquí buscando un filtro para amarrar a su hermano hace tiempo pero yo me negué a dárselo. Es una dama maligna, mademoiselle y yo le dije que para amarrar a un hombre primero hay que conquistar su corazón y lo veía improbable. Se fue echando maldiciones y me dijo que en otros tiempos me habrían quemado por bruja.

—¿Pero ella estuvo aquí? No puedo creerlo—dijo Camile.

—Está muy enamorada del conde, siempre lo ha estado y aunque parece que no le importa que él no la ame está obsesionada y cree que con el tiempo él la amará y podrá ser su esposa. Me lo dijo ese día.

—Pues eso no pasará, mi hermano ama a Guerine, lo sé. No deja de mirarla de seguirla a todas partes. Le ha pedido que se quede aquí el tiempo que desee.

La bruja me miró y luego miró a Camile.

—Creo que tiene razón, mademoiselle Camile. Una joven tan hermosa y pura como su amiga debió cautivar a un caballero como su hermano, pero creo que él sabe que la señorita no está lista para ser su esposa, lo intuye, porque es muy sagaz y conoce a las mujeres y por eso todavía no se le ha declarado. Tenga paciencia, no puede apresurar al amor, no es buena idea hacerlo ni intervenir... porque a fin de cuentas es cosa de su hermano y

de la señorita.

—Pero madame Arlette mi madre se casó a los diecisiete, mademoiselle Boulegne tiene edad suficiente, sólo hay que unirlos, lograr que se amen... que él la abrace y entonces tenga que casarse con ella.

—Camile por favor, me horrorizas. Deja de decir esas cosas—
intervine.

La bruja nos miró a ambas y sonrió divertida.

—¿Y usted qué piensa, señorita Guerine? ¿Cree que está preparada para convertirse en la esposa del conde de Valois?—me preguntó.

—Sí, madame Arlette pero él piensa que no...

Ella me miró con astucia.

—¿Y sabe que ocurre entre un hombre y una mujer en su noche de bodas? ¿Le han hablado de ello alguna vez?

Asentí.

—Mi nana me habló hace tiempo porque temía que fuera seducida y abandonada.

—¿Y qué le dijo su nana?

La miré espantada, ni loca le diría lo que me había dicho.

—¿Sabe cómo llega un bebé a su barriga?—insistió la bruja.

—Sí... la semilla del hombre hace un bebé. Luego de un abrazo apasionado... se abrazan y luego...

La vieja rió a carcajadas mientras intentaba explicarle en sentido figurado lo que sabía porque no era sencillo hablar de ello.

—Alguna vez ha visto a un hombre desnudo, mademoiselle?

—Claro que no.

—Lo imaginaba... Algunas damas son criadas en jaulas de cristal, lejos del pecado y de todo lo malo de este mundo pero no saben qué se espera de ellas y luego se asustan cuando ven a su esposo desnudo. Pero seguramente habrá visto copular a los animales en la pradera si se crió en el campo.

—Sí.

—Y habrá notado que el macho tiene algo que sobresale que luego hunde en la hembra.

Tragué saliva cuando me explicó el acto de copular entre los animales y luego se refirió a los humanos.

—El hombre es más delicado por supuesto, prepara a su señora con besos y caricias y luego cuando ve que está preparada hunde su miembro erecto de unas seis pulgadas en su pubis. Porque su pubis está hecho para eso, es una cavidad que aloja el miembro viril y él lo hunde muy profundo en usted hasta expulsar su semilla y hacerle un bebé. Pero para los caballeros el acto de copular es muy placentero y no sólo buscan dejar encinta a su esposa, sino que es una forma de expresar su amor y de tener placer. Siempre quieren

hacerlo y usted como su esposa no podrá negarse. Al comienzo será algo incómodo porque su pubis está cerrado ahora por la virginidad y eso le dolerá al principio, pero luego si realmente ama al conde lo disfrutará porque es un acto de amor y es el milagro divino de la creación. Creced y multiplicaos dijo el señor. De una noche de amor luego nace un hermoso niño y eso no debe avergonzarla ni causarle temor porque todos hemos nacidos de la pasión entre un hombre y una mujer.

—Oh madame Arlette, qué sabia es usted y habla de una forma tan poética, creo que Guerine dejará de tener miedo ahora porque lo ha entendido mucho mejor—dijo Camile.

No dije nada, me había sentido tan turbada y avergonzada de que hablara con tanta crudeza de lo que ocurría en la intimidad que habría deseado que la anciana callara su boca de una vez pero no me atreví. Las explicaciones de la señorita Laurent había sido algo confusas pero entonces recordé a unos perros copulando en la granja del Château y pensé que en realidad tenía sentido. Pues era imposible que una semilla entrara en el cuerpo de una mujer si no era introducida en profundidad.

La bruja me miró con astucia.

—Sospecho que su nana no le contó nada de la cópula y que si vio copular a los animales no creyó que fuera igual en los seres humanos.

—No, no me lo dijo, es verdad...

—Y como no tiene hermanos varones jamás vio a un hombre desnudo. Pero debe superar su pudor y vergüenza si quiere ser la esposa del conde, pues si se casa con él debe saber lo que le espera y estar dispuesta a no negarse nunca a su apasionado abrazo porque en esencia es un abrazo ardiente y apasionado.

Tragué saliva y la miré.

—Pero necesito un esposo, madame Arlette. Por favor, ayúdeme a superar el miedo que me da pensar en ese abrazo. Yo amo al conde, lo amé desde el primer instante en que lo vi y no quiero ser la esposa de otro caballero, quiero ser la esposa que él necesita.

—No es tan sencillo mademoiselle, necesita un esposo que cuide de usted y eso lo entiendo pero ha de saber que el conde de Valois es un hombre muy ardiente y temperamental y usted es una niña asustada, no resultará. Si realmente lo ama debe esperar hasta ser lista para ser su esposa. No apresure al amor mademoiselle, no es bueno hacerlo. Si lo ama y quiere ser su esposa debe superar el miedo que siente a la intimidad.

Camile nos miró a ambas asustada.

—Por favor madame Arlette, Guerine está asustada porque nunca le hablaron de esas cosas pero ya se le pasará, estoy segura. Todas las mujeres se casan, las campesinas ni siquiera esperan al matrimonio y retozan en los campos a toda hora. Supongo que lo disfrutaban porque las he oído gemir como

gatas en celo a la hora de la siesta.

La bruja rió por las palabras de Camile.

—La señorita es muy tímida y tierna, yo creo que es mejor que espere un tiempo antes de comprometerse en matrimonio. Tenga paciencia señorita Valois, si es voluntad del señor su hermano le pedirá matrimonio a su amiga cuando sea el momento. Ahora al menos sabe lo que se espera de una esposa pero necesita tiempo para asimilarlo y además hay algunas mujeres no están hechas para el matrimonio.

—Madame Arlette no diga eso, Guerine ama a mi hermano, sólo está confundida ahora por lo que usted le dijo.

—Señorita Camile no sea tan impaciente. Todo a su tiempo. Tenga paciencia. No apesure a los enamorados, ellos sabrán cuando sea el momento de acercarse.

—Pero usted tiene filtros de amor, por favor... necesito un filtro para que mi hermano se enamore tanto de la señorita que luego le pida matrimonio.

—Eso no resultará, debe dejar que ellos se entiendan, Camile. Si realmente hay amor te aseguro que no será necesario ningún filtro.

Camile se puso a llorar furiosa.

—¡Por favor, ayúdeme, madame Arlette! No quiero que vuelva esa horrible mujer al Château, mi hermano debe casarse con Guerine, ella es la

esposa indicada para él. Por favor, no permita que regrese con madame Clochard es una mujer muy mala y quiere encerrarme en un asilo.

La bruja se puso muy seria, tal vez se sintió conmovida pues conocía a Camile y sabía que era la señorita del Château y no deseaba disgustarla. Sus palabras eran muy sensatas, era una mujer sabia y estaba de acuerdo con todo lo que había dicho. ¿De qué servía un filtro amoroso si no había amor verdadero? Si él estaba interesado en mí y quería pedir mi mano lo haría cuando llegara el momento. No había prisa. Al menos para mí.

—Está bien Camile, te daré un filtro. Ven, acompáñame—le dijo.

Noté que la llevaba aparte y le hablaba y acariciaba su cabello. Camile secó sus lágrimas y se calmó al instante como una niña consentida que al fin le daban el trozo de biscocho que había pedido.

—Sigue mis recomendaciones y aguarda, no lo uses a menos que...

No quise oír lo que le decía la bruja pues noté que hablaba en voz muy baja para que no la escuchara.

Abandonamos la cabaña poco después y la anciana nos sonrió muy contenta y hasta nos saludó con la mano mientras nos alejábamos.

Las criadas aguardaban inquietas a unos metros y Camile guardó el filtro con expresión torva.

—No digan nada a mi tía o lo lamentarán—les dijo ceñuda.

Las muchachas se miraron asustadas y juraron no decir palabra.

—Camile por favor, no le des el filtro a vuestro hermano—le pedí luego mientras emprendíamos el camino de regreso.

Ella me miró y sonrió.

—No lo haré hasta dentro de un tiempo. Le daré unos meses para que se decida, si no lo hace y llega la primavera entonces lo usaré.

Sus palabras me causaron alivio.

Luego de saber los secretos de la concepción me sentí algo confundida ese día y los siguientes. Me daba miedo pensar que debía dejar que mi esposo me hiciera eso. Tal vez yo no estaba hecha para el matrimonio como había dicho madame Arlette y mi amor por el conde fuera algo idealizado y espiritual solamente. O quizás necesitaba madurar porque había vivido recluida en el Château, rodeada de cuidados y no sabía nada del mundo como un parajillo que recientemente había dejado su jaula.

Cuando regresamos, Camile regresó en su habitación con la pócima y yo me retiré a descansar pues había quedado exhausta de la caminata.

Pero esa noche durante la cena, sentí la mirada del conde en varias ocasiones y temblé al imaginar que quería abrazarme y hacerme un bebé. Me daba mucha vergüenza pensar en eso.

Entonces recordé las palabras de madame Arlette “es un abrazo apasionado y ardiente, un abrazo lleno de besos y caricias, el hombre prepara a su mujer para ese momento, lo hace con delicadeza y paciencia hasta que

nota que está lista.”

De pronto pensé en madame Clochard y me pregunté cómo es que siendo la amante del marqués no había quedado encinta. Al menos Camile jamás lo había mencionado. ¿Sería una dama estéril o evitaba los embarazos de alguna forma?

Pensé en mis padres que siempre estaban juntos y en las tardes de verano se encerraban en sus aposentos para dormir la siesta pero no dormían... Mi madre reía y una tarde los había visto desnudos en la cama. Mi padre estaba sobre ella besándola y noté que la apretaba mucho contra la cama y mi madre suspiraba y gemía como si lo disfrutaba. Ese era el abrazo que había mencionado la bruja, ahora entendía por qué me asusté al verles así abrazados y corrí, corrí y jamás volví a tratar de entrar a las horas de la siesta.

Camile notó que algo me pasaba porque de repente se me acercó y me dijo:

—¿Todavía piensas en lo que te contó la bruja?

Asentí sin decir más.

—No puedo creer que nadie te haya contado. Eres muy boba, Guerine. ¿Nunca has visto a los criados en los campos cuando se esconden detrás de la maleza?

—Claro que no, ¿por qué habría de espiar a los criados del Château?

Ella sonrió divertida.

Me debía creer una tonta de capirote, boba de nacimiento.

—Bueno, ahora ya sabes la verdad al menos. Nuestra visita a madame Arlette fue muy beneficiosa para ti.

No era una tonta, sabía que pasaba algo entre los amantes, sabía que se besaban y abrazaban y luego de esos abrazos salían los bebés. Ahora sabía cómo era y me sentí algo extraña, y llegué a la triste conclusión de que tal vez no estaba preparada para casarme.

Los días siguientes llovió y no pudimos dar paseos con Camile y luego de jugar a las cartas, conversar y jugar al acertijo ya casi no sabíamos qué hacer y de repente el conde se unió a nuestros juegos y pidió para jugar una partida de cartas.

Era la primera vez que lo hacía y Camile se puso muy contenta.

Jugamos al Whist mientras bebíamos té y comíamos unas pastas de jengibre y un biscocho de manzanas y miel delicioso. La ausencia de madame Clochard lo había cambiado y lo noté más alegre y hasta se quedó conversando con nosotras.

En un momento Camile dijo que iría a buscar un libro para leer porque se había aburrido de las cartas y madame Fontaine la acompañó y nos quedamos a solas.

—¿Cómo está, mademoiselle Guerine?—me preguntó entonces—¿Es

feliz aquí?

Sonreí.

—Sí, por supuesto, han sido tan buenos conmigo.

Él sostuvo mi mirada.

—Camile teme que se vaya y eso la angustia un poco. ¿Acaso tiene planes de irse?

Su pregunta me sorprendió.

—Prometí que me quedaría Monsieur y lo haré pero no puedo quedarme para siempre... debo regresar al Château algún día o mis familiares me lo quitarán.

El conde me miró muy serio.

—Puedo acompañarla al Château si lo necesita pero temo que esta lluvia nos dejará aislado durante días y no será sencillo viajar ahora.

La idea de realizar ese viaje me dejó muy inquieta.

—Tal vez deba escribir a mi ama de llaves, es la esposa del mayordomo y siempre me han servido con lealtad, si usted pudiera hacerles llegar mi carta para que cuiden el Château en mi ausencia y me avisen de cualquier contrariedad.

—Me parece una idea estupenda, señorita Guerine.

Habíamos dejado de jugar a las cartas sin darnos cuenta para conversar têt a têt. Hablamos del tiempo, de libros y de ciertas leyendas del

Château. Fue él quien me habló de las torres que tenían nombre de una esposa díscola.

—Mis ancestros eran caballeros guerreros que se destacaron en las cruzadas y sirvieron a su rey con lealtad pero no fueron buenos esposos... Algunos encerraron a sus esposas en la torre y luego le pusieron su nombre a la torre en cuestión.

—Pero no hay fantasmas aquí, ¿verdad?

—Tal vez... hay un fantasma llamado la dama del espejo que siempre aparece cuando una novia llega al Château para casarse con un Valois. Dicen que ella intenta advertirles que no se casen con nosotros porque somos maridos muy crueles—sonrió—dicen que es una de las damas cautivas en la torre. Adeline. Adeline fue la esposa de un Valois muy bravo y guerrero que la encerró por celos en la torre porque era tan hermosa que él no soportaba que sus caballeros se deleitaran contemplando su hermosura. La pobre vivió en una torre el resto de su vida, allí nacieron sus hijos y luego falleció. Dicen que cantaba y que eso le daba gran consuelo pero no era feliz. Era una dama cautiva en su en la torre del castillo.

—Oh pobrecilla. Qué tormento debió sufrir confinada a la torre sin haber hecho nada malo—reliqué. Sabía lo horrible que era ser convertida en la cautiva de un caballero malvado.

—Es verdad... la pobre dama no vivió mucho, falleció al dar a luz a

su tercer hijo, creo.

—¿Y nadie pudo defenderla de la locura de su marido? ¿No tenía padres, hermanos que supieran de su horrible cautiverio?

—Supongo que lo sabían pero no le daban importancia. Es que en esos tiempos nadie intervenía en los asuntos privados de un caballero y la mujer que se casaba debía someterse a la voluntad del marido y en este Château, los Valois hacían valer su voluntad.

—Sí, lo imagino. Eran tiempos crueles y bárbaros. ¿Pero qué ocurrió luego de morir la desdichada dama Adeline?

—Bueno, dicen que su esposo enloqueció y la mantuvo en su habitación y no permitió que nadie la enterrara. No podía aceptar que nunca más vería a su esposa así que fue a un monasterio y ordenó que la embalsamaran y construyeran una tumba cubierta de cristal para poder verla. Como se hacía con algunos santos y reyes en casos excepcionales.

—OH dios mío. No dejó descansar a su pobre esposa muerta.

—Bueno, al comienzo se negaron a embalsamarla pero finalmente tuvieron que hacerlo. Y al parecer su fantasma quedó encerrado en la torre y se oía su voz cantando en ocasiones.

—¿Y su fantasma todavía está aquí?—repliqué impresionada por la historia.

—La han visto merodeando la torre que lleva su nombre y cuando

una novia escucha su voz dicen que su matrimonio no durará.

Al ver mi cara de espanto agregó: —Bueno, no es más que una leyenda, mademoiselle. Jamás he visto a la dama Adeline. Hay otros fantasmas que aparecen en el solsticio de verano pero no hacen más que provocar algunos ruidos. No son como los describen los escritores en las historias siniestras de fantasmas.

Suspiré aliviada.

—Es verdad. En Saint Michelle había unas historias de fantasmas pero jamás vi ninguno. Sólo hacían ruidos.

—Son inofensivos si es que existen porque este lugar está lleno de corrientes heladas de aire y hay ruidos extraños. Pero no debe temer a los fantasmas, mademoiselle. No hay fantasmas aquí.

Un sonido en las ventanas me hizo dar un brinco y el conde se incorporó inquieto.

—¿Qué sucede, Monsieur?—le pregunté.

Él me miró.

—Temo que se ha desatado una tormenta.

Me acerqué al ventanal de la sala y temblé al ver como los árboles eran sacudidos con violencia. Las tormentas siempre me daban miedo y noté cómo la oscuridad se apoderaba de la sala.

—Es sólo lluvia y viento, pasará mademoiselle Guerine—dijo él y me

sonrió pero yo estaba intranquila.

Rayos y truenos y un viento huracanado, todo ocurrió de repente, sin respiro. No era un simple vendaval sino una tormenta feroz.

—Guerine. Odio las tormentas, me ponen muy nerviosa—dijo Camile entrando en el comedor.

Las luces del candelabro titilaron luego de ser encendidas y Camile me abrazó asustada.

—Creo que acabo de ver el fantasma de Adeline—se quejó.

El conde intervino.

—Camile por favor, no hay fantasmas aquí, deja de asustar a la señorita.

Ella me miró terrada.

—Acabo de ver su reflejo en el espejo. Estaba allí recién—dijo señalando al espejo oval que había en frente.

Pero allí no había nada, no podía ser. ¿Acaso el conde había atraído su espíritu al contarme su historia? Él me miró y me pregunté si no pensaría lo mismo que yo.

—Bueno, no hay aquí ninguna esposa de Valois para que aparezca Adeline—dijo.

Camile se apartó y me miró y luego miró a su hermano.

—Pues yo creo que sí hay una futura esposa de un Valois.

Siempre lo hacía, me hacía pasar vergüenza frente a su hermano, no supe con qué cara mirarle. Él sonrió divertido y lo tomó a broma, no le dio importancia.

—Estaba allí, yo la vi, Guerine. Era la dama del espejo, estoy segura. Eso significa que hay una novia de un Valois... y ha venido a decirle que no se case con él. Un día le contaré la leyenda, señorita.

—No es necesario, Camile, acabo de contarle la historia de la pobre Adeline a la señorita Guerine—le respondió su hermano.

Ella me sonrió.

—Entonces usted es la novia de Valois, mademoiselle. Y si la dama del retrato se le aparece por favor avíseme para que todos sepan que no lo he inventado—dijo.

—Espero no ver ninguna novia fantasma, creo que moriría del susto —le respondí y miré nerviosa hacia el espejo pero no vi a nadie, afortunadamente, sólo el reflejo de la sala amueblada en rojo y dorado.

Sin embargo esa noche, mientras cenábamos noté que los candelabros de la mesa titilaban de forma frecuente. Afuera la tormenta se había convertido en un temporal imparable y la lluvia golpeaba los cristales de la sala y los relámpagos iluminaban con sus rayos los jardines circundantes, arbustos y plantas que se sacudían sin cesar.

—Estás asustada, Guerine—dijo de pronto Camile con una sonrisa

burlona.

Madame Fontaine me miró muy seria.

—¿Le teme a las tormentas, mademoiselle?

Asentí nerviosa.

—Esta es una tormenta de finales de otoño, tal vez dure días. Lo peor de todo es la lluvia porque puede hacer crecer el pantano. Pero no debe tener miedo, este Château ha resistido asedios, incendios y hasta la crecida del pantano.

No era el Château, es que odiaba las tormentas y cuando era niña buscaba refugio en la habitación de mis padres y además estaba nerviosa por la historia de la pobre Adeline. Camile había logrado asustarme.

Nos retiramos temprano y cuando entré en mi habitación noté que la lluvia se había calmado pero no podía dormir pensando en la trágica historia de Adeline que vagaba en el Château avisándole a las futuras esposas de los condes de Valois que no se casaran porque eran hombres crueles y malvados.

Philippe no era así, era un hombre bueno y gentil y sin embargo Camile dijo haber visto un fantasma en el espejo y él había sonreído cuando le dijo que había una novia Valois en la sala.

Traté de no pensar en el fantasma o no podría dormir.

El sonido de la lluvia golpeando los cristales de la habitación me ponía los nervios de punta y de pronto me pareció oír unos pasos acercarse a

mi habitación pero no me atreví a salir de la cama a investigar y me cubrí con la manta con el corazón palpitante. Los pasos se alejaron y luego parecieron confundirse con la lluvia. Y sin embargo tuve la sensación de que alguien había querido entrar en mi habitación hacía un momento.

Luché por apartar esos pensamientos de mi mente y de vencer el terror que sentía y no sé ni cómo pude dormir esa noche. No dejaba de pensar en el fantasma de Adeline.

Desperté con un sonido en la ventana, estaba todo oscuro pero podía oír con claridad la lluvia y unos dedos invisibles tocando los cristales produciendo un sonido como si alguien deseara despertarme.

Me incorporé asustada pensando que sería el fantasma y salté de la cama aterrada pero me equivoqué, allí no había nadie. Sólo la lluvia y uno de los postigos de madera que debió abrirse por el temporal y se golpeaba contra la ventana haciendo que la lluvia golpeará directo en los vidrios. Quise abrirla pero estaba cerrada con candado luego de ese día que Camile me acusó de haber querido saltar. ¿Temían que lo hiciera como lo había hecho la pobre Annet Sorelle? ¿Por qué una novia feliz se arrojaría de una habitación del Château mientras jugaba al escondite con sus amigas? Tal vez había visto el fantasma de Adeline y se asustó mucho porque ella era la próxima condesa Valois y el fantasma había ido a advertirle que no se casara con un Valois

porque eran esposos malos y crueles.

Y la noche anterior Camile la había visto en el espejo...

Traté de no pensar en eso. Yo no era una novia Valois. No era más que un huésped en el castillo y seguramente todo no fuera más que una leyenda.

Me vestí con prisa y fui a asearme mientras esperaba que llegara el desayuno.

Observé que la lluvia no había parado y me acerqué nuevamente a la ventana para mirar el pantano a la distancia. Una franja negra en medio de nubes plomizas y grises. Suspiré aliviada al comprobar que estaba muy lejos todavía. Entonces sentí pasos y me sobresalté.

—Buenos días, señorita Guerine—dijo una criada menuda llamada Maroi. Era la hermana de Betty, mi criada personal al comienzo de mi estadía en el Château Valois, lo recordaba bien. Se parecía mucho a su hermana sólo que era más baja y delgada.

—Buenos días—le respondí.

—Siento haberla asustado—dijo.

Al ver que miraba por la ventana dejó la bandeja de plata en la mesa y se acercó a charlar conmigo.

—Es que no ha parado de llover, Maroi—me quejé.

—Sí... en ocasiones llueve durante días durante el invierno,

mademoiselle Boulegne. Pero no se preocupe, es el comienzo de estación luego la nieve cubrirá todo de hielo pero eso será el mes próximo. Pero esta lluvia nos dejará aislados durante días, tal vez semanas...

—Es que me preocupa el pantano ¿Cree que pueda llegar aquí?

—Oh no mademoiselle. Puede estar tranquila que eso no pasará. La lluvia de invierno es tenaz dura días, pero luego para y se va. El pantano siempre ha estado allí y dicen que es nuestro guardián. Lo que nos preocupa ahora es el lago que puede desbordarse y ese es el peligro más cercano pues los campesinos deberán buscar refugio en las casas de sus vecinos más cercanos.

Cuando dijo eso pensé en la bruja Arlette que vivía a pocos metros del lago y sin darme cuenta pregunté qué sería de la pobre anciana.

La criada se puso seria, parecía asustada ante la mención de la bruja.

—¿Conoce usted a madame Arlette?—preguntó sorprendida.

—OH no... es que la señorita Valois me ha contado—le respondí evasiva.

—Pues mejor no se acerque a esa mujer, es muy mala ¿sabe? Es una bruja mala y he oído que el diablo siempre cuida de los suyos, así que supongo que nada malo le pasará—dijo Maroi persignándose.

—Es una bruja... vaya no lo sabía—dije para que me hablara de ella.

La criada levantó la cabeza con orgullo.

—Dicen que es una bruja blanca, una bruja buena que sólo cura y hace filtros de amor sin embargo yo creo que es una bruja mala como todas. Si la viera mademoiselle, moriría de espanto. Tiene el cabello blanco y los ojos como dos cuentas de azabache y... es horrible y maligna. No se acerque nunca a esa bruja señorita Boulegne, por favor. Es muy mala y no sé por qué el conde permita que viva junto a los campesinos cerca del río.

—Pero he oído que cura.

—Sí, tal vez cure un dolor de tripa pero hay otras mujeres buenas que son parteras y curan el empacho, no es necesario acudir a una bruja para ello.

Al parecer Maroi pensaba que la bruja Arlette era el demonio encarnado y no creía que tuviera poderes ni que acudir a ella fuera buena idea. Mientras charlábamos apareció otra criada llamado a Maroi con gesto torvo.

—Deja de darle charla a la señorita y ven conmigo haragana, hay trabajo que hacer—dijo la dama de gruesa estampa luego de saludarme respetuosa. Era una de las criadas más importantes, creo que organizaba la limpieza de las fregonas y el aseo de los cuartos.

Maroi se disculpó conmigo y se fue casi corriendo de la habitación.

Camile llegó poco después para saber cómo había dormido. La vi muy contenta a pesar de haber visto un fantasma la noche anterior.

—¿Cómo has pasado? ¿Has logrado dormir o te visitó Adeline?—me

preguntó.

—Camile... no me hace gracia.

Ella sonrió con picardía.

—Bueno, te advertí que aquí había fantasmas y creo que apareció ayer por la tormenta. No sé por qué los fantasmas siempre aparecen las noches de luna llena o de tormenta. Supongo que se escapan del limbo en donde están.

Sus palabras me inquietaron.

—Camile, ¿realmente pudiste ver el fantasma de Adeline en el espejo o sólo lo dijiste para asustarme?

La sonrisa de su rostro desapareció por completo y se puso seria.

—Bueno, no sé si era ella, pero vi algo en el espejo y era como una sombra en realidad. No le vi el rostro ni nada y... bueno supuse que era Adeline porque es la dama que se refleja en el espejo, estaba vestida de novia además y...—Camile se estremeció.—Fue un momento, algo tan fugaz y luego no estaba.

—¿La has visto otras veces?

Camile se retorció las manos, nerviosa.

—No, es la primera vez. Pero sí he oído su historia y me pregunto si fue por la tormenta que estaba allí en el comedor. En las noches de tormenta los espectros son liberados de su limbo, o eso dicen.

—¿Y siempre aparece antes de una boda?

—Pues sí... mi madre la vio el día de su boda cuando se miró en el espejo del salón principal para ver si tenía la toca en su sitio. La pobre se llevó una impresión espantosa pero no le pasó nada, sin embargo murió joven, dicen que es de mala suerte ver al fantasma antes de tu boda. Ella era una dama muy coqueta y hermosa, ¿sabes?

Sonreí. No sabía mucho de la antigua condesa Valois, sólo que había muerto de una gripe meses antes que su esposo porque Camile lo mencionó en alguna conversación.

—Mi hermano heredó su belleza. Yo me parezco a tía Amelie, soy fea como ella—se quejó.

—OH Camile no digas eso, eres bonita.

Ella lo negó.

—Mi madre era muy hermosa y mi padre la adoraba ¿sabes? Jamás miró a otra mujer en su vida y por eso... le disgustaba mucho que mi hermano trajera aquí a madame Clochard cuando estaba prometido a la señorita Sorelle. Fue un hombre íntegro, un caballero sin vicios y de sólidos principios. A pesar de que su boda fue concertada él adoraba a mi madre y sufrió mucho cuando murió... la pobrecita nunca tuvo mucha salud, sufría de los pulmones y fue durante un invierno frío y húmedo que nos dejó...

Camile se emocionó al evocar esos días.

—Lo siento mucho Camile... yo también perdí a mi madre por una enfermedad de los pulmones. Y mi padre vivió durante años extrañándola. También la adoraba y nunca miró a otra mujer.

—¿De veras? Entonces nuestras historias son similares. OH Guerine, tú sí sabes lo que es perder a tu madre, es un dolor tan grande que... creo que nunca podré recuperarme—dijo Camile y sus ojos se llenaron de lágrimas —Creo que por eso sufro de los nervios y lloro a veces y me quedo encerrada por días y no quiero ver a nadie.

La abracé y de pronto lloré, lloré con ella porque también extrañaba mucho a mis padres, se habían ido tan pronto... debían estar en Saint Michelle y sin embargo, esa tragedia hizo que viajara al Château de la familia Valois. Las vueltas raras del destino...

Sequé mis lágrimas pensando que nuestros padres eran ángeles que nos miraban desde el cielo.

La lluvia siguió incesante ese día y el siguiente, pero no volvimos a ver al fantasma, afortunadamente. Pasábamos las horas charlando o jugando al Echarté, a los acertijos.

No esperábamos que hubiera invitados un día como ese, con los caminos intransitables por la lluvia y cuando el mayordomo anunció su llegada lo miré perpleja.

El conde fue de inmediato a atenderles.

—Vaya... Qué inoportunos. ¿Quiénes serán?—murmuró Camile.

No había parado de llover en todo el día y de pronto pensé en la bruja Arlette y le pregunté a Camile aprovechando que madame Fontaine se había marchado a recibir a los invitados.

Ella sonrió.

—No te preocupes por ella, su hijo vive en una casucha más arriba y seguramente se irá con él. Siempre lo hace. En realidad es tan vieja que su hijo es casi tan viejo como ella. Pero son longevos. Muy longevos.

—¿De veras?

—Dicen que ella tiene más de cien años por eso sus carnes están tan secas pero tiene la mente sagaz y es muy lista. Sabe muchos secretos, es una bruja muy sabia y venerada. Madame Arlette vivió aquí durante los tiempos de mi abuelo y hasta dicen que fue su querida pues entonces era una mujer muy hermosa y rubia de grandes ojos negros. Por supuesto que no puedes ni imaginártela joven y hermosa.

Sonreí tentada.

—En realidad cuando la vi me dio mucho miedo, Camile.

—Y ella enseguida os miró y supo algunas cosas de ti mi querida Guerine. Estoy segura de eso. Porque tiene el don de la clarividencia.

Me sonrojé al recordar las palabras de la bruja sobre cómo se hacían los bebés. Ya no me asustaba tanto pero seguía sintiendo cierto pudor e

incomodidad al recordar las palabras de la anciana.

—¿Qué os dijo cuándo me fui ese día y quedaron a solas, Camile?

Ella sonrió con astucia.

—No os diré ni una palabra. Es un secreto. Pero me dio el filtro para que mi hermano se enamore de ti. Me dijo que debía esperar porque ahora no puedes casarte Guerine.

La miré con fijeza.

—No me importa esperar Camile, nunca me ha importado... ya lo sabes.

Ella se puso seria.

—Pero tú necesitas un esposo ahora para que cuide de ti, eres una rica heredera y tus parientes querrán aprovecharse de ti, y los abogados pueden timarte, se lo he oído decir a mi hermano. Además temo que te vayas y me dejes un día, Guerine. Y pienso que madame Arlette exageró. Más jóvenes que nosotras se han casado y las campesinas a los quince años ya tienen un bebé en la barriga. Imagino que les gusta mucho que le hagan bebés.

Sonreí tentada.

—Bueno, te gané otra vez señorita Guerine—dijo Camile triunfal.

Siempre ganaba en las cartas y si no lo hacía se enojaba.

—Bueno, ahora contemos historias extrañas y siniestras.

—OH no...

—Bueno, yo empiezo. Os contaré las leyendas de este Château Guerine. El fantasma del caballero negro...

—¿Hay fantasmas de caballeros en el Château? ¡Oh Dios mío!

—Bueno, este caballero parece que se enamoró de una condesa de Valois. Llamada Elaine la adúltera y una de las torres tiene su nombre.

Pero el relato de Camile fue interrumpido por la llegada de tres caballeros y tres damas, dos de mediana edad y una muy mayor.

La expresión de Camile cambió vio a un caballero llamado Louis de Artois, la vi sonrojarse y sonreírle como si ya le conociera y él le sonrió. No era guapo pero al menos era alto y elegante, y en realidad no sabría decir por qué no era guapo, pero luego de mirarle por segunda vez pensé que en realidad no era tan feo, sino fuera por la nariz prominente y aletas marcadas, sus ojos en cambio eran bonitos y noté que Camile se lo llevaba para conversar aparte como si fueran grandes amigos ante la mirada atenta del conde que no parecía muy contento con la escena pero no dijo nada.

Fui presentada a los recién llegados, el marqués de Artois, su madre y su tía, y dos caballeros amigos del marqués: Albert de Blois y Etienne de Crécy.

Recordaba vagamente el nombre Crécy pues mi padre lo había mencionado alguna vez y lo miré con cierta curiosidad. A diferencia de Monsieur de Artois sus amigos eran mucho más guapos y muy agradables.

Noté que el conde conversaba con el marqués de Artois como si fueran viejos amigos pero no habló mucho con los otros dos.

Las dos damas de edad se sentaron y una tercera la más joven, era prima del marqués de Artois y conocía a Camile y se quedaron conversando un buen rato en el comedor, yo las acompañé pero no participé de la conversación pues hablaban de personas que no conocía.

La llegada del señor de Crécy captó nuestra atención. Era un hombre alto, de cabello rubio y de mirada gris intensa. Tuve la sensación de que me miraba de forma especial, no sé por qué. Y luego de saludar a los presentes se sentó a mi lado para conversar.

—Oh mademoiselle Boulegne. Su padre era un hombre increíble. Tenía la mejor biblioteca de Rouen. Sus libros... debe ser su mayor tesoro en el Château—dijo el caballero de Crécy.

Me sonrojé al sentir su mirada y de pronto noté que el conde se ponía serio cuando vio que el caballero se acercaba a conversar conmigo.

—Gracias Monsieur de Crécy. Es muy amable—respondí algo incómoda.

Él sonrió y sus ojos me miraron con intensidad.

—¿No se acuerda de mí, verdad?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Mi padre mencionó algo hace años pero no lo recuerdo.

Él sonrió.

—Era una niña hermosa y curiosa y siempre se escondía para espiar cuando había invitados. Su padre era muy amigo del mío. Mi sentido pésame, no pude asistir a sus funerales.

Le agradecí y él continuó.

—Cuando la vi por última vez era una niñita de once años y ahora se ha convertido en una hermosa damisela.

Me sentí muy incómoda al soportar su galanteo y miré nerviosa a mí alrededor. Philippe me miraba a la distancia y apenas pude me alejé para conversar con las damas.

Camile estaba muy animada conversando con el caballero de Artois y me pregunté si sólo sería un viejo amigo o algo más pues el cambio en ella era asombroso y noté que tía Amelie observaba todo con expresión alerta al igual que su hermano.

Sin embargo la llegada de esos invitados animó las reuniones y pudimos jugar al Whist y a los dados, aunque los caballeros se alejaron prontamente para conocer la nueva sala de villar que tenía el conde.

Las damas eran muy alegres y parlanchinas y por suerte no tuve que hablar nada, lo que me dio alivio pues no estaba de ánimo para conversar con extrañas en esos momentos.

Camile tampoco estaba muy charlatana ese día, y la noté concentrada

en el juego de cartas, ensimismada y pensativa.

Esa noche me fui a dormir temprano, estaba cansada y además había bebido mucho vino sin darme cuenta y cuando llegué a mi habitación y caí sobre la cama sentí que todo me daba vueltas.

Durante la cena el caballero de Crécy se había acercado para conversar y noté que el conde se puso celoso, no dejaba de mirarnos. El recuerdo me hizo sonreír con malicia, me agradaba saber que estaba celoso. Aunque no había motivos en realidad. Etienne de Crécy no me agradaba para nada, al contrario, había algo extraño en él que me mantenía alerta, además sabía que mi padre me había advertido sobre su familia pero no podía recordarlo.

Mientras pensaba esto oí el sonido de la lluvia incesante y miré nerviosa hacia la ventana. Esa lluvia estaba durando demasiado, ¿qué sería de nosotros si el pantano se desbordaba?

Entonces oí unos pasos acercarse a mi habitación y temblé porque eran pasos suaves, como si alguien caminara despacio para no ser oído. Y no era la primera vez que sentía esos pasos...

Me incorporé y del susto se me fue el mareo que el vino me había provocado y aguardé, con el corazón palpitante. Esa persona se detuvo frente a mi puerta y de pronto vi que giraba el picaporte para entrar y quise gritar aterrada pero ni un sonido salió de mis labios. Sólo me quedé tesa

contemplando el picaporte moverse de un lado a otro.

Afortunadamente había cerrado con llave la puerta, siempre lo hacía por consejo de la señorita Laurent, de lo contrario esa persona habría entrado pues vi que giraba varias veces el pomo de la puerta hasta que dejó de hacerlo, pero no sentí que los pasos se alejaran. Estaba allí, frente a la puerta.

Traté de serenarme pero mi mente era un torbellino, ¿quién estaba allí intentado abrir mi puerta?

Pensé en la dama fantasma de la torre pues eran pasos sigilosos como de alguien que no desea ser oído, luego me dije que esa idea era absurda, ningún fantasma abría puertas era ser de carne y hueso que deseaba entrar en mi habitación para hacerme daño.

Permanecí alerta durante un buen rato, no podía dormirme, estaba asustada y no podía dejar de pensar que alguien había intentado abrir mi puerta y estuvo un buen rato parado allí y no oí que se alejara para nada. ¿Significaba que se encontraba en alguna de las habitaciones contiguas a la mía? Nadie dormía cerca de mi habitación pues ocupaba los aposentos del primer piso destinados a los huéspedes. Camile y su tía dormían en el ala sur y el conde en el ala norte, en las habitaciones principales.

Al despertar al día siguiente tuve la sensación de que todo había sido un sueño pero luego comprendí que sí había pasado y esta vez habían

intentado abrir la puerta y a media mañana, luego de desayunar se lo dije al conde. No fue agradable hacerlo pues tal vez pudo ser un criado intentando robarse joya de mi habitación y las sospechas también podrían recaer sobre los huéspedes... lo que resultaba mucho más atemorizante.

El conde se puso muy serio.

—¿A qué hora ocurrió eso, mademoiselle? ¿Acaso alguien entró en su habitación?

—No pues siempre cierro la puerta con cerrojos o con llave... pero me asusté mucho y...me quedé paralizada. Fue después de las diez de la noche, oí las campanadas desde el comedor.

—Lo siento mucho mademoiselle Guerine, esto no debió pasar. Pero haré preguntas entre los criados, tal vez ellos vieron a alguien cerca de su habitación. Pudo ser uno de mis huéspedes que erró el camino a su cuarto pero no tema. Le prometo que investigaré este asunto. ¿Acaso ha pasado esto en otra ocasión?

—En realidad la otra noche oí pasos cerca de mi habitación pero pensé que era el fantasma de Adeline y no me preocupé pero...

—¿Cuándo sintió pasos en la habitación, mademoiselle?

—Hace unos días... el día de la tormenta, cuando me fui a dormir.

—Mademoiselle los fantasmas no existen y si existen no intentan abrir puertas, se trata de una persona y voy a averiguar quién fue, sé que no

es agradable esto, ciertamente que no logro entender lo que sucede aquí pero le prometo que lo averiguaré. ¿Usted revisó si faltaba algo en su habitación, mademoiselle?

—No...

—Revise por las dudas. Si le falta alguna prenda u objeto de valor avíseme de inmediato.

En realidad no lo había pensado y me angustió pensar que pudiera haber alguien capaz de robar en el Château. Los sirvientes y criados eran tan amables y serviciales.

Cuando regresé la puerta estaba abierta de par en par y sin embargo recordé haberla cerrado. Avancé asustada y revisé los muebles buscando mis ropas y la caja de joyas. Todo estaba en su sitio, no parecía faltar nada. Pero mientras revisaba los muebles que contenían mis ropas noté que estaba desordenado y alguna ropa estaba tirada.

Alguien había estado hurgando entre mis cosas y temí que me hubieran robado. Oh qué triste, que los criados de ese Château fueran personas tan inescrupulosas. El conde se disgustaría cuando lo supiera...

Mi antigua ropa estaba toda en su sitio pero cuando comencé a revisar las prendas que me había confeccionado la modista del Château noté que faltaba algo y volví a buscar por las dudas. Revolví todo nerviosa.

Hasta que caí en la cuenta que faltaba el vestido azul de terciopelo

con cuello y puño de encaje blanco y escote bordado... Lo busqué desesperada pues lo tenía reservado para una ocasión especial, era el vestido más nuevo que tenía y el más hermoso. No podía creer que no estuviera y no podían decir que estaba para lavar porque jamás lo había usado. Ni una vez.

Entonces vi el vestido de terciopelo azul sobre mi cama, como si fuera un cadáver: sucio y estropeado, cubierto de barro y algo más... Allí estaba el pobre. Cuando me acerqué y vi que tenía sangre y un mensaje garabateado en tinta comencé a gritar pues leí: “Tú eres la próxima novia de Valois y Adeline vendrá a buscarte como se llevó a la señorita Sorelle.”

Estaba cubierto de sangre y mojado, completamente arruinado y alguien lo había hecho con toda la saña porque los fantasmas no escribían mensajes en un papel que al tomarlo noté que tenía un sello del escudo Valois. Lo que lo hacía más macabro todavía pues comprendí que la persona que me jugó esa broma funesta estaba allí, en el Château y me odiaba.

—Guerine, ¿qué sucede, por qué gritas así?

Camile entró en la habitación seguida de madame Fontaine y ambas vieron el vestido y la horrible nota que tenía prendida con una especie de broche con forma de mariposa.

—Oh mi niña no veas eso, qué horror—se quejó madame Fontaine y se llevó la mano a la boca horrorizada mientras intentaba sin éxito sujetar a Camile. Pero ya era tarde porque Camile lo había visto todo y luego me miró

espantada.

—Qué cosa tan horrible. Hay que avisarle a mi hermano. ¿Ese vestido era vuestro Guerine?

Asentí temblando.

—Era el vestido nuevo que me hizo madame Delphine y está arruinado. Lo tomaron de mi ropero y lo dejaron en mi cama con esa horrible nota.

Hacía cerca de una hora que había salido de la habitación pues entonces había estado conversando con el conde así que alguien debió seguir mis pasos y sabía que no regresaría hasta el mediodía o más tarde. Tuvo tiempo de tomar el vestido y hacer eso pero por qué...

—Esto es una maldad, mademoiselle Guerine. Una persona muy mala hizo esto pero no me explico quién le tiene tanta inquina. Es muy extraño— dijo madame Fontaine impresionada.

Camile comenzó a llorar nerviosa.

—Es el fantasma de Adeline... es un espíritu malo y no quiere que se case con mi hermano... tal vez el fantasma mató a la pobre Annet Sorelle. Ahora entiendo... su muerte fue muy extraña. Ella estaba muy feliz porque iba a casarse con mi hermano y luego... se arrojó por la ventana. Dijeron que fue un accidente pero ella no pudo contar lo que pasó porque murió.

Era la primera vez que hablaba de ello y la miré aterrada.

—¿Dices que el fantasma pudo empujarla, Camile? Pero eso es horrible.

Madame Fontaine intervino.

—Tranquilízate Camile. Eso no fue lo que pasó. La señorita Sorelle sufrió un accidente porque estaba jugando al escondite ese día en el Château con sus amigas. Ella entró en una habitación donde el balcón había sido dañado en un temporal y no llegó a repararse y son lo sabía y se cayó la pobrecita.

La explicación me pareció inverosímil por supuesto, pero madame Fontaine aseguró que Annet era como una niña traviesa que se trepaba a todos lados y unos meses antes había sufrido otro accidente por esa causa en el Château.

Sentí terror al saber que la pobre había caído desde el cuarto piso del Château, desde una tronera por haber querido treparse allí. Los postigos estaban abiertos y el balcón dañado... eso dijo la tía del conde impaciente y luego le llevó un buen rato calmar a su sobrina.

Una criada entró en la habitación y al ver el vestido se persignó y debió avisarle al conde pues este llegó poco después. Yo me alejé del vestido y lloré nerviosa. No sólo había sido arruinado sino que el vestido había sido un instrumento para amenazarme de muerte.

Cuando el conde llegó y vio eso tomó la nota y observó su contenido

unos minutos y lo dobló sin ocultar el disgusto que le provocaba tocar eso. Luego se me acercó y me preguntó si estaba bien.

Asentí.

—¿Ese vestido estaba allí cuando usted entró, no vio a nadie cerca de su habitación mademoiselle?

—No... vine porque usted me dijo que viniera a ver si faltaba algo.

Dos criadas entraron en ese instante y se horrorizaron al ver el vestido.

Camile se fue asustada y quedamos a solas con Philippe. Él estaba muy preocupado por lo que había pasado y yo también.

—Lamento mucho esto mademoiselle, es una broma horrenda y no tiene ni pizca de gracia—dijo y dobló la carta y se la guardó—Np imagino siquiera quién podría hacer algo tan horrible.

Enrojecí al sentir su mirada.

—No entiendo por qué lo han hecho Monsieur, nunca he hecho daño a nadie y además no soy una novia Valois.

Él me miró muy serio.

—En realidad es mi prometida, mademoiselle—dijo con mucha calma—Y quién hizo esto lo sabe y desea alejarla de aquí.

¿Era su prometida?

—Pero usted no me ha pedido matrimonio, Monsieur Valois—dije

con un hilo de voz.

Él sonrió levemente.

—Porque su padre estipuló que nuestra boda debía celebrarse cuando cumpliera los veintiún años y no antes. Por eso vino aquí, señorita Guerine.

—A los veintiuno... ¿Y por qué mi padre jamás me lo dijo?

—Es que teníamos un trato, mademoiselle. Él no quería imponerle una boda y me hizo prometerle que conquistaría su corazón antes de convertirla en mi esposa. Mi padre se opuso pues dijo que necesitaba una esposa ahora no en cinco años y así fue que arregló una boda con la señorita Sorelle.

—¿La joven que falleció?

Él asintió.

—Fue una tragedia... no sé por qué esa joven estaba en esa ventana pero la vieron treparse y luego caer... dijeron que se suicidó porque no quería ser mi esposa, porque era muy joven para casarse y durante mucho tiempo me culpé porque yo tampoco deseaba esa boda que me fue impuesta por mi padre para continuar el linaje.

Sentí mucha pena por esa joven y no pude evitar preguntar por qué estaba trepada en un lugar tan peligroso.

—No lo sé... —respondió el conde—indagaron a los criados, a las jóvenes que jugaban al escondite con ella ese día y dicen que la perdieron de

vista. Desapareció de repente y al parecer escogió un cuarto que no era usado porque decían que moraba un fantasma muy malvado. El caballero negro. Yo no creo en esas cosas, no creo que fuera un fantasma sino que Annet era como una niña de doce años y tenía dieciocho, y corría de un sitio a otro y le encantaba treparse y hacer cosas temerarias. Dicen que quiso esconderse porque alguien había entrado en la habitación y corrió las cortinas y se escondió allí y para que no le vieran los zapatos se trepó a la ventana y se asomó, la vieron acercarse detrás del cristal y no sé ni cómo cayó. Dicen que resbaló pero fue tan horrible que no quise indagar. Pero no tema mademoiselle, descubriré al bromista que hizo esto y recibirá su merecido, se lo aseguro.

Y tras decir eso abandonó la habitación dejándome con la espina clavada. Había dicho que sería su esposa cuando cumpliera los veintiuno, no me lo había preguntado lo había dado como un hecho y faltaban dos años....

Dijo que en realidad sí era una novia Valois y el ser malvado que había arruinado mi vestido y amenazado lo sabía. No creía que fuera una broma nefasta, mi vestido parecía ensangrentado y la horrible nota que hacía alusión a la muerte de la anterior prometida del conde.

La cama estuvo lista minutos después pero no sentí deseos de quedarme en la habitación. Experimenté escalofríos de sólo pensar en ese vestido con esa horrible nota. De pronto pensé que alguien en ese Château me

odiaba y tal vez fuera alguien cercano que no quería que fuera la próxima novia Valois.

Y cuando más tarde me reuní con los invitados para almorzar percibí la mirada de madame Fontaine, una mirada intensa y extraña. Sin embargo se acercó a preguntar cómo estaba seguida de Camile.

—Estoy bien... El conde dijo que investigaría.

—No puedo entender quién haría algo tan horrible, mademoiselle— dijo madame Fontaine meneando la cabeza.

Camile sonrió.

—Tal vez fue el fantasma de Adeline, señorita Guerine. Ella quiere advertirle sobre los hombres Valois y no quiere que se case con mi hermano.

No podía creer que pensara semejante cosa.

—Los fantasmas no escriben cartas, señorita Valois—le respondí.

Ella me miró perpleja.

—Era un garabato de tinta muy raro, de trazo muy extraño. Yo creo que sí pudo ser el fantasma. Tomó su vestido y luego lo llevó a un lugar que...

Pensé que se burlaba de mí o que quería hacer una broma con lo sucedido pero noté que hablaba en serio.

—Ese fantasma es malvado y vengativo... dicen que fue ella quién empujó a la pobre Annet Sorelle para que no tuviera que casarse con el conde

de Valois.

—Camile eso no puede ser. Nunca he oído que un fantasma haga algo tan horrible como eso.

—Pero Adeline sí, porque su marido la encerró y ella murió encerrada y odiando a todos los Valois. Dicen que maldijo nuestra estirpe y por eso la rama que descende de ella jamás llega a edad avanzada, siempre mueren antes... Mis padres Guerine, mis abuelos... no llegaron ni a los cincuenta años. Es por la maldición y cuando pienso que todos nosotros también moriremos jóvenes sin haber vivido...

Madame Fontaine la hizo callar, visiblemente alterada.

—No es más que una leyenda Camile. Sabes que no es verdad. Estás asustando a la señorita Guerine.

Camile me miró algo avergonzada.

—No quise asustarla, lo siento, es que temo que le pase algo. Usted es la prometida de mi hermano, señorita Guerine.

Madame Fontaine apretó los labios disgustada y noté que sus ojos brillaban de rabia, pero trató de disimular. Me pregunté si ella estaba molesta de mi amistad con Camile o por el hecho de que me quedara tanto tiempo huésped del Château sin ser parienta ni la prometida oficial del conde. Porque sospeché que madame Fontaine ignoraba el acuerdo que firmó mi padre hacía años.

De pronto temblé al pensar que madame Fontaine pudo escribir esa carta porque sí sabía de ese acuerdo nupcial y no quería que me convirtiera en la nueva condesa de Valois. Su hermana había tenido ese título pero ella había muerto y tal vez pensaba que no lo merecía... No era más que una huérfana que había llegado desesperada al Château en busca de refugio y desde el comienzo su actitud hacia mí había sido de cierta reserva, y siempre se había mantenido fría y distante.

Entonces pensé en Camile que sufría un trastorno nervioso y estaba obsesionada con el fantasma de Adeline. Tal vez ella tampoco quería que fuera la esposa de su hermano, sufrió muchos celos cuando madame Clochard estaba en el castillo. La hostilidad entre ambas era evidente y Camile había llegado a confesar que la odiaba. ¿Pero por qué la odiaba? ¿Sólo porque era su amante y quería casarse con su hermano?

En realidad madame Clochard era una mujer maligna, no podía culpar a Camile de odiarla pues ciertamente no era una persona ni buena ni agradable.

Durante el almuerzo me sentí mortificada por desconfiar de Camile y su tía, pues siempre habían sido amables conmigo desde mi llegada y tenía en Camile una amiga que deseaba conservar, aunque mi boda con su hermano no llegara a realizarse. Sabía que ella me quería y jamás haría algo tan horrible. Tampoco su tía que me parecía una mujer leal y de principios.

Ciertamente que no podía imaginarla entrando en mi habitación destruyendo mi vestido y escribiendo esa horrible nota.

No pude comer demasiado, estaba nerviosa y sentí la mirada compasiva del conde.

De pronto miré a los invitados uno a uno.

Etienne de Crécy me miraba con interés pero había algo en su mirada que me intrigaba. Mi padre me había hablado sobre su familia pero no podía recordar qué había dicho y de repente lo encontraba allí en el Château cuando él vivía en Rouen. ¿Y si había ido al Château porque quería hablarme de mi padre? Tuvo toda la intención de hacerlo pero el conde lo llamó y la conversación se vio interrumpida.

No conocía a las damas ni a los caballeros en realidad así que era improbable que entraran en mi habitación y dejaran el vestido lleno de barro y de algo que parecía sangre con esa horrible carta. Cuánto más lo pensaba más incomprensible me parecía a menos que alguien mintiera... pero sólo podía ser madame Fontaine o la señorita Valois y me negaba a pensar que fueran culpables. No lo eran.

Entonces pensé en los silenciosos sirvientes del Château que me servían sin expresar sus emociones. En otros tiempos algunos criados habían traicionado a sus amos clavándoles un puñal y saqueando castillos en todas partes. Para una criada pudo ser sencillo entrar en mi habitación y dejar esa

horrible nota pero... ¿Cómo tuvo tiempo de hacerlo, tomar la nota y luego dejar eso en mi habitación aprovechando mi ausencia? Estuve una hora lejos de la habitación y conseguir uno de esos papeles del castillo y escribir ese mensaje parecía una locura, además no todas las criadas sabían escribir pero una de ellas pudo seguir órdenes de alguien más. ¿Pero de quién?

Me aterraba pensar que alguien en el castillo me odiaba tanto como para haberme hecho eso y me pregunté si acaso fue la misma persona que la noche anterior intentó entrar en mi habitación.

Estaba rodeada de extraños y por primera vez temí que uno de ellos quisiera hacerme daño al punto de evitar mi boda con Philippe. ¿Pero quién haría algo así? No dejaba de pensar en ello.

Después de la tormenta

Al día siguiente ya no llovía y un sol radiante se asomó en la ventana de mi habitación pero luego supe que todo alrededor estaba húmedo y las carreteras inundadas según los criados.

El conde habló conmigo a media mañana de ese día y se disculpó por no tener novedades sobre lo ocurrido en mi habitación. Me miraba con ansiedad.

—Le he pedido a madame Delphine que le haga más vestidos pues temo que el de terciopelo azul ha quedado inutilizable.

—Gracias, Monsieur.

—No es nada... Y quiero avisarle que he ordenado que vigilen su habitación todo el día pues voy a llegar a la verdad de esto. ¿No ha habido más incidentes, señorita Guerine?

Lo negué pero en realidad no estaba segura pues había estado bebiendo un tizana que me hacía dormir como un lirón esos días, me había comendado la cocinera, que parecía apenada por lo que me había pasado.

—Su habitación es segura pero no me siento tranquilo ahora señorita Guerine, lo que pasó es imperdonable. Jamás debió ocurrir. Que intentaran abrir su puerta y luego el incidente del vestido... Es nuestra huésped y esto jamás debió pasar.

Nuestras miradas se unieron y yo lo miré con tristeza.

—Tal vez debería regresar a mi casa, Monsieur... He estado pensándolo y creo que hay una persona que no me quiere aquí.

Mis palabras lo asustaron.

—Señorita Guerine, no piense eso. Por favor. Sé que está asustada y comprendo que desee marcharse pero le ruego que tenga paciencia. Descubriré quién hizo esta maldad y me encargaré de que sea castigado de inmediato.

No quería irme del Château por supuesto, ¿pero qué podía hacer?

—Señor conde, ese vestido fue una amenaza, un aviso... alguien sabe que soy su prometida y desea evitar mi boda con usted. Tal vez me crea indigna de ser su esposa.

—Por favor no diga eso. Prometí a su padre que la cuidaría, deseo hacerlo mademoiselle y esto realmente me llena de angustia y desazón. Pensar que alguien quiera hacerle daño... Es que no logro entender lo que ha pasado ni la razón porque alguien querría hacerle daño. Le aseguro que nadie aquí tiene motivos para impedir nuestra boda.

Se hizo un silencio y luego le pregunté con suavidad quién conocía nuestro compromiso.

Él me miró sorprendido por mi pregunta.

—Ninguno de mis invitados lo saben, mademoiselle. Mi tía y mi

hermana tampoco, no se los he dicho todavía. Pero saben que usted me interesa y que deseo que se quede un tiempo más para ponerla a salvo de sus parientes. En realidad estoy muy preocupado por usted. Es una heredera joven y hermosa y eso es una tentación para muchos seres sin escrúpulos. Temo por usted si decide regresar de nuevo a su hogar.

—Es que ahora no me siento segura aquí sabiendo que alguien me odia tanto por una boda que se celebrará dentro de dos años.

Él se acercó y tomó mi mano y la besó con suavidad.

—Lo siento mucho señorita Guerine, pero temo que todavía no le he preguntado algo muy importante. ¿Desea convertirse en mi esposa?

Sus palabras me emocionaron, no puede evitarlo.

—Por supuesto que quiero, Monsieur... Lo he deseado desde el día en que lo vi por primera vez, señor de Valois, pero jamás imaginé que me lo pediría—esquivé su mirada y continué—Le ruego que no lo haga obligado por un compromiso con mi padre por favor, sería muy desdichada si esa fuera la única razón... Ni por complacer a su hermana que me tiene mucho afecto.

Él se acercó a mí sin dejar de mirarme y me tomó entre sus brazos.

—Jamás le pediría que fuera mi esposa por compasión o por complacer a mi hermana Camile, y si no se lo pedí antes fue porque me pareció precipitado, nada más. Pero no deseo que sufra ningún daño, mademoiselle Guerine. Mi deber es protegerla y siento que le he fallado.

Temo que no puedo esperar dos años, no después de lo que ha pasado... quiero que sea mi esposa, señorita Guerine. Por favor.

Sus palabras me emocionaron, lloré de felicidad, porque luego de días sufriendo al pensar que alguien deseaba quitarme del medio ahora al fin llegaba la calma, la felicidad.

—Oh Monsieur por supuesto que sí, mi corazón no desea otra cosa que ser su esposa. Pensé que nunca me lo pediría...

El conde sonrió y luego de secar mis lágrimas me besó. Un beso dulce y apasionado, tan suave. Sentí que todo mi ser se estremecía al sentir sus besos. Fui tan feliz en esos momentos, sentí que a pesar de toda la angustia de esos días al fin llegaba la dicha.

—No casaremos en secreto, señorita Guerine. Nuestros padres han muerto y en señal de respeto a su memoria no podemos celebrar una fiesta de bodas.

—Lo entiendo, Monsieur. No me importa la fiesta, una misa es suficiente.

El conde sonrió.

—Si le parece bien, celebraremos una boda discreta en dos semanas mademoiselle. Hablaré con el capellán del Château para que él me ayude con todo los trámites previos, pues es obligatorio casarnos en la oficina del registro civil del ayuntamiento primero. Pero sólo le avisaré a mis parientes

más cercanos. No esperaré más. Pero quiero que sepa, señorita Guerine, que las prisas son para protegerla y no pretendo forzarla a ser mi esposa... No hasta que esté lista para entregarse a mí en la intimidad, y le pido disculpas por la franqueza con la que le hablo pero debo decírselo.

Me sonrojé al oír sus palabras. Era un auténtico caballero. Yal vez sospechaba que la intimidad miedo y no me sentía preparada.

—Oh es usted tan gentil, Monsieur—dije—Pero no me asusta ser su esposa en la intimidad.

Él se puso muy serio.

—Tal vez no esté preparada... por favor, no sienta miedo al pensar en eso, lo importante ahora es que esté a salvo mademoiselle Guerine. Hablaré ahora con el capellán pero mientras eso sucede le ruego que se mude a mis aposentos. Hay una habitación contigua separada por una puerta. Quiero que se mude allí inmediatamente.

Su pedido me sorprendió, jamás habría esperado que me pidiera que me mudara a su habitación y como si supiera que su pedido me sorprendía agregó:

—Sólo por unos días, será un secreto mademoiselle.

Noté que estaba preocupado y de pronto recordé que alguien me había enviado un mensaje amenazante días atrás. Pero si sería su esposa y estaría bajo su protección nada malo podría pasarme. Era tan feliz, en dos

semanas sería la esposa del hombre que amaba. Tenía la sensación de que todo era un sueño y cuando nos despedimos esa mañana sentí que caminaba entre nubes.

El fantasma

Camile fue la primera en enterarse y corrió a mi habitación a felicitarme.

—OH Guerine, qué hermosa noticia. No puedo creerlo... mi hermano al fin comprendió que tú eres la indicada. Y sin beber el filtro...

Reí ante la mención del filtro, ciertamente que lo había olvidado por completo.

—Mi hermano se casará contigo y te quedarás aquí—dijo Camile feliz y me abrazó. —¿Cómo lo hiciste?

Su pregunta me tomó por sorpresa pero luego comprendí que todos debían estar intrigados por la repentina decisión del conde.

—No hice nada, Camile... Creo que tu hermano sólo quiere protegerme. Él dijo que había un acuerdo nupcial en el cual debíamos casarnos cuando cumpliera los veintiuno pero no quería esperar tanto, ni yo en realidad.

—OH vaya...

—Lo amo Camile... amo a Philippe y todavía no puedo creerlo. Pero será una boda secreta.

—Sí, eso dijo. Nadie debe saberlo porque está investigando quién fue el bromista que dejó tu vestido en la habitación. Además también está el luto por nuestro padre, todavía no hace un año. Mi tía está disgustada por eso pero

no dijo nada por supuesto, ya la conoces, ella se guarda todo. Pero es una noticia maravillosa... Debemos hacerte un traje de novia Guerine. No sé si la pobre madame Delphine lo hará en tan poco tiempo...

—No te inquietes por eso, puedo usar uno blanco que traje sin estrenar. En realidad es gris claro pero servirá porque es muy bonito.

—Nada de vestidos usados ni de color gris. Serás una novia Valois y debes llevar un traje de bodas a la altura de las circunstancias.

Una criada entró en la habitación poco después seguida de una segunda para empacar mis pertenencias.

—¿Qué sucede, Guerine? ¿Por qué se llevan tus ropas?

—Es que vuestro hermano desea que me mude de habitación y en realidad me hará bien hacerlo. No me siento tranquila aquí—le respondí.

Esperaba que nadie supiera que me mudaba a los aposentos del conde o moriría de vergüenza. Tía Amelie no lo aprobaría y me pregunté qué pensarían las criadas de la decisión del señor del castillo.

—Sí, supongo que mi hermano tiene razón. Ahora ven conmigo, debemos hablar de inmediato con madame Delphine para que te haga un traje de novia digno de una novia Valois—insistió.

La seguí entusiasmada y me encontré con madame Fontaine y nos detuvimos un momento a conversar.

—Felicidades, mademoiselle Guerine. Me alegra saber que mi

sobrino la ha escogido a usted como su futura condesa Valois—dijo.

—Gracias, madame Fontaine.

Pero mientras nos encaminábamos rumbo a la sala de costura me volví en un momento y noté la mirada oscura de madame Fontaine y me estremecí. No era una mirada alegre en absoluto, aunque momentos antes me había felicitado, tuve la sensación de que no era feliz con la noticia. Era una dama orgullosa de su linaje, su familia era de rancia estirpe y tal vez pensaba que mi linaje era inferior al suyo. Los nobles tenían esa costumbre, mi padre me lo había advertido hacía años. Vivían en el pasado, y conocía muy bien su árbol genealógico.

Pues no se me ocurría otra razón por la cual la dama pensara que no era suficiente para su sobrino.

Aparté esos pensamientos cuando entramos en la sala de costura y encontramos a las costureras zurciendo un vestido cada una y madame Delphine más apartada, cortando con tijeras y pulso firme un fardo de terciopelo azul oscuro. Imaginé que era el vestido nuevo que el conde le había encargado. Estaba muy concentrada en la tarea pero se detuvo y nos saludó.

—Madame Delphine, deje eso ahora, debe preparar un vestido de bodas para la señorita Boulegne, ella es la nueva novia Valois—dijo Camile con entusiasmo.

La modista nos sonrió pensando que era broma, pero yo confirmé las palabras de Camile.

—¡OH mon Dieu!—exclamó.

—¿Cree que pueda hacer dos vestidos de novia en diez días? Porque Guerine necesita uno para la boda en el ayuntamiento además del traje blanco—preguntó Camile.

—Lo intentaré... por supuesto pero la señorita debe decirme cómo desea que sean los vestidos. Aquí tengo revistas para que vea los trajes que están de moda en París.

Pensé que debía escoger uno que fuera sencillo para la ceremonia civil y otro más bonito para la boda por iglesia pero Camile se me adelantó y mientras elegía el modelo intervino diciendo que debía ser un traje digno de una condesa.

—Ese es muy sencillo para la boda religiosa.

La miré desconcertada y vi que elegía uno demasiado cargado de bordados.

—Tal vez madame Delphine no tenga esta tela ni pueda bordar el escote—me quejé.

Ella observó el modelo que decía Camile y asintió.

—No se preocupe señorita Boulegne, tengo una tela similar y los bordados se hacen luego de confeccionado el vestido, a mano, mis costureras

son muy buenas con los bordados.

Escogí el que decía Camile aunque dije que no era necesario que llevara un corsé bordado pues el modelo era muy bonito, con cintura entallada y una falda amplia de terciopelo blanco.

Camile estaba tan contenta que dijo que haría una lista con las cosas que debían tenerse presente en una boda.

—Es una boda secreta Camile, no habrá fiesta—le advertí—Sólo un brindis.

—Una boda secreta tal vez, pero no cualquier boda... es la boda del heredero Valois, mi querida Guerine. Sólo temo que... el fantasma regrese y quiera hacerte daño. Me preocupa eso. Deberías quedarte encerrada hasta el día de tu boda para que estuvieras segura. Porque ahora sabrá que vas a casarte y eso no le gustará a Adeline, lo presiento.

—Camile, no creo que lo que pasó sea obra de un fantasma—le respondí muy segura.

Ella me miró muy seria.

—Es un fantasma muy malo Guerine, mi hermano no quiere creerme pero tal vez deberíamos ir a ver a la bruja Arlette para pedirle un amuleto contra ese espectro infernal. Está aquí, siento su presencia siniestra... la he visto frente al espejo, como una sombra acechando el comedor...—dijo Camile y se detuvo frente a la sala de armas. Allí estaban todos los ancestros

de la familia Valois, incluidos varios miembros de la casa reinante Valois.

Camile me mostró el retrato de sus padres y la vi emocionarse.

Philippe se parecía mucho a su padre, era su viva estampa excepto por sus ojos y la piel muy blanca eran de su madre. Su madre, la condesa de Valois era una dama de impecable estampa y muy hermosa. De cabello rubio y ojos verdes. Tenía cara de muchacha medieval con su cabello larguísimo, no se veía como una dama de antaño que llevaban el cabello siempre estirado en un moño y aire adusto. Al contrario, su rostro oval de virgen medieval sonreía cómplice.

—Era muy hermosa—murmuré—su cabello...

—Sí, lo era... Parecía una jovencita siempre con el cabello muy largo sujeto con una tiara o cintas, lo tenía de un rubio dorado y usaba esencias que lo mantenían así. Trucos de belleza para melenas rubias por supuesto. Mi padre la adoraba, vivía pendiente de ella y tenía cuarenta años y siempre la encerraba en su recámara para hacerle el amor, se moría por hacerle bebés pero mi madre no podía tener más hijos. Luego de nacer yo quedó estéril, no sé por qué.

Me sonrojé cuando dijo eso y Camile se alejó y se secó las lágrimas.

—Era un ángel mi mamá, demasiado buena, por eso se la llevó el señor antes de tiempo. No es justo. Ella debía estar aquí ahora... —se quejó.
—Tal vez fue esa maldita mujer que se la llevó.

Camile dijo eso y se detuvo frente a un retrato que parecía medieval y sin embargo la dama tenía una mirada dura y maligna.

—Ella es Adeline. Es la dama fantasma. Os juro que quemaría ese retrato pero debe pesar como un muerto y mi hermano me castigará si lo hago. Pero debe estar aquí, forma parte de la familia. Por desgracia.

Observé el retrato y noté que era una dama poco agraciada y muy delgada, con un vestido rojo con ribetes de piel. El cabello largo y una toca de novia pero sabía que era una costumbre del medioevo la de lucir esas tocas cubriendo el cabello luego de que las mujeres se casaban. El rostro oval, los ojos oscuros y la boca hundida me hacían pensar en una dama cauta y reservada, con un triste secreto. En realidad más que maldad en su rostro había pena, tristeza y tal vez por ello resentimiento. Su vida no había sido fácil.

—Ciertamente que no entiendo por qué su marido la encerraba, es muy fea y de baja estatura. Aunque tal vez para la época medieval en que todos eran muy feos ella era considerada hermosa—opinó Camile.

Sonreí porque había pensado exactamente lo mismo.

—Se ve desdichada Camile. Resentida. Pero no creo que fuera ella quien dejó el vestido y la nota. Vamos, ¿crees que un fantasma podría garabatear ese horrible mensaje?

—Tal vez le pidió a alguien que lo hiciera. Hay personas poseídas por

espíritus malignos y Adeline tal vez sea un demonio y no un fantasma por eso tiene poderes especiales.

—Eso es absurdo Camile. Demasiado siniestro además.

—Pues yo digo que debemos ver a la bruja. Lo he estado pensando y creo que ella nos ayudará porque ve cosas, ve cosas que los demás no pueden ver.

—¿Y tú crees que ella nos dirá quién lo hizo?

Camile asintió.

—Debemos intentarlo al menos Guerine, no quiero que nada arruine tu boda con mi hermano. Ahora que al fin ha pedido tu mano y se casarán en dos semanas.

Me dio miedo ir de nuevo a la casa de la bruja. Esa mujer tenía algo que me espantaba, su mirada era extraña y aunque había sido muy amable cuando fuimos a verla no me fiaba de sus poderes.

—Pero ahora todo ha de estar inundado en la pradera, Camile. Debemos esperar unos días.

—¿Unos días? No. Debemos ir mañana muy temprano.

Acepté no muy convencida mientras dejábamos atrás la sala de armas. Ciertamente que no deseaba regresar a la casa de la bruja del lago, esa mujer me daba mucho miedo además ¿qué podía hacer ella para ayudarnos? ¿Realmente nos diría quién había sido la persona que dejó el vestido sucio y

la nota en mi habitación? ¿Y si nos decía que era madame Fontaine? ¿Tendría el valor de decirlo?

Esa noche durante la cena Philippe hizo el anuncio del compromiso y se hizo un silencio extraño. Noté que madame Fontaine apretaba los labios y las otras damas se miraban perplejas.

—Felicidades mi querido amigo—dijo el marqués de Artois.

Luego todos se sumaron a la felicitación y brindaron a nuestra salud pero noté cierta tensión como si la alegría no fuera genuina sino forzada.

—¿Y cuándo será la boda, mi querido Philippe?—preguntó la madre del marqués de Artois.

—En dos semanas, madame. Será una boda secreta en respeto al luto que ambos llevamos por nuestros padres.

—Oh por supuesto... una boda secreta. Qué romántico—opinó madame Artois.

El caballero de Crécy me miró con una sonrisa.

—Felicidades mi estimado amigo, se lleva usted una hermosa heredera de Rouen, la más bella del condado y lo digo sin exagerar—dijo.

Sin embargo noté que estaba tenso, sus labios sonreían que pero sus ojos me miraban con fijeza de una forma incómoda para mí.

Entonces recordé la frase de mi padre “no te fíes de un Crécy, mi querida niña, he oído que llevan sangre del demonio y a fe mía que lo creo”.

Al fin lo había recordado.

Mi padre estaba muy serio cuando lo dijo, no bromeaba. Parecía disgustado. ¿Por qué lo habría dicho? ¿Qué disgusto le había dado ese caballero en vida?

Cuando esa noche fui a los aposentos del conde entré algo avergonzada, no me parecía correcto pero por algo me lo había pedido y además... no intentaría hacerme el amor pues había dicho que esperaría un tiempo a que estuviera preparada.

Dos criada me escoltaron por seguridad. Tuve la sensación de que los criados del Château me vigilaban todo el tiempo ¿pero podría confiar en ellos? ¿No intentarían algo ahora que sabían que era la futura condesa Valois?

Sentí que tardábamos demasiado en llegar a los aposentos del conde y miré nerviosa a mí alrededor. De pronto pensé que alguien estaba allí aguardando en las sombras y pensé en el fantasma de Adeline, había visto su retrato ese día y casi sentí la presencia de algo maligno. Pero a medida que avanzamos las luces de las lámparas que portaban las criadas iluminaron el resto del pasillo y la oscuridad amenazante retrocedió. No había nadie. Sólo los temores inspirados por la imaginación más temibles que la realidad como había escrito Shakespeare una vez.

Al entrar en los aposentos del conde y me sentí a salvo. Sentí su

perfume, toda la habitación tenía la fragancia de Philippe y suspiré al ver la cama y el resto del mobiliario en tono borgoña y oro, con el escudo Valois en el centro de la habitación y varios retratos religiosos.

—Por aquí mademoiselle—me ordenaron.

Atravesé la recámara y una puerta cerrada con llave se abrió y descubrí una habitación casi tan espaciosa como la anterior pero un decorado más femenino. El cubrecama era una manta de lana muy gruesa en tono pastel y los cojines eran color rosa. Enrojecí al pensar que debía ser la habitación de madame Clochard, la habitación que debieron ocupar todas las amantes del conde pero aparté esos pensamientos al instante. No creía que fuera esa la habitación de madame Clochard, Camile había mencionado que ella ocupaba la última habitación de huéspedes.

—El conde ha pedido que cierre usted la habitación y no abra a nadie, señorita Boulegne—me explicó la criada.

Luego dijo que habían dejado todas mis pertenencias en el arcón y en el mueble alto color caoba.

—Gracias—respondí y fui a buscar ese vestido ligero que usaba para dormir y casi sin darme cuenta tomé la lámpara y revisé que no hubiera más vestidos sucios o dañados.

Todo estaba perfectamente y una doncella me ayudó a quitarme el vestido.

Me dormí poco después, las emociones del día me habían agotado.

Sin embargo desperté en mitad de la noche al oír los gritos desesperados de una joven. Camile pensé con terror y encendí la lámpara y me cubrí con una capa para salir a investigar pero la puerta estaba cerrada y tardé bastante en encontrar la llave.

Pero luego pensé que si salía vería al conde en su habitación y eso no era correcto...

Agucé el oído y noté que Camile ya no gritaba pero oí un sollozo y gritos de hombres que parecían estar peleando entre sí. ¿Acaso alguien intentó dañar a Camile y el conde lo había atrapado? Porque estaba segura de que había oído su voz.

Pensé que lo más prudente era quedarme quieta en mi habitación pero entonces oí unos golpes en la puerta y temblé. No respondí pues temí que fuera el fantasma.

—Guerine abre la puerta... Guerine. ¿Estáis bien? ¿Por qué has gritado?—preguntó.

Era Camile y abrí la puerta intrigada.

—No grité, pensé que habías sido tú. ¿Qué ha pasado?

Camile tenía cara de dormida.

—Oí unos gritos y luego a mi hermano gritar furioso y no podía entender nada. ¿Entonces no fue aquí el griterío?

—Pues no... qué extraño, pensé que eras tú quien gritaba Camile.

—Aguarda, iré a investigar—dijo y salió poco después.

Una criada llegó entonces para saber cómo estaba pues al parecer todos creían que había si yo quien había gritado.

Camile regresó momentos después, visiblemente agitada.

—Lo han atrapado Guerine... al fantasma que merodeaba en tu habitación—dijo jadeando.

—¿Qué dices?

Camile sonrió.

—Mi hermano le tendió una trampa, por eso te dijo que vinieras aquí. Confieso que no entendía nada cuando una criada me explicó que te habías mudado a otra habitación pero ahora entiendo por qué lo hizo. Quiso saber quién intentaría entrar en tu habitación luego de anunciar vuestro compromiso durante la cena de esta noche.

—Oh Camile... ¿Dices que intentaron entrar de nuevo en mi habitación? Pero ¿quién era? ¿Quién quiso hacerme daño esta noche?

—Fue Etienne de Crécy, amiga. Al parecer ese hombre vino aquí a llevarte porque eres una rica heredera y al parecer tu padre dijo en el testamento que eras su única heredera y aquel que fuera tu esposo heredaría el castillo y sería el nuevo conde de Boulegne. Ha estado buscándote durante meses y al parecer se enteró de casualidad que estabas aquí. Y esta noche

cuando supo que te casarías con mi hermano decidió ir a tu habitación a llevarte por la fuerza Guerine... pero antes te haría algo horrible. Ese hombre iba a violarte Guerine.

Sentí un frío espantoso cuando dijo eso.

—Es horrible. ¿Cómo pudo ser capaz? ¿Pero quién gritaba hace un momento, Camile? Si no eras tú...

—Una criada que se quedó en la habitación para descubrir al fantasma. Ella debía quedarse en vela y esperar, dos criados montarían guardia en la habitación pero a cierta distancia para cuidarla. La pobre fue la carnada... El fantasma fue muy astuto, esperó durante horas a que todos estuvieran dormidos para perpetrar el horrible acto y entró en la habitación sin esfuerzo pues la encontró abierta y en un santiamén atrapó a la criada en la oscuridad creyendo que eras tú y trató de abusar de la pobre que gritó y despertó a todo el mundo. Es que no puedo creerlo, yo misma estoy temblando... pero lo han atrapado Guerine, mi hermano le dará su merecido y lo ha encerrado en los calabozos del castillo.

—Oh dios mío, no puedo creerlo. Es horrible. ¿Y la criada sufrió algún daño?

—No, pero se llevó un susto horrible, Christine se defendió, es una joven robusta pero tú no habrías podido escapar... Es que no puedo creer que ese demonio viniera aquí usando su amistad con el marqués de Artois para

hacer esto. No concibo tanta crueldad, sólo porque quieren tu herencia Guerine... Y dijo que planeó esto para que luego tuvieras que casarte con él.

Miré a Camile aterrada, no podía creer lo que había pasado, que en ese Château hubiera gente tan malvada.

—¿Entonces fue él quien dejó el vestido?—pregunté.

Mi amiga no estaba tan segura de eso.

—Nadie lo dijo, lograron apresarle y salvaron a la pobre Christine y creo que era él quien merodeaba en vuestra habitación días atrás. No había ningún fantasma al parecer.

Al día siguiente todo el castillo estaba convulsionado por el ataque había sufrido la mucama Christine, Camile me contó que se salvó cuando Crécy comprendió que no era la heredera de Rouen sino una simple criada y furioso la soltó pero no habría podido escapar si hubiera sido yo.

Me estremecí al pensar lo que pudo haber ocurrido de no haber el conde ideado esa estrategia para atrapar al misterioso fantasma.

Esos días corrí un serio peligro en mi habitación sin saberlo pues no siempre cerré mi puerta con llave, hubo días que dejé la puerta abierta.

Traté de no pensar en ello. Ahora el malnacido debería responder ante la ley por lo que había hecho.

El conde habló conmigo muy temprano en la mañana de lo ocurrido.

—Esto es una vergüenza mademoiselle, no puedo creer que ese hombre fuera tan ruin. Supe que tenía mala fama con las damas a raíz de ciertos escándalos y que había perdido su fortuna en las mesas de juego de París pero esto... ciertamente que no lo esperaba. Pero sospeché que podía ser él aunque en realidad sospechaba de los tres caballeros que llegaron de repente en medio de la lluvia. No tengo demasiada amistad con ellos, excepto con el marqués de Artois en realidad pero las reglas de la hospitalidad me obligaron a recibirles.

—¿Y fue él quien dejó el vestido sobre la cama con esa horrible carta? ¿Lo hizo para asustarme?

El conde vaciló.

—Él niega haberlo hecho, dijo no saber nada del vestido y que su único plan era raptarla, mademoiselle y forzarla a una boda. Me horroriza pensar en el daño que pudo causarle ese hombre bajo mi techo y desde ahora dejaré de ser tan hospitalario con las visitas de personas que no tienen mi amistad, Château Valois ya no será el refugio de extraños.

—Comprendo Monsieur pero... si no es el autor de la carta junto al vestido... ¿Quién lo hizo?

—No lo sé... en realidad sospecho que sí lo hizo para asustarla, para revivir la vieja leyenda de la dama fantasma que se le aparece a las novias Valois. Haré que confiese la verdad, tal vez sí fue él pues no comprendo qué

otra persona aquí querría hacerle daño.

Camile entró en ese momento.

—Guerine, ven, quiero hablar contigo.

Me despedí del conde con pesar y seguí a Camile. La noté muy nerviosa y temí que hubiera pasado algo.

—Guerine, ven... la criada Maroi dijo que vio al fantasma en tu habitación anoche. Que vio la dama del espejo. Eso fue antes de que entrara el caballero de Crécy. Quedó tan asustada que luego tardó mucho en dormirse.

—¿Dices que vio a la dama Adeline?

—Sí, dijo que estaba vestida de novia y la vio frente a la cama cubierta con una toca gris y su rostro era horrible como si fuera un cadáver.

—¿Fue lo mismo que viste tú, Camile?

—Estaba vestida de blanco pero no pude ver su rostro porque estaba cubierta toda con un largo tul como una momia. Además se veía de lejos, muy tenue. Tal vez sea la misma pero... Guerine, debemos ver a la bruja Arlette y pedirle protección para ti. Vas a casarte con mi hermano y ese espectro puede hacerte daño. La pobre Annet murió por su culpa, estoy segura.

No estaba muy segura de que el fantasma de Adeline empujara a la señorita Sorelle por la ventana, pero ella insistió tanto que me convenció de

regresar a la guarida de la bruja.

Hacía mucho frío ese día pero el sol lentamente estaba secando todo alrededor. Fuimos con sigilo luego del almuerzo y seguimos un sendero que era un atajo para llegar antes al lago.

De nuevo sentí pavor al ver a la bruja de cabello muy blanco salir de su choza y mirarnos con esa expresión intensa y maligna.

Camile le entregó la bolsa con pan fresco y legumbres esta vez y la anciana sonrió agradecida por el presente.

—Madame Arlette, necesitamos su ayuda. El fantasma de Adeline ha regresado al castillo—dijo Camile y le explicó que la había visto en el espejo y además el incidente del vestido.

La anciana no dejaba de mirarme.

—La señorita pronto será la nueva condesa de Valois—observó—dejará de ser una niña y veo un matrimonio apasionado y feliz... Cada vez que salga de la cama tendrá un bebé en su barriga mademoiselle Guerine...

Sus palabras me hicieron sonrojar, santo cielos, no esperaba que me dijera esas cosas. Camile en cambio dejó escapar una risita divertida por la picardía de la anciana de suponer que me lo pasaría en la cama con el conde. Exageraba por supuesto.

—Oh de veras... tendrá siempre un bebé en su barriga.

La bruja sonrió enseñando su boca sin dientes.

—El conde no la dejará salir de la cama en las tardes ni en las mañanas y tendrá siempre el vientre lleno como la condesa Ofelia de Valois. Veo un futuro venturoso, lleno de niños corriendo por los jardines pero ahora veo una sombra sobre usted señorita Guerine. Un peligro inminente... y es una mujer, no es un hombre.

Cuando me dijo eso temblé.

—No puede ser... por Dios, ¿quién me odia tanto madame Arlette? ¿Por qué?—quise saber.

—Te odia porque quiere tu lugar querida, quiere ser la próxima condesa Valois. Es una dama joven y muy bella y está cerca de ti.

—¿Cerca de mí?

—Es la sombra en el espejo, mademoiselle. Ella es una sombra que amenaza su futuro. Está en el castillo ahora pero no puedo ver su rostro, sólo siento su presencia maligna y me da congoja.

Camile, que había escuchado todo aterrada chilló:

—Oh por favor madame Arlette díganos quién es. Usted debe saberlo. ¿Cómo es que ve tanto y no es capaz de ver quién es la mujer que quiere hacer daño a Guerine?

La anciana nos miró con expresión atormentada.

—Son visiones que tengo, veo cosas pero no puedo tratar de indagar... sólo sé que es una dama joven y que desea ocupar su lugar. ¿Hay

en el castillo alguna dama joven cerca del conde?

Nos miramos.

—Sólo la señorita Henriette, su madre y su tía.

—¿Cómo es esa jovencita? ¿Podría describirla?

—Es alta, delgada y muy fea y mi hermano jamás le ha prestado atención. Además vino porque sus familiares sufrieron un accidente en el carruaje y se irá mañana a primera hora o eso dijo.

—No es ella... pero hay otra dama en el castillo. Una mujer joven... mademoiselle Camile. Tal vez su hermano ha tenido amores con alguna criada.

Esa revelación me hizo temblar de rabia, no podía creerlo. Sabía que en ocasiones los caballeros tenían líos con criadas pero no creí que el conde fuera capaz.

—OH claro que no, madame Arlette. Mi hermano no haría eso. Siempre ha respetado a las criadas ¿cree que el conde es un caballero sin escrúpulos?

—Por favor señorita Valois, no se ofenda usted, los caballeros a veces son débiles cuando se trata de una mujer hermosa y seductora, aunque sea criada... Es que acabo de tener una visión y creo que fue una criada quien dejó el vestido en la habitación de madame Guerine. La veo con un delantal largo y una cofia cubriendo su rostro.

—¿Pero cree que mi hermano se casaría con una criada? ¿Que una criada se convertiría en condesa? Eso no puede ser, madame Arlette. Sería una completa insensatez.

—Tal vez esté enamorada de su hermano desde hace años y sienta celos de madame Guerine y desee impedir su boda. Una criada que sufra una especie de locura.

—No hay criadas así en el Château, madame Arlette. Ninguna criada tendría la osadía de abrigar tales fantasías, jamás he visto a una mucama cerca de mi hermano. Todas tienen algún enamorado dentro del servicio y en los tiempos libres se van a los campos a hacer travesuras. Las he visto.

La anciana sonrió.

—Pues yo veo a una criada de cabello oscuro entrando en la habitación dejando el vestido con una nota. Tal vez la mandó alguien, deben descubrir quién lo hizo.

Abandonamos la choza de la bruja poco después.

—No puede ser una criada. La bruja le erró. Mi hermano jamás tendría una querida que fuera una criada, te lo juro Guerine—Camile estaba muy molesta.

—Pero dijo que era una dama que amaba a tu hermano. ¿Quién puede ser?

Camile permaneció pensativa un momento.

—Hace tiempo hubo una joven que se encaprichó con él de una forma muy irracional. No sé qué le pasó pero como se vieron algunas veces en fiestas y bailaron ella pensó que le pediría matrimonio y como no lo hizo fue ella quién le habló... ¿Lo puedes imaginar? Moriría de vergüenza antes de declararle mi amor a un hombre. Pues ella lo hizo y Philippe vivió un momento muy incómodo, podéis imaginar...—Camile se sonrojó— y de pronto pensé en Louis de Artois.

—Pero el caballero de Artois os agrada mucho.

Camile sonrió.

—Sí... es verdad, me gusta mucho su personalidad, su voz. Es muy agradable. Pero lo que recuerdo es que esa joven quedó muy afectada cuando mi hermano la rechazó... fue muy incómodo para él, le dijo que le tenía mucha estima pero no estaba interesado en pedir su mano porque el matrimonio no era su prioridad ahora. Luego está madame Clochard, pero ella se fue del castillo hace días. Pero la bruja tiene razón, debe haber una mujer tal vez entre la servidumbre que tuvo algo con mi hermano. Los hombres no cuentan esas cosas, tienen sus asuntitos y... pudo haber quedado resentida. Le preguntaré a él por las dudas.

—Camile ¿os atreverás a hablar de eso con vuestro hermano?

—Bueno, debo hacerlo. Porque si hay una criada chiflada que quiere hacerte daño debo hacer algo, Guerine. Esto no ha terminado y madame

Arlette no me dio ningún amuleto, dijo que sólo debíamos buscar a la criada y rezar. Que el señor nos protegería porque dice que el año próximo tendrás un bebé y que siempre tendrás la tripa hinchada con un niño.

—Creo que esa mujer nos mintió, Camile.

—Bueno, la condesa que mencionó Ofelia fue una dama muy enamorada y feliz y siempre estaba encinta. No terminaba de parir un bebé que a los tres meses quedaba de nuevo embarazada. Tuvo como doce hijos creo y no tuvo más porque su esposo murió pero dicen que antes de morir volvió a dejarla encinta. Para que veas... luego de perder a su marido, al poco tiempo volvió a tener barriga. Era muy fértil y de parto fácil. Una condición envidiable en una mujer pero que no es tan común entre las esposas Valois en realidad. A mi madre le costaba tener hijos, tardé mucho en nacer yo por eso mi hermano me lleva siete años de ventaja.

Cuando llegamos al castillo miré a las criadas que recorrían el salón principal a mucha prisa y me pregunté si habría sido una de ellas pues noté que madame Arlette estaba muy segura de eso. Me inquietaba pensar que una de esas criadas me odiaba y planeaba impedir mi boda y más vergonzoso era pensar que mi prometido era amante de una criada y que esa criada vivía en el castillo y tenían un romance secreto, escondido y por eso ahora su furia se había desatado pues sabía que me casaría con el conde. Y como sirvienta del castillo tenía acceso a las habitaciones supliendo a una mucama en cualquier

momento pero...

De pronto noté a una criada rubia de grandes ojos azules y pensé que nunca había reparado en ella, como si fuera nueva. Y era muy bonita y delicada, demasiado bella para no llamar la atención.

Al sentir mi mirada me hizo una reverencia y se marchó.

Camile notó mi gesto y sonrió.

—Es Elsie, tiene quince años, Guerine. Por favor. ¿Pero has notado si alguna criada os miró de forma extraña últimamente?

—Pues no... al contrario. Siempre han sido muy amables conmigo. Camile, esto es absurdo por favor. No puedes creer que una de esas pobres criadas...—bajé la voz avergonzada por temor a que me escucharan.

—Bueno, hablaré con mi hermano y saldremos de dudas.

—¿Le preguntará si ha tenido un flirt con una sirvienta?

—Tranquila. Supongo que lo tomará a broma pero me dirá la verdad en cuanto sepa que hay sospechas de que una de ellas fue quién llevó el vestido.

—Tal vez madame Arlette se equivocó.

—No lo creo, la bruja siempre da en el clavo. Y si dijo que es una mujer que anhela ocupar tu lugar ha de ser verdad, ¿pero quién es maldita sea? ¿Quién desea ser la nueva condesa de Valois? No hay otra mujer en la vida de mi hermano ahora Guerine, sólo tú. Excepto que sea algo muy secreto

pero...

Me sentí enferma al pensar que el conde tenía un amor secreto. ¿Acaso estaba enamorado de otra mujer, de una criada pero no podía casarse con ella porque no era de su clase social? Había oído historias similares en el pasado, la señorita Laurent me había contado pero me sentí herida por los celos. No quería casarme con un hombre que amara a una joven criada en secreto, quería amar y ser amada, quería ser feliz sin tener una sombra en nuestras vidas. Si me odiaba tanto era porque lo amaba y él tal vez correspondía a su afecto.

Me alejé y fui a descansar a mis aposentos en las habitaciones del conde, él me había pedido que me quedara allí hasta la boda, no sabía por qué. Creí que todo se había solucionado y que nada debía temer pero saber que todavía ser maligno siguiendo mis pasos me puso muy nerviosa de nuevo. No estaba tranquila, no hasta que descubrieran quién había dejado ese vestido y quería hacerme daño.

Philippe me pidió que diéramos un paseo la mañana siguiente.

Sabía que Camile había hablado con él y temblaba al pensar que me hablaría de ese asunto de la criada que era su amante secreta. Era un asunto muy incómodo.

Hacía mucho frío pero había sol y un grupo de nubes blancas surcaba el cielo azul a gran velocidad impulsadas por una ventisca helada que llegaba del Sur.

El conde aguardaba en el salón principal tan guapo con su traje de levita azul y sombrero de copa. Un gabán gris oscuro cubría su traje de impecable corte pero lo principal era él... era el hombre más guapo que había visto en mi vida y su alegría y vitalidad eran parte de su encanto y seducción. Y mientras lo saludaba y él se apuraba a tomar mi mano y besarla comprendí que no era la única quién pensaba que el conde era el hombre más guapo y encantador.

—Estáis hermosa, Guerine—me dijo.

Llevaba puesto un traje de media mañana color gris perla con puños de encaje gris, era una creación de madame Delphine y ciertamente que era una modista que estaba a la altura de una modista parisina.

Agradecí su cumplido y abandonamos el castillo minutos después.

Recorriamos los jardines y llegamos hasta la gruta de la virgen del Vendôme.

—Lamento mucho lo sucedido aquí, jamás debió ocurrir y no me explico quién pudo enviarle esa carta—dijo de pronto el conde—Pero quiero que sepa que esa leyenda del fantasma de Adeline no es más que una leyenda. Y ayer mi hermana me habló algo de una criada... y ciertamente hizo que me

encolerizada. Mademoiselle Guerine, jamás he tenido un romance con una criada. Pronto se convertirá en mi esposa y quiero que sepa que eso no es verdad. Soy un caballero señorita Guerine, y acercarme a una sirvienta sería aprovecharme de ella y jamás lo haría. Puede estar tranquila al respecto.

—Monsieur... me alegra saberlo. En realidad fue madame Arlette que lo dijo pero yo no lo creí.

Los ojos del conde se abrieron de repente.

—¿Os referís a la bruja Arlette, la curandera del lago? Vaya... ahora entiendo.

Cuando dijo eso sentí que había metido la pata. Al parecer Camile no le había contado nada.

—¿Acaso fueron a ver a la bruja, señorita Guerine?

Tardé en responderle.

—Lo siento mucho Monsieur, pero su hermana dijo que era una bruja buena y nos ayudaría a descubrir quién había dejado ese vestido en mi habitación y ella dijo que fue una dama que desea ocupar mi lugar y le ama en silencio. Una criada. Vio a una criada entrando en mi habitación.

—Señorita Guerine no le crea a esa mujer, por favor. Esa dama sólo dice mentiras para recibir presentes, alimentos por supuesto, vive de adivinar el futuro y dice ver cosas. Siempre lo ha hecho, toda su vida. Fabrica pociones curativas, pociones para enamorar y tiene cierto conocimiento de

hierbas sí, pero no tiene poderes especiales. Sólo hace creer a los campesinos que los ayudará y nada más, pero dudo que pueda ver cosas que las demás personas no.

Tal vez tenía razón, no supe qué decir.

—Pero si no fue el caballero de Crécy ¿quién dejó ese vestido Monsieur?

—Eso es lo que trato de averiguar pero le aseguro que velaré por su seguridad, mademoiselle y que permitiré que nada le pase. Ha corrido demasiados riesgos en el pasado y espero descubrir quién hizo esto aunque sospecho que fue el caballero de Crécy para asustarla. Él tenía motivos para hacerlo. En el pasado él dijo su padre lo expulsó de Saint Michelle cuando quiso pedir su mano y le prohibió que regresara. Él tenía amistad con el padre de Etienne y este intercedió pero al recibir una respuesta negativa se produjo cierta enemistad. Pero estaba decidido a hacerla su esposa pues estaba arruinado y sabía que usted se había quedado sola. No me agradó que viniera aquí y cuando dijo que alguien entró en su habitación sospeché de él, no tenía buena fama pero... no tema, señorita, averiguaré quién dejó esa horrible nota en el vestido.

De pronto se acercó y me envolvió entre sus brazos.

—Nada impedirá que sea mi esposa, mademoiselle Guerine—dijo mirándome con tanta intensidad. Y entonces me besó, un beso suave y

apasionado que me hizo temblar.

Y mientras me besaba sentí unos pájaros alzar vuelo mientras graznaban dando la voz de alarma y me estremecí al comprender que tal vez había alguien cerca, espiándonos. Sin embargo el conde me abrazó con fuerza.

—Tranquila, no hay nadie aquí—dijo pero sus ojos miraron alrededor como si buscara algo.

Fue sólo un momento, pero tuve la inquietante sensación de que alguien nos espiaba no muy lejos de allí y mientras emprendíamos el camino de regreso tuve la sensación de que éramos observados y pensé que no me sentiría tranquila hasta que encontraran a la mujer que quería impedir mi boda con el conde.

El vestido estuvo listo días después luego de probármelo cerca de cuatro veces. Estaba feliz pues pronto me casaría con el conde y nada podría impedirlo. Los días pasaron sin incidentes y el caballero de Crécy fue expulsado del castillo el día anterior y enviado a la cárcel pues al parecer había cometido estafa y era buscado por otros caballeros de Rouen. Además de huir los acreedores de su propio castillo, a quienes debía importantes sumas de dinero.

Camile me contó los detalles ese día mientras me probaba el vestido

de novia.

—Se lo llevaron encadenado, creo que no podrá escapar de ir a prisión. Pero no gritó ni dijo nada, parecía haber envejecido de golpe, y cuando llegó se veía tan joven. Ciertamente que el marqués de Artois estaba muy disgustado. Se siente culpable...

Me miré en el espejo y suspiré.

—Oh Guerine, te queda que ni pintado. Es precioso... serás una novia preciosa—dijo Camile y de pronto vi que se ponía triste.

Pero esperé a salir del cuarto de modistas para preguntarle qué le pasaba.

—Es que el marqués se irá también, no es justo... creí que iba a hablarme—se quejó Camile.

Era la primera vez que me hablaba de su interés por el marqués de Artois aunque yo lo había notado, por supuesto y sabía que Camile se escabullía para verse con él en los jardines.

—¿Entonces quieres casarte con él?—le pregunté.

Ella me miró y noté que se sonrojaba.

—Me encantaría, si me lo pidiera pero creo que mi hermano no lo aprobaría. Su familia ha sufrido un revés de fortuna y por eso... Philippe cree que sólo le interesa mi herencia, Guerine. Pero yo sé que no es verdad... hace tiempo que lo amo en silencio, que pienso en él y ahora que vino mi corazón

se llenó de ilusiones.

—Entonces sé paciente, tal vez pida tu mano o te hable antes de irse.

—No lo hará, mi hermano no quiere, sospecho que conversaron el otro día y lo ha rechazado. Piensan que se acercan a mí por interés. No es justo—Camile lloró, no pudo contenerse y sentí pena al verla tan desdichada.

—Camile, no te pongas así. Escucha, hablaré con vuestro hermano, le pediré que considere al marqués de Artois.

Ella me miró con tristeza.

—Mi hermano no le considerará por más que le habléis, Guerine. El marqués se irá y no hay nada que puedas hacer. Esperaré su regreso porque si ahora hablas con mi hermano le pondrás en aviso y no deseo que él lo sepa, sólo fue una conversación que tuvimos hace tiempo sobre Artois. Él no me ha pedido que sea su esposa y si no lo hace es inútil discutir lo demás.

No insistí, imaginé que Camile estaba triste y sufría esa angustia de no saber si él realmente la amaba y le pediría matrimonio.

—Además no soy como tú Guerine, no soy hermosa ni tampoco tan lista... Todos saben que sufro de los nervios ¿y qué caballero me querría de esposa?

—No digas eso Camile, tú eres una joven inteligente y buena.

Ella me sonrió pero la noté triste.

—El tiempo lo dirá, Guerine... pero quería hablarte de una

conversación que tuve con mi hermano el otro día.

La miré perpleja.

—Philippe me juró que jamás tuvo un amorío con una criada, que no es esa clase de hombre y sé que no mintió. Dijo que de todas formas hablará con el mayordomo e investigará al respecto pero él duda que fuera una criada. Guerine, creo que él tiene sospechas pero no ha querido hablar de ello porque no está seguro.

—¿Él sabe quién lo hizo?

—No lo sabe pero sospecha y está muy disgustado porque dijo que no tenía pruebas pero que el peligro mayor era Etienne de Crécy, porque quién hizo lo del vestido lo hizo por celos, para asustarte, nada más. No cree que esa persona lo vuelva a hacer.

Mientras hablábamos vi al conde hablar con su tía a la distancia y nos acercamos sigilosas.

Madame Fontaine estaba muy disgustada.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, mi querido sobrino? Soy incapaz de cometer un acto tan horrible...—dijo ella.

Philippe se disculpó con su tía.

—No os he acusado—replicó. —Sólo quería saber si habías visto algo extraño en el castillo porque no logro entender quién lo hizo.

Madame Fontaine estaba muy molesta.

—No sé quién lo hizo pero te aseguro que yo no fui, sería incapaz de hacer algo tan horrendo... Y me ofende que hayas llegado a sospechar de mí, Philippe. Guerine es una joven buena y encantadora, estoy feliz de que vayáis a casaros aunque sea con prisas—dijo la dama y noté que lloraba al saberse acusada por su sobrino.

Me sentí mal al presenciar esa escena pues también yo había desconfiado de madame Fontaine y entonces miré a Camile avergonzada.

—Mi tía no lo hizo, Guerine—dijo entonces Camile.

—Lo sé, Camile.

—Ella es algo celosa, creo que le costó aceptar que te quedaras aquí pero es una dama íntegra. Al contrario, se quedó muy disgustada al enterarse de lo que había pasado con el vestido y luego el incidente con Monsieur de Crécy ella estaba preocupada por ti. No sé por qué mi hermano la acusó... bueno, tal vez piense que fui yo.

—OH no Camile, ¿por qué pensaría eso?

—Tienes razón... esto es muy injusto, porque hasta que no descubran quién lo hizo todos seremos culpables, Guerine... A menos que lo hiciera el caballero de Crécy y luego lo negara. Es un personaje muy oscuro y siniestro, lleno de secretos y maldad. Ahora no ha habido más incidentes extraños, todo está tranquilo... él lo negó por supuesto ¿pero quién puede creer en lo que diga ese hombre después de lo que intentó hacerte, Guerine?

Tenía razón. Ahora todo estaba tranquilo y sin embargo tenía la sensación de que un peligro me amenazaba y se lo dije. Trataba de no pensar en ello pero...

—Te entiendo Guerine, es que has tenido una mala racha luego de perder a tu padre, te has quedado sola en este mundo y tal vez por eso sientes que estás en peligro. Además no has hecho más que correr de aquí para allá, pero ahora te convertirás en la esposa de mi hermano y eso me hace muy feliz, además sé que Philippe cuidará muy bien de ti, todos te cuidaremos— dijo Camile y me abrazó efusiva. Sonreí y me sentí feliz, tal vez era tiempo dejar atrás el pasado y ser feliz. Estaba a salvo y pronto me casaría con el hombre que amaba, nada más debía importarme.

Los días pasaron volando y ya tenía listo el vestido de novia para la iglesia y el de civil en tono gris perla. Madame Delphine había hecho un trabajo estupendo.

Antes de la boda debíamos ir a la oficina del ayuntamiento y el conde había hecho los trámites para reservar unos días antes para la ceremonia civil que era obligatoria en esos tiempos. Philippe había estado molesto porque esperaba poder lograr realizar la boda religiosa y la civil el mismo día pero no podría hacerlo así que esa mañana partimos muy temprano con Camile, Madame Fontaine hacia el ayuntamiento de Lille. Camile y su tía llevaban

vestidos muy elegantes, el de Camille era color beige y el de madame Fontaine azul profundo con aplicaciones de encaje blanco en el cuello y los puños. Hacía mucho frío y tirité cuando entramos en el carruaje y aunque madame Fontaine nos sentó enfrentados Philippe me miró con una sonrisa y no dejamos de mirarnos el resto del viaje. Estaba tan guapo con su traje de levita azul y su mirada era tan dulce. Pronto seríamos legalmente esposos pero eso no contaba hasta tener la bendición del capellán y eso sería al día siguiente, porque ese día lo pasaríamos en viaje. Sin embargo no me di cuenta pues fui conversando con Philippe y en un momento se sentó a mi lado y tomó mi mano ante la mirada atenta de madame Fontaine. Pero me sentí tan feliz de poder estar a su lado.

—Esto es una verdadera molestia, debisteis dejar que os casaran y luego que el capellán solicitara la inscripción en el ayuntamiento como hizo tu padre—se quejó madame Fontaine.

—Mi padre se casó u mes antes por civil tía Amelie porque no consiguió un capellán que fuera al castillo porque hubo una epidemia de gripe—le respondió Philippe.

Ella hizo una mueca al ver la ciudad de Lille pero a mí me encantó. Todos esos edificios antiguos apilados en el centro, cerca de la Iglesia tan pintorescos y a pesar de las incomodidades y la espera, entramos en el edificio del ayuntamiento donde había personas muy alegres que

acompañaban a una pareja de recién casados. Todo era alegría y felicidad.

Allí tuvimos que ir a una oficina y aguardar a que un oficial nos tomara los votos, como si fuera un sacerdote.

Un grupo de caballeros se acercó casi sobre la hora. Eran amigos de Philippe y algunos vecinos del castillo.

Y en menos de una hora ya éramos marido y mujer, y estábamos legalmente anotados en la oficina civil pero faltaba la bendición divina y madame Fontaine dijo que eso no era más que un formulismo.

Sin embargo para nosotros fue especial, pues dijimos nuestros votos y Philippe me colocó el anillo de bodas de las novias Valois y me dio un beso suave prometiendo que me amaría y protegería el resto de su vida.

Y cuando me tomó entre sus brazos me sonrió.

—Ya eres mi esposa, Guerine—dijo y me besó, un beso suave y breve que me hizo estremecer de placer y felicidad.

Tenía razón, aunque madame Fontaine dijera lo contrario su matrimonio acababa de anotarse en un acta y estaban legalmente casados. Y estar entre sus brazos fue un momento tan especial.

—¡Oh, felicidades Guerine! Ya eres una novia Valois—dijo Camile.

—Pero falta la bendición de nuestro Señor—puntualizó madame Fontaine.

Philippe sonrió y me retuvo entre sus brazos.

—Pero ahora toda Francia sabe que eres mi esposa, Guerine—me dijo al oído.

Sus palabras me emocionaron porque en realidad ya estábamos casados aunque faltara la ceremonia religiosa.

Regresamos al Château Valois sin perder tiempo y esta vez madame Fontaine no pudo sentarnos separados, aunque lo intentó, Philippe tomó mi mano y me rogó que me sentara a su lado. Y a pesar de la desaprobación de madame Fontaine quería estar cerca de él, era mi marido ahora, acabábamos de casarnos y casi deseaba que todos desaparecieran para poder estar solos. Me molestaba la charla de la tía Amelie, las bromas de Camile... casi deseaba llegar para poder librarme de ambas.

Pero sabía que luego habría un banquete para celebrar nuestra boda civil y algunos invitados seguramente ya habrían llegado al Château Valois en esos momentos.

—Sois muy hermosa, Guerine—me dijo Philippe al oído.

Sonreí y él me dio un beso fugaz mientras rodeaba mi cintura y me apretaba contra él.

Fue un momento especial, casi íntimo y no pensé que nos veían pues respondí a sus besos y desee que siguiera besándome.

—OH vaya... creo que mi hermano desea adelantar la bendición religiosa—dijo Camile y rió.

Me sonrojé al comprender que teníamos espectadores, casi lo había olvidado, pero Philippe ignoró su comentario y siguió besándome y estuvimos así, muy juntos el resto del viaje.

Pero al llegar al Château nos separamos. Fue inevitable. Debía cambiarme para el banquete y descansar del viaje.

En dos días sería la boda religiosa y casi se me hacía eterno esperar a ese día. Quería dormir a su lado y que me abrazara, ser suya en cuerpo y alma como una esposa debía serlo.

Me ruboricé al recordar sus besos y la forma en que me había abrazado ese día y me pregunté cómo sería ser abrazada por él en un abrazo de amor y pasión, un abrazo de esposo. Ya no me turbaba pensar en ello, madame Arlette había dicho que era natural y especial el instante en que hombre y mujer se unían de forma tan íntima. No tenía miedo, lo deseaba... deseaba tanto ser su esposa en la intimidad.

Cuando estuve lista entró una doncella llamada Betty, la conocía de vista.

—Madame condesa. Soy su nueva doncella ahora, el señor me ha nombrado y seré la encargada de peinarla y de cuidarla como los demás criados del Château.

—Gracias Betty.

Ella hizo una reverencia.

—Es que no he podido encontrar mis vestidos aquí y...

—Están en las habitaciones nupciales del Château madame Valois. Fueron llevados esta mañana. Esta noche deberá dormir en su nueva habitación madame, el conde así lo espera.

Me sonrojé al comprender lo que eso significaba.

—Pero mis vestidos... debo escoger uno para el banquete de hoy.

—Oh no se preocupe, madame condesa. Hemos dejado el vestido azul nuevo que le hizo madame Delphine y también el traje de novia que usará mañana.

¿Mañana?

Mientras pensaba esto llegó Camile muy contenta y Betty fue por el vestido.

—Guerine... qué felicidad. Ya eres la esposa de mi hermano—dijo— Y ahora está hablando con el Capellán para que los case este día. Porque mi tía cree que no es correcto que la boda civil sea tan distante de la religiosa. Cree que deben casarse hoy y mi hermano ha aceptado.

—¿Oh de veras?

—Pues sí... tal vez puedan casarse esta tarde, luego del banquete. Está hablando con él ahora.

Mi nueva doncella apareció con el traje azul de terciopelo y encajes blancos y me ayudó a vestirme. Cuando estuve lista peinó mi cabello y me

hizo un moño muy bonito, flojo, no tirante como lo usaban algunas damas.

—OH estás preciosa, Guerine—dijo Camile y despidió a la doncella.

—Tengo algo para ti para esta noche...—dijo luego con aire conspirador y noté que me enseñaba la botellita que contenía el filtro amoroso de madame Arlette.

—Camile... ¿por qué? No necesito un filtro. Amo a vuestro hermano. Ella me hizo un guiño.

—La bruja dijo que lo necesitarás porque te dará mucho miedo la primera vez que te haga el amor. Si lo bebes no sentirás miedo. Pensaba dártelo luego de la boda pero si mi hermano la adelanta... bebe un poco con el vino, no vayas a tomarte el frasco. Es para los nervios de la noche de bodas, eso me dijo la bruja.

—Pero tú le pediste un filtro para que vuestro hermano me amara, ibas a dárselo a él... ¿acaso os dio dos filtros?

Ella sonrió con picardía.

—¿Recuerdas ese día, Guerine, cuando me quedé a solas con la bruja?

Asentí.

—Ella dijo que mi hermano no precisaba ningún filtro pues él te ama de forma sincera Guerine y se muere por abrazarte y hacerte su amante. La bruja lo vio todo con mucha claridad. Y también vio que tú no necesitas un

filtro para enamorarte, sólo para no tener miedo al abrazo en tu noche de bodas y me dio esto.

Tomé el frasco vacilante. No lo necesitaba en realidad. Ya no tenía miedo, al contrario, quería estar en sus brazos y descubrir el amor y la pasión de los amantes.

Ella me miró y me advirtió.

—Sólo debes beber un tercio el frasco y que sea un rato antes de irte a tus nuevos aposentos nupciales. Para que haga efecto.

—Así lo haré, Camile—le respondí y miré el frasco y luego busqué un lugar para esconderlo.

No pensaba beber ese filtro, no creía que fuera necesario ni tampoco. O tal vez sí... contemplé el líquido color rojo y pensé que no era buena cosa beber un filtro hecho por una bruja.

El banquete y los invitados aguardaba y también el conde. No podía creer que fuera mi esposo. Él me sonrió y me senté a su derecha.

La mesa estaba llena de invitados que no conocía y cuando Philippe anunció que nos habíamos casado oí un murmullo general como si no lo supieran.

—Felicitaciones—dijeron luego y hubo un brindis a nuestra salud.

Sentí la mirada de inquina de algunas damas y de pronto mi mirada tropezó con la de Camile. Estaba muy seria y de pronto vi que miraba a un

caballero del otro lado de la mesa y vi para mi sorpresa que era el marqués de Artois. No se había marchado, estaba allí y también la miraba, una mirada cómplice, tan llena de amor... No era un hombre guapo pero en sus ojos había tanta adoración por Camile y de pronto noté que ella apartaba la mirada y sus ojos se veían brillantes, como si se hubiera emocionado. Sentí tanta pena de Camile y su enamorado y me dije que debía interceder por ellos pues Camile había sido tan buena amiga desde el principio.

Pero cuando iba a hacerlo me distraje pues durante el baile de esa noche el conde dijo que había convencido al Capellán para que nos casara mañana a primera hora.

—Y esta noche os pido que os quedéis en nuestros aposentos, hay demasiados invitados y quiero dormir a vuestro lado, Guerine. Pero no temas... esperaré a que estés lista para ser mi esposa.

Iba a hablarle de Camile, deseaba hacerlo pero cuando lo recordé el banquete llegaba a su fin y todos nos retirábamos a nuestras habitaciones.

Betty fue quien me escoltó hasta los aposentos nupciales. Busqué a Camile para despedirme pero no la vi y me sentí cansada por las emociones del día.

Pero cuando llegaba a los aposentos nupciales oí pasos acercarse y me volví pensando que era Philippe. Mi doncella también se detuvo para ver quién era pero no vimos a nadie.

Luego abrió resuelta los aposentos.

—Os ayudaré con el vestido, madame comtesse—dijo después.

Temblé cuando me vi frente al espejo con ese vestido ligero de muselina preguntándome si esa noche sería su esposa. Estaba asustada y busqué el filtro en un bolsillo del vestido pues lo había guardado allí.

Escuché voces y una criada se llevó a Betty poco después.

—Descanse, madame Guerine—me deseó la doncella y ambas criadas me dejaron sola.

Miré la cama asustada mientras seguía buscando el filtro de la bruja. No estaba allí, no estaba por ningún lado. Debí perderlo mientras bailaba esa noche, todo era tan confuso, no podía recordar bien qué había pasado.

Entonces recordé las palabras de Philippe y me dije que era una tonta al tener miedo, él dijo que esperaría y que no me haría suya esa noche, no hasta que estuviera preparada.

Bostecé cansada y me metí en la cama. Era magnífica, suave y blanda y eso que era la cama de la sala de vestir y al acostarme sentí que el cansancio me vencía. En sueños oí unos pasos pero no le di importancia, creí que sería Philippe y me despertaría al llegar pero no lo hizo.

Tuve sueños extraños, y en sueños oí esos pasos y vi al conde acercarse a mí y pararse frente a la cama y de pronto desperté, desperté sonriente al verle parado allí mirándome con tanto amor.

—Philippe—dije.

Pero al despertar descubrí que me había equivocado, no era mi esposo quién estaba parado cerca de mi cama, sino el fantasma de Adeline, la novia Valois y grité aterrada. Allí estaba ella con el vestido blanco de novia y el cabello oscuro, la cara muy pálida y de baja estatura. Una novia medieval y maligna que había ido a advertirme sobre los condes Valois. Sus ojos me miraban con odio a través del tul que cubría gran parte de su rostro y parecía observar cada uno de mis movimientos.

A pesar de la luz difusa del candelabro que había dejado encendido Betty, comprendí que era ella y grité, grité con todas mis fuerzas pidiendo ayuda. Y luego llamé a Philippe pensando que debía estar en esa habitación en alguna parte pero nadie acudió y el fantasma me miró con expresión maligna y triunfal mientras avanzaba hacia mí amenazante. Era un ser lleno de maldad y locura, la dama Adeline... entonces no era una leyenda, existía...

—Él no vendrá, Guerine. Nadie te oirá—dijo de pronto el fantasma avanzando hacia mí amenazándome con un cuchillo de cocina. Luego rió al ver que estaba aterrada. Una risa diabólica.

Cuando vi ese cuchillo no tuve dudas de que había ido a matarme y busqué algún objeto para defenderme pero sólo había un candelabro de plata a mi lado y en medio de mi terror noté algo familiar en esa voz y en esa risa

maligna. Conocía esa voz pero no podía recordar a quién pertenecía, sólo supe que no era un fantasma sino un ser de carne y hueso.

Y mientras me alejaba tomé el candelabro y la enfrenté con la luz para saber quién era en verdad ese fantasma porque a pesar del terror que sentía noté algo familiar en su voz y en esa risa maligna.

Ella se apartó al sentir la luz en su rostro como si quisiera esconderse.

—Tú no eres un fantasma... os conozco, os he visto aquí. Sois madame Clochard—le grité.

Ella se quedó inmóvil y me sonrió sin decir palabra, una sonrisa torcida, hasta que habló.

—¿Pensabas que te casarías con el conde de Valois y que no haría nada para impedirlo? Pequeña tonta. Estuve a punto de lograrlo, pero Crécy lo echó todo a perder cuando se metió en tu habitación ese día.

—¿Etienne de Crécy?

—Sí, el mismo. Hace tiempo que lo planeamos, cuando estabas aquí. Una rica heredera soltera y sola en el mundo. Una pobre huérfana llena de dinero... justo lo que él necesitaba. Pero lo tenía que arruinar cuando esa noche se metió en tu habitación, eso no era parte del plan y lo atraparon al muy imbécil. Y tú pequeña estúpida. ¿Acaso crees que el conde de Valois te ama? No eres más que una rica heredera para él, bonita y tonta. Y él necesita una rica heredera que le dé niños. Pero yo estoy aquí y jamás ha dejado de

visitarme en las noches, y en las tardes cuando se ausentaba de las reuniones.

Sus palabras llenas de veneno me hicieron sentir enferma.

—Eso es mentira, Philippe me ama por eso tú quieres quitarme del medio como seguramente hiciste con la pobre Annet Sorelle—la acusé pero estaba temblando al comprender que estaba sola en esa habitación y a pesar de los gritos nadie había acudido a ayudarme.

Ahora no tenía dudas de que había sido ella.

Madame Clochard no lo negó, su mirada era dura y maligna y había una risa salvaje en sus ojos de gata.

—Oh vaya, qué niña tan astuta. ¿Quién os habló de Annet?

—Camile lo hizo.

—Camile sufre de los nervios, ¿quién creería en sus palabras? Pero lo que le ocurrió a esa tonta de Annet fue un accidente, no quería que muriera sólo que desistiera de ser la esposa de Philippe, él estaba tan triste con esa boda que su padre había concertado... la asusté un poco unos días antes y luego ese día jugué al juego del escondite y cuando la encontré aparecí disfrazada del fantasma de Adeline. Como ahora y ella estaba tan aterrada que resbaló y cayó. La muy tonta se había escondido en el balcón y al verme cayó hacia atrás, fue un accidente, no quería matarla. Sólo asustarla para que desistiera de la boda y todo salió mejor de lo que esperaba... Pero no temas, Guerine, tengo un plan mejor para librarme de ti, no puedo arrojarte por la

ventana aunque me gustaría... eso despertaría sospechas. Betty, sal de allí, necesitaré tu ayuda.

Mi nueva doncella emergió del cuarto y me sujetó por detrás demasiado rápido para poder escapar.

—Betty, ¿qué haces? No puedes servir a madame Clochard.

La doncella me miró burlona.

—Seré bien recompensada, madame. Ustedes los nobles creen que son muy generosos al darnos las sobras mientras se dan la gran vida... en otros tiempos sus cabezas rodaban como calabazas secas por todas partes— dijo Betty.

—Bueno, basta de tanta cháchara Betty. No olvides que es una dama quién te paga para hacer esto. Andando las dos. Que el camino es largo.

—No puedo salir así con este vestido ligero, hace frío—me quejé.

Ella miró a su alrededor y le ordenó a Betty que me buscara una capa mientras me apuntaba con la cuchilla de cocina.

Minutos después me cubría con una capa.

—Ahora camina y no intentes nada, no olvides que tengo esto y lo usaré si es necesario.

—¿A dónde me llevará? No puede hacerme daño ahora, soy la esposa del conde de Valois y él la odiará si hace esto. Por favor.

Pensé que podría hacerla cambiar de idea.

—Philippe no me odiará, al contrario, él regresará a mí cuando tú ya no estés, pequeña heredera de Rouen. Jamás podrías apartarlo de mí, ¿creísteis que sería fácil venir aquí con tu historia de niña huérfana y robarme al hombre que amo? ¿Y esperabas que me fuera y te lo dejara servido en bandeja, pequeña rata oportunista? Buscabas que él te ayudara a encontrar un marido pero en realidad lo querías a él. Pues claro que no. Me fui pero volví, porque sabía que Philippe estaba bobo por ti y buscaría la forma de hacerte su esposa. Él necesita una esposa virgen y una rica heredera además. Pero luego de una noche de bodas desilusionante con una novia asustada que no sabe nada ni tiene idea de cómo complacer a su esposo, el conde regresaría a mí. Porque yo le conozco bien y soy por lejos la amante que más ha sabido darle placer y felicidad.

La luz del candelabro iluminó su rostro pintado de blanco. Había usado polvos y colores para desfigurar sus facciones al punto de que con la luz difusa no había podido reconocerla. Pero ahora podía ver con claridad toda su locura desatada en su mirada.

Obedecí aterrada al comprender que Bianca Clochard era una lunática asesina y no vacilaría en matarme si la desafiaba. ¿Sabría que me había casado con Philippe ese día y por eso había ido a mi habitación a buscarme para evitar nuestra boda religiosa?

Ahora comprendía quién había estado fingiendo ser el fantasma de

Adeline apareciendo en el espejo y enviando ese vestido. Debió planearlo todo para que no me casara con el conde porque ella lo amaba, lo amaba con locura y pensaba que le pertenecía. Pero estaba segura de algo: que mi marido no la amaba, no como ella creía y no se podía obligar a un hombre a amar a la fuerza. Philippe no le pertenecía, él se había hartado de su compañía mucho antes de pedirme matrimonio, lo recordaba bien.

Sin embargo debía obedecerle si quería seguir con vida. Caminé con paso lento, seguida de cerca por Betty y por madame Clochard, la novia fantasma. Vaya siniestra alegoría, la novia Valois, oscura y siniestra rondando el castillo sin hacer ruido, aguardando el momento justo para deshacerse de todas las novias Valois. La antigua amante desechada convertida en un demonio de carne y hueso.

Pensé que alguien oiría nuestros pasos y me pregunté con angustia dónde estaría Philippe. ¿Por qué no había ido a nuestros aposentos nupciales? ¿Acaso pensó que yo estaría más tranquila si dormía sola? ¿Y cómo fue que esa malvada mujer convenció a Betty de traicionarnos? Debió ofrecerle mucho dinero.

Entonces pensé en las palabras de madame Arlette sobre una criada entrando en mi habitación para dejar el vestido estropeado con la horrible nota. Debió ser Betty por supuesto. Y allí estaba la sombra oscura que amenazaba mi felicidad, una antigua amante del conde: madame Clochard.

La bruja no le había errado excepto que jamás imaginamos que sería esa mujer pues hacía tiempo se había marchado del castillo, pero tenía sentido, pues había mantenido una relación tormentosa y pasional con mi esposo en el pasado. Sólo ella tenía motivos de sobra para odiarme y para elaborar un plan tan funesto como ese. Y jamás lo sospechamos siquiera.

—Camina más rápido marmota—se quejó madame Clochard—Y no intentes hacer nada, porque si gritas o pides ayuda no vacilaré en hundir este cuchillo en tu menudo esqueleto.

La miré aterrada y noté que todo el castillo permanecía en silencio. No había nadie, nadie que pudiera ver que una loca disfrazada de novia fantasma me estaba llevando por un oscuro pasillo seguramente rumbo a mi ruina. Iba a matarme, no sabía por qué no lo había hecho ya, supuse que tenía un plan. Quería que fuera algo accidental como ocurrió con Annet Sorelle y seguramente tenía todo preparado para que nadie sospechara siquiera que había sido ella.

—Más deprisa, no tenemos mucho tiempo maldita sea—se quejó madame Clochard.

Betty, que me seguía de cerca tropezó y de pronto chilló y noté que sangraba.

—¿Qué me ha hecho, madame?—Betty comenzó a gritar pidiendo ayuda al ver que la había herido.

—Fuiste tú que me empujaste grandota del demonio. Déjame ver. No grites maldita idiota, fue un accidente.

Madame Clochard quiso tranquilizar a la doncella pero noté que tenía mucha sangre en el brazo y estaba asustada.

—Voy a morir—gritó y comenzó a pedir ayuda.

Era mi oportunidad de gritar y pedir ayuda también, pero no me atreví, sólo corrí y subí las escaleras con todas mis fuerzas, a tientas, porque era madame Clochard quien tenía la lámpara ahora. Debía esconderme de esa loca cuanto antes.

Oí los gritos de Betty a la distancia hasta que sólo oí mis pasos corriendo en la oscuridad y mi corazón que latía enloquecido.

Me detuve porque estaba sin aire, respiraba con dificultad. Y entonces la vi aparecer como un fantasma y grité pues blandía un cuchillo y parecía decidida a matarme mientras me miraba con ojos de loca. Me había seguido olvidando por completo a Betty que no dejaba de gritar y pedir ayuda a la distancia.

Grité con todas mis fuerzas pidiendo ayuda y fue un grito tan fuerte y desgarrador que la harpía se detuvo y se cubrió los oídos, aturdida.

—Calla, maldita estúpida—dijo madame Clochard avanzando hacia mí.

Pero de pronto oí que decían mi nombre a la distancia. Guerine...

Guerine... No podía creerlo. Era Philippe. Mi marido. Estaba allí y sabía que corría peligro. Tal vez escuchó mis gritos o fue gracias a Betty, no lo sabía.

La novia fantasma también escuchó su voz y él entró de repente en la habitación portando un candelabro y nos vio. Y vio con horror que ella tenía una cuchilla y estaba fuera de sí.

—¡Bianca! Deja ese cuchillo enseguida o juro que lo lamentarás porque si le haces daño a mi esposa yo mismo os daré muerte. ¿Es que te has vuelto loca?

Ella se detuvo al instante y lo miró fascinada y retrocedió como avergonzada de su propia maldad y locura.

—Philippe—murmuró.

Él se acercó y le quitó el cuchillo o ella se rindió, no estoy segura, pero al verle cambió por completo.

—Fuiste tú... ¿cómo pudiste? ¿Cómo entraste aquí?—se quejó furioso muy alerta a los movimientos de su amante.

Luego me miró y me preguntó si estaba bien.

Llegaron dos robustos sirvientes portando lámparas y toda la habitación se iluminó dejando en evidencia el ridículo disfraz de madame Clochard y sus manos cubiertas de sangre.

—Cómo entraste aquí Bianca? ¿Qué demonios has hecho?

Ella lo miró con una sonrisa.

—Lo hice por ti, Philippe. Fue por ti... yo debía ser tu esposa no ésta tonta colegiala. Me habrías pedido matrimonio si esta huérfana no hubiera aparecido en nuestras vidas para arruinarlo todo ese día—se quejó.

Mi esposo la miró horrorizado.

—Jamás os prometí matrimonio, Bianca. ¿Y creías que haciéndole daño a Guerine yo os haría mi esposa? Jamás lo habría hecho. Amo a Guerine y sospechaba que estabas detrás de esto y busqué en cada rincón del Château maldita sea ¿dónde diablos te escondías?

Ella rió triunfal.

—Estaba con la servidumbre mi querido Philippe, vestida como fregona... usaba una peluca y dije que era la hermana menor de Betty. Sabía que nunca mirarías a una sirvienta, que nunca buscarías en los aposentos de los sirvientes—le respondió con sorna—allí estuve desde hace más de dos semanas. Betty me ayudó a asustar a Guerine y a tu hermana con la historia del fantasma, ella puso el vestido en su habitación con la nota. Fue un plan brillante, pero la muy tonta no se asustó como esperabas y luego tú te la llevaste a tu habitación para protegerla... pero no creas que podrás acusarme de esto. Soy Bianca de Clochard y tengo amigos en el ayuntamiento de París y buenos abogados. No podréis probar nada... Lo negaré todo y nadie os creerá Philippe de Valois.

—Pues esta vez habéis llegado demasiado lejos, Bianca, has intentado

matar a mi esposa, y no permitiré que vuestra maldad quede impune. El intento de homicidio es un delito. Apresad a esa demente de inmediato.

Los dos criados atraparon a madame Clochard que se resistió furiosa de que un par de sirvientes osaran sujetarla.

—¿Vuestra esposa? Yo he sido vuestra esposa secreta durante años, he estado a vuestro lado siempre, y he sido vuestra amiga y querida. Yo debía ser tu esposa no esa niña huérfana—madame Clochard estaba fuera de sí y luchaba por liberarse de los dos criados robustos que la sujetaban pero no pudo afortunadamente.

—Llevala a los calabozos y encerrad a esa loca con cerrojos. Que no escape. Vigilad su puerta y avisad al alguacil cuanto antes. Deberá responder por todo lo que ha hecho.

En tus brazos

Cuando se hubo ido sentí que estaba a punto de desmayarme, había pasado los momentos más horribles de mi vida y lloré, no pude contenerme. Philippe me abrazó con fuerza.

—Guerine, ¿estáis bien? ¿Esa maldita os hizo daño? Juro que pagaré, no permitiré que esto quede impune—dijo y secó mis lágrimas.

Lloré mientras le contaba lo ocurrido, cómo madame Clochard apareció de repente vestida de novia y me obligó a abandonar la habitación.

—Iba a matarme... pero quería que fuera un accidente, como le ocurrió a la pobre Annet Sorelle. Ella lo confesó...

Le conté nuestra conversación y él quedó muy impactado. No podía creer tanta locura y maldad de su antigua amante.

—Guerine, te aseguro que no sabía que estaba aquí, sospeché que ella había hecho lo del vestido y la busqué por todo el castillo, pero no había ni rastro, ahora entiendo que la ayudaron a ocultarse. Mis propios sirvientes me han traicionado, no puedo creerlo. Pero os aseguro que averiguaré quién la ayudó además de Betty y su hermana. Han estado a punto de cometer un crimen y son cómplices de un delito.

Un criado apareció entonces para decir que Betty estaba herida y madame Clochard lo había hecho para que no hablara.

—Betty y su hermana son cómplices de esta mujer, deben ser prendidas ahora. Averiguad quién más lo hizo porque durante días Bianca Clochard ha estado escondida en el Château preparando su plan nefasto—se quejó el conde.

El criado no sabía nada del asunto.

—No comprendo cómo ha podido ocultarse, hemos registrado cada rincón Monsieur. Pero descuide, investigaremos qué pasó y llegaremos a la verdad.

Entonces apareció en escena Camile seguida de tía Amelie, aún llevaban la ropa de cama y un gorro de dormir.

—¿Qué ha pasado?—preguntó asustada.

Tía Amelie se veía muy alterada también.

—Madame Clochard estuvo aquí escondida tía, planeaba asesinar a Guerine... quiso hacerlo hace un momento—les respondió mi marido.

Ambas se miraron horrorizadas, no podían creerlo.

El castillo quedó conmocionado por lo ocurrido, los criados y algunos invitados abandonaron sus habitaciones seguramente al oír mis gritos.

Camile me miró espantada.

—Oh Guerine, ¿estáis bien, esa maldita os hizo daño?—me preguntó.

—No... sólo el terror que sentí cuando la vi vestida de novia con un cuchillo en su mano.

—Demonios, esa mujer estaba más loca de lo que pensábamos.
¿Cómo pudo hacerlo, cómo llegó aquí sin que nadie lo supiera?

Philippe le contó la verdad y Camile son podía creerlo.

—¿Era ella la dama fantasma del espejo? ¿Pero cómo no lo vi?

—Usaba un disfraz—le respondí.

Toda la verdad salió a la luz, también supieron que fue madame Clochard quien asustó a Annet Sorelle provocándole que saltara al vacío. Seguramente planeaba algo similar para mí y todavía temblaba del susto.

Philippe lo notó porque pidió a su hermana y a su tía que regresaran a sus habitaciones.

—Acaban de encerrarla en las mazmorras, no podrá salir de allí hasta que el alguacil venga a buscarla—les dijo.

Ambas se marcharon muy asustadas y entonces el conde me abrazó y me llevó de regreso a nuestros aposentos. Estaba tan nerviosa que todavía temblaba cuando llegamos a la habitación. No podía olvidar que esa mujer estuvo a punto de matarme, lo habría hecho de no ser porque hirió a Betty primero y luego Philippe me salvó.

—Tranquila, todo está bien, el peligro ha pasado... os juro que haré que esta mujer pague por lo que hizo—me dijo y al ver que lloraba se acercó a la cama y me envolvió entre sus brazos y me dio un abrazo fuerte y cálido.

Y en sus brazos me sentí tan reconfortada y a salvo, pero casi temía

dormirme y que madame Clochard apareciera vestida de novia blandiendo un cuchillo en lo alto, creo que tardaría mucho en olvidar esa horrible impresión.

De pronto le pedí que no se fuera.

—Quédate aquí conmigo y cierra todas las puertas. Ya no me fío de ningún sirviente, mi propia doncella ayudó a madame Clochard—me quejé.

Él se puso serio y me dio un beso tan dulce.

—Debí quedarme a tu lado esta noche, pero pensé que te asustaría... temí que pensaras que quería hacerte mía. Pero sólo quería dormirme abrazado a ti Guerine... te amo, preciosa... nunca he sentido algo como esto por una mujer, jamás... desde que te vi hace años en el castillo de Saint Michelle desee que fueras mi esposa. Os vi en los jardines, caminando del brazo de vuestra institutriz. Y cuando os vi aquí pensé que era un sueño, no podía creerlo. Mi hermosa Guerine, mi dulce ángel—me susurró al oído.

Sus palabras me emocionaron y llegaron a mi corazón, lloré tanto y él me besó y consoló.

—No temas preciosa, estás a salvo ahora, nunca más dejaré que duermas sola, nunca más me apartaré de vuestro lado—dijo y secó mis lágrimas y me besó. Me besó y apretó entre sus brazos, sin dejar de besarme una y otra vez. Besó mis labios y de pronto sentí que introducía su lengua en mi boca y la llenaba con ella. Temblé de emoción y deseo al sentir esa inesperada y rara caricia y respondí a ese beso ardiente y lentamente mi capa

se deslizó por el piso y también mi vestido mientras sus besos se deslizaban por mi cuello y se detenían en mis pechos.

—Eres tan hermosa Guerine, tan dulce—dijo—mi bella esposa... pero no temas, sólo quiero besarte... me detendré si me lo pides.

Estaba medio desnuda a la luz del candelabro y no sentí vergüenza ni temor, era su esposa ahora pero todavía no teníamos la bendición. No sabía si era correcto pero luego de que haber vivido esa horrible pesadilla pensé al diablo con lo correcto...

—No te vayas, por favor, abrázame Philippe—le supliqué porque sentí que habría llorado desconsolada si él me dejaba ahora.

Él sonrió.

—No me iré preciosa, me quedaré a tu lado siempre—dijo y se quitó la camisa lentamente pero no se desnudó todavía y volvió a besarme, a estrecharme contra su pecho desnudo. Sus besos y caricias recorrieron mi cuerpo con suavidad despertando todo mi ser a sensaciones desconocidas de placer.

Casi sin darme cuenta me encontré desnuda entre sus brazos, completamente desnuda pero ya no tenía miedo...

Y cuando lo vi desnudarse lo miré con curiosidad, nunca había visto a un hombre desnudo pero madame Arlette me había advertido, sabía lo que pasaría después y al ver su miembro rosado y erecto me sonrojé.

—No temas preciosa... si quieres me detendré ahora, tal vez no estés preparada... no sé si te habrán hablado de lo que pasa entre un hombre una mujer—dijo él.

Asentí despacio y él se acercó y me abrazó y sentí su miembro rozar mi pubis con suavidad. No sabía cómo haría para introducir esa inmensidad en mi vientre pero deseaba que lo hiciera, deseaba ser suya, estaba húmeda y temblaba de deseo cuando me envolvió entre sus brazos y me apretó contra la cama.

Quería ser su mujer, quería que me hiciera suya esa noche, había estado tan cerca de perderlo para siempre. Era mi esposo ahora y yo era su esposa, suya... Mi esposo, tan mío...

Siguió besándome y sentí que su corazón palpitaba enloquecido y se detenía para mirarme.

—Preciosa, deseo tanto hacerte mía—dijo.

—Yo también lo deseo, por favor... no te detengas. Ya no me da miedo... por favor.

Estaba algo asustada pero quería hacerlo, quería saber qué se sentía, cómo era hacer el amor con el hombre que amaba. Mi marido... era mío ahora y quería aprender a ser una esposa ardiente y apasionada para que nunca buscara consuelo en otros brazos jamás.

Él sonrió y me estrechó con fuerza mientras me besaba y de pronto

sentí que separaba mis piernas despacio y entraba en mi vientre estrecho. Gemí cuando introdujo su miembro en mí, sabía que sería doloroso pero no me importó, deseaba tanto que pasara y lo abracé con fuerza y sentí que caía sobre mí y me apretaba contra la cama mientras me llenaba por completo con su miembro duro e inmenso.

Fue doloroso y lloré pero no eran lágrimas de pena sino de emoción. Él besó mis labios y sentí su lengua húmeda en mi boca y luego sentí sus besos en mi cuello y sus manos acariciar mis nalgas mientras entraba un poco más.

Lo hizo muy despacio, con tanta delicadeza, deteniéndose para saber si estaba bien.

—¿Estás bien? Eres preciosa, tan hermosa, cielo—dijo.

—Estoy bien. Te amo Philippe, y tuve tanto miedo de perderte.

Él me miró emocionado por mis palabras y me besó, me dio un beso ardiente y apasionado mientras nos fundíamos en un abrazo apretado y sentí que me rozaba una y otra vez y el dolor se esfumaba y una emoción tan fuerte e intensa se apoderaba de mí. Acababa de convertirme en su amante, en su mujer y jamás creí que sería tan maravilloso, tan dulce y sublime.

—Te amo, Philippe, te amo.

Él me miró y me besó y luego nos miramos un momento. Estábamos tan cerca, unidos de forma tan íntima y especial. Era mágico, era la fiesta del

amor, ahora lo sabía...

—Te amo pequeña, te amo tanto mi hermosa Guerine—dijo y me miró muy serio—¿Puedo hacerte mía de nuevo?—me preguntó.

Asentí y él comenzó a besarme, a envolverme con besos y caricias mientras entraba de nuevo en mí y me rozaba despacio haciéndome sentir que era suya y le pertenecía por completo.

Fui tan feliz esa noche, a pesar de todo lo malo que había pasado hacer el amor con Philippe me colmó de paz y bienestar, y despertó la mujer dormida en mí. Ya no tenía miedo, quería ser suya para siempre.

Al abrir mis ojos comprendí que no era un sueño, había hecho el amor con mi marido varias veces y estaba desnuda entre sus brazos y me sentí tan bien, tan feliz... Él me dio un beso suave y me estrechó con fuerza. Éramos marido y mujer y había sido maravilloso.

—¿Te encuentras bien, preciosa?—me preguntó.

—Sí. Jamás pensé que sería así, tan hermoso—le respondí.

Él me besó.

—Temblabas preciosa temblabas antes de convertirte en mi mujer...

—dijo.

Amanecía y era un día radiante. Traté de no pensar en los sucesos malos del día anterior. Nuestra boda religiosa aguardaba.

—Debemos casarnos... ¿qué hora es?—pregunté algo somnolienta.

Philippe me llevó de regreso a la cama.

—Es temprano ángel, creo que tenemos tiempo para hacer nuestros votos antes de la boda—me dijo él.

Me sonrojé al comprender sus intenciones pero cuando estuve entre sus brazos no pude evitar dejarme llevar por el deseo. Quería sentirle en mí, sentí una urgencia desesperada por ser suya de nuevo, por sentir que no era un sueño, que era real. Estaba en mí y yo era de nuevo suya, tan suya... todo mi cuerpo despertaba a nuevas sensaciones y mi corazón estaba colmado de felicidad. Hacer el amor era el paraíso, era la fiesta de los amantes y mi mayor placer era sentir sus besos y sentirle en mí llenándome con su virilidad primero y luego con su simiente... y de ese simiente tal vez luego naciera nuestro primer hijo... pero no pensaba en eso ahora, pensaba que era su mujer ahora y no quería salir de esa cama...

Él sonrió al verme exhausta y acarició mi cabello.

—Mi pequeña diablilla... creo que hoy iremos tarde a la iglesia—dijo y me envolvió entre sus brazos para hacerlo de nuevo.

—Eres tan dulce pequeña, tan hermosa... mi esposa al fin, mi mujer—me dijo al oído mientras me llevaba de nuevo a la cama para hacerme suya.

Y mientras entraba en mí y acomodaba despacio su miembro erecto e inmenso me dijo al oído:

—Preciosa, me encantaría quedarme el resto del día aquí haciéndote el amor.

Sonreí y él me besó.

—Amo tu sonrisa pequeña y te amo a ti, por entero y nadie podrá separarme de ti jamás...

Sus palabras me provocaron una emoción intensa, sabía que nunca olvidaría el instante en que fui suya por primera vez ni esa mañana en la que llegamos tarde a la ceremonia porque habíamos decidido probar del postre antes de la bendición.

Entramos a la capilla del Château de la mano como marido y mujer, compartiendo esa intimidad que nos unía y nos fundía en un solo ser. Felices y enamorados. No hubo ritual de entregar a la novia, preferí entrar tomando su brazo, los dos juntos como marido y mujer. Fue un momento tan feliz, sentí que mi sueño acababa de hacerse realidad y esperaba que con la bendición de Dios fuera un matrimonio feliz y duradero, un matrimonio por amor como siempre había soñado.

—Felicidades Guerine... te ves tan hermosa—dijo Camile, y en un momento cuando estuvimos a solas me dijo que no olvidara beber el filtro.

Sonreí cuando dijo eso, no habría sido correcto decirle que ya no sería necesario pues había hecho el amor con su hermano muchas veces antes de esa boda. Era mejor seguir la tradición y que pensarán que había perdido mi

virginidad luego de la bendición y no antes.

Entonces se acercó madame Fontaine y me felicitó y mientras me besaba se emocionó.

—Que seas muy feliz Guerine, sé que harás feliz a mi sobrino. Él necesitaba una joven buena y de noble corazón como tú y me alegra mucho que seáis la nueva condesa Valois ahora.

Sus palabras me dejaron perpleja, ciertamente que no lo esperaba y me sentí algo atormentada por haber desconfiado de ella, ahora sabía que era incapaz, una dama incapaz de cometer un acto de crueldad.

—Gracias, madame Fontaine—le respondí.

Sus ojos brillaban de la emoción.

—Cuenta conmigo, Guerine, yo os enseñaré todo lo relacionado al Château porque creo que es tiempo de que comience a delegar algunas tareas. Sois muy joven pero es tiempo de que toméis el lugar de la señora del castillo.

Le di las gracias y entonces oí la música y sonreí pues allí estaba Philippe esperando para que le concediera la primera pieza del baile. En realidad quería bailar todas las piezas con él ese día.

Fue un día memorable, tan feliz.

Bailamos y charlamos y estuvimos juntos gran parte del día pero en un momento noté que unos criados lo llamaban aparte y pensé en madame

Clochard. ¿Qué habría pasado con ella, estaría confinada en alguna mazmorra? Me sentí intranquila pensando que esa mujer malvada pudiera escapar y hacernos daño. Justo la noche antes de mi boda, qué mujer tan siniestra, estaba loca, pensaba que mi esposo la amaría si se deshacía de mí y todo ese tiempo había estado siguiendo mis pasos desde las habitaciones de servicio y Betty la había ayudado...

Philippe regresó poco después. La fiesta llegaba a su fin y era hora de retirarnos a nuestros aposentos nupciales para celebrar la auténtica fiesta del amor. Cuando estuve lista y con un vestido ligero me deslumbró contemplar la habitación de los condes de Valois. Había una cama inmensa de fina madera tallada con distintas imágenes de parejas abrazadas amándose.

—Fue idea de un ancestro de los tiempos de la revolución, quiso cambiar el mobiliario y escogió algo más atrevido—dijo Philippe.

Sonreí al sentir que me envolvía entre sus brazos y me llevaba a la cama. Ya no tenía miedo, ansiaba ser suya y me moría por pasar la noche entre sus brazos...

El invierno pasó y a comienzos de primavera tuve la certeza de que esperaba un hijo y esa noticia me llenó de gozo y felicidad. Un niño en mi vientre, fruto de nuestro amor y pasión. De las noches en vela y las tardes grises y frías... ni una vez había tenido la regla desde mi boda así que

imaginé que debí quedar encinta la primera vez que fui suya en la intimidad.

Y esa noche mientras hacíamos el amor como casi todas las noches se lo dije. Quería que él fuera el primero en saberlo.

Philippe se emocionó al saberlo.

Mi cuerpo había cambiado, había dejado de ser esa jovencita escuálida y esos meses me había convertido en mujer y ahora empezaba a notarse una forma en mi vientre. Imaginé que era el bebé que crecía despacio. Él me besó y acarició mi cuerpo mientras entraba en mí.

—Preciosa, creo que lo sabía pero no estaba seguro... un bebé, qué maravillosa noticia.

Sonreí feliz y me estremecí de pasión y felicidad cuando rodamos por la cama y la cópula se hizo intensa. Había descubierto las delicias de la pasión en sus brazos y todo mi ser se estremecía de placer, había aprendido a complacerle a ser la amante que un hombre tan ardiente como mi esposo necesitaba. Y también había descubierto el placer más exultante y sublime pero sabía que lo principal era el amor que nos unía y fundía en un solo ser.

No había sido sencillo para mí tomar las riendas del Château como la nueva condesa y madame Fontaine me auxiliaba en casi todo. Philippe tampoco deseaba que me esforzara en agasajar a nuestros amigos y vecinos. Pues para empezar era invierno y muy pocos abandonaban sus casas esos días.

Además pasábamos gran parte del día juntos encerrados haciendo el amor, en las tardes simplemente desaparecíamos luego del almuerzo y hasta la cena.

Ahora tenía los resultados de tanta pasión...

Camile fue la siguiente en enterarse y luego madame Fontaine.

—Oh Guerine... ¿pero cuánto tiempo tienes de preñez?—me preguntó Camile una mañana luego de saber la noticia.

—Tres meses...

Ella sonrió con picardía.

—Oh por Dios, el filtro de la bruja Arlette sí funcionó tú... tienes el tiempo de preñez como si... fue en tu noche de bodas que quedaste preñada... ya se os ve distinta.

Me sonrojé cuando dijo eso, a pesar de nuestra amistad jamás hablábamos de asuntos privados, ni loca le habría contado que el filtro de la bruja no había sido necesario, que mi amor por Philippe había sido más que suficiente para despertar en mí una pasión ardiente desconocida. Jamás creí que sería algo tan hermoso y placentero y que me dejaría arrastrar por la pasión... pero lo que pasaba en nuestra alcoba era un asunto muy íntimo y privado.

—Entonces el bebé nacerá a comienzos de otoño—dijo Camile— porque tú no has tenido la regla luego de tu noche de bodas.

—Es verdad...

—OH qué bendición amiga, luego de haber sufrido tanto, después de que esa malvada mujer casi logra sus siniestros planes.

La mención de madame Clochard ya no me afectaba. Estaba en la cárcel por haber confesado que fue la responsable de la muerte de Annet Sorelle y también de un intento de homicidio. Al parecer su influencia y amistades en París no le habían servido de nada, Betty y su hermana lo confesaron todo y también fueron encerradas por cómplices. Ahora todas estaban muy lejos, en una prisión de París y los padres de la desdichada Annet había pedido la pena máxima porque ella había aterrorizado a su hija provocando su muerte de alguna manera y era culpable de ello

Pero ya no temía a esa malvada mujer, estaba muy lejos y sabía que jamás podría hacerme daño. Era feliz, tan feliz...

Finalmente había vendido el castillo de Saint Michelle a un caballero de París y comprado una propiedad que lindaba con el Château Valois pues era mi intención echar raíces y quedarme en Lille junto a mi marido y a mi nueva familia. Soñaba con ver crecer a mis niños en esos jardines...

El tiempo pasó y el bebé comenzó a notarse, pero eso no impidió que siguiéramos haciendo el amor muy a menudo porque encerrarnos era un momento nuestro del que no deseábamos privarnos.

Sabía que algunas damas consideraban que era pecaminosa la

intimidad cuando el estado de preñez era avanzado pero eso no nos detuvo porque disfrutábamos mucho nuestra intimidad y jamás habría deseado privar a mi esposo ni verme privada de su amoroso abrazo.

Un año después, cuando tenía a nuestro primogénito en brazos Camile me contó que la bruja del río había muerto del corazón, había pasado de un sueño a otro pues era muy anciana y en los últimos tiempos apenas abandonaba la cama luego de sufrir un fuerte resfriado.

Sentí tristeza por ella, había querido advertirnos sobre madame Clochard, aunque no dijo su nombre y me había hablado de lo que debía ser una verdadera esposa y le estaba muy agradecida por ello.

Pero con mi pequeñín en brazos no podía estar mucho tiempo triste. Tenía tres meses y era un robusto varón que necesitaba una nodriza para alimentarle pues mi leche no era suficiente para él.

Pensé en las predicciones de la bruja ese día pues con un bebé en brazos supe que tenía otro en la panza como ella predijo, pasaría mi vida marital en la cama y siempre tendría un bebé en la panza pero eso me hacía inmensamente feliz, pues descubrí que ser madre era la experiencia más maravillosa del mundo.

Camile sostuvo al bebé porque de pronto comencé a sentirme mareada y débil. Sabía que eran los síntomas del embarazo.

—¿Qué tienes, Guerine? Te has puesto pálida. Creo que debo avisarle a Philippe.

Sonreí a pesar del malestar.

—Estoy bien... no es nada... —dije y respiré hondo.—Estoy esperando otro bebé, Camile.

Ella me miró sorprendida.

—¡Oh mon Dieu! Pero es muy pronto... no puede ser.

Me dejé caer en la poltrona mientras respiraba hondo.

—Tengo un retraso Camile, más de dos meses. Sé que está allí, puedo sentirlo, tengo malestares en las mañanas y...

Camile sonrió.

—Y mi hermano jamás te deja en paz, ¿no es así? Pero Guerine, es muy pronto para tener otro bebé, el pequeño Louis sólo tiene cinco meses.

Mientras decía eso mudó de expresión.

—Al final la bruja tenía razón... dijo que cada vez que salieras de la cama tendrías un bebé en la barriga.

Sus palabras me hicieron ruborizar y Camile rió.

—Me encantaría saber cómo es... porque tú eres feliz, te ves tan feliz con Philippe... has cambiado Guerine, ya no eres esa joven asustada que llegó aquí.

Tenía razón, tantas cosas habían cambiado entonces.

—¿Y cómo es Guerine? ¿Cómo es la intimidad entre un hombre y una mujer?

Su pregunta me tomó por sorpresa y era la primera vez que decía algo como eso.

Bajé la mirada ruborizada.

—Es algo maravilloso Camile... es magnífico y jamás imaginé que sería así, que... Porque hay mucho amor, por eso.

—¿Y lo hacen todos los días?

Asentí.

—Y la primera vez fue... ¿os dolió mucho?

Imaginé que quería saberlo por curiosidad pues también soñaba con casarse un día.

—Sí pero no es tan doloroso como dicen en realidad, ni siquiera piensas en el dolor porque es un acto de amor y devoción, Camile. Pero debe haber amor y ternura, no puede ser algo brusco ni forzado.

Los ojos de Camile brillaron con intensidad.

—¿Y tenías mucho miedo esa noche? El filtro de la bruja os ayudó imagino.

Guardé silencio pero al final le dije a la verdad.

—Jamás necesité beber el filtro Camile, yo amo a Philippe, lo amo tanto que esa noche no tuve miedo, me dejé llevar y no creo que debas beber

ningún filtro.

Ella me miró sin ocultar su sorpresa.

—¿Y no deseaba salir corriendo?

—Claro que no...

Camile se quedó pensando en mis palabras y no dijo nada. Me pregunté por qué estaba tan curiosa con respecto a la noche de bodas. ¿Acaso pensaba casarse? Lo dudaba. Ella todavía amaba al marqués en secreto pero no había vuelto a verle. Pobrecilla...

Tuve que acostarme porque volví a marearme y ella llamó a una criada para que me ayudara y me trajera agua mientras dejaba al pequeño Louis en la cuna de la nursery.

Sufrí malestares las semanas siguientes y el doctor me dio un tónico para fortalecerme. Estaba algo preocupado de que hubiera quedado encinta tan pronto pero no estaba débil, sólo mareada por los malestares de mi estado.

Philippe se quedó a mi lado para cuidarme, feliz de saber que estaba nuevamente encinta.

Era tan afortunada de tener un bebé en brazos y otro creciendo en mi vientre. Camile siempre estuvo a mi lado ayudándome muy contenta de cuidar a su sobrino y madame Fontaine también que estaba feliz al saber que estaba nuevamente encinta.

Louis era el rey del Château pero tuvo que compartir el trono cuando

siete meses después nació la pequeña Sophia. Una niña rubia muy pequeñita que fue la preferida de madame Fontaine.

Dijo que se parecía a Camile y ella lo negaba.

—Es igual a Guerine, hermosa como su madre—dijo.

Y mientras la tenía en brazos una mañana noté que se ponía triste y callada.

Había notado que algo le pasaba, a pesar de su entusiasmo por el nacimiento de su sobrina ella estaba distante, pensativa.

—¿Ocurre algo, Camile?—le pregunté entonces.

Éramos muy cercanas, casi hermanas y ambas sabíamos cuando pasaba algo.

Camile me miró muy seria y algo en su mirada me alarmó porque noté algo distinto. No era la melancolía que la atacaba a mediados de otoño, era algo más.

—No me pasa nada, estoy bien...—dijo y me entregó a la niña para que la alimentara.

Como era pequeñita y no muy voraz, no había sido necesario que la alimentara la nodriza. Además tenía suficiente leche para ella y para el pequeño Louis que se acercaba celoso para tomar de mi leche a veces. Se había convertido en un bebé regordete de catorce meses y aunque comía papilla también le gustaba prenderse al pecho y se quedaba dormido. Era tan

parecido a Philippe, tenía sus ojos verdes y era como su padre en miniatura.

La pequeña Sophie se alimentó despacio pero no se detuvo hasta vaciar mis pechos, los dos. Y sólo entonces se durmió.

—Qué hermosa es—dijo Camile.

Pero noté algo en su mirada que me alarmó.

—Camile, tú tienes algo, te ves muy pálida y... has estado muy callada últimamente. Por favor, dime la verdad. Si en algo puedo ayudarte.

Cuando vi que se incorporaba noté el cambio, estaba más rolliza y pálida, ojerosa como si estuviera enferma pero lo que más delataba que le pasaba algo eran sus ojos.

—Oh Guerine... he estado viéndome con Artois a escondidas...—me confesó— cuando visité la casa de mis tíos en Saint-Denis y... perdí la cabeza y lo hice con él varias veces... ya no soy virgen Guerine, pero eso no es lo peor. Creo que estoy embarazada porque no he tenido la regla luego de eso.

Cuando me confesó eso sentí que mi corazón latía acelerado.

—Camile, no...

—Es verdad... tía Amelie cree que engordé porque me paso comiendo golosinas pero no es por eso. Es que tengo un bebé en la barriga, porque algunas veces él se detuvo y lo hizo fuera, pero en otras ocasiones me llenó con su semilla porque no se pudo aguantar y por eso me hizo un bebé y

ahora no está la bruja Arlette para ayudarme.

—Camile, ¿estáis segura de eso?

—Sí, hace más de tres meses que no tengo la regla y se lo he dicho Camile. Él ya lo sabe y me ha pedido que sea su esposa. Él me ama pero mi hermano jamás dará su consentimiento porque él es pobre, su familia tiene un modesto castillo en Lille.

Me rendí ante lo evidente, Camile estaba encinta y seguramente cuando me preguntó cómo era la primera vez tenía planeado casarse a escondidas con Artois, pero no lo hizo... se entregó a él por amor y debilidad y ahora debía casarse. Y durante meses había guardado ese secreto. Pobre Camile, todo ese tiempo no dijo una palabra.

—Camile... debes casarte de inmediato. Necesitas un esposo. Hablaré con Philippe. Deja que hable con él y lo convenza, debes casarte antes de que tu estado se haga evidente.

Ella secó sus lágrimas y me miró.

—Gracias Guerine, ¿pero crees que lo convencerás? Si le dices que estoy esperando un bebé se enfurecerá, no lo hagas por favor.

—Él debe saberlo, es tu hermano, Camile. Debo decirle la verdad a mi marido.

—Tal vez me case con otro hombre para ocultar la vergüenza como hacen otros nobles. Nunca ha querido que el marqués sea mi marido... no

digas nada, Guerine. No podrás convencerlo, creo que debo huir del Château... él me ha pedido que lo haga. Sé que mi hermano se enfurecerá pero con el tiempo se le pasará. No puedo hacer otra cosa ahora. Pensé en quitarme el embarazo pero me han dicho que debo hacerlo en los primeros dos meses de retrasos y llevo más de tres. He estado tan aterrada me lo he pasado llorando casi todos los días.

—Oh Camile, lo siento mucho, entiendo tu angustia y lamento no haberme dado cuenta antes. Pero por favor, deja que hable con Philippe, él entenderá, estoy segura de que aceptará que te cases con el marqués. Es el padre del niño que esperas y ahora no podrá negarse, no en una situación tan delicada como esta.

—Calla por favor, no digas nada. Sé cómo piensa mi hermano y mi tía moriría del disgusto, no cree que sea capaz de algo como esto. Creo que lo mejor es que huya, no tengo otra opción ahora, Guerine.

—Camile, no huyas por favor. Necesitas ayuda. Vuestro esposo es pobre y Philippe los puede ayudar a casarse. Deja que intente hablar con él, es un hombre muy bueno, tal vez se enfade con el marqués pero cederá, hay un bebé en camino y eso lo cambia todo, es una situación muy delicada.

Los ojos de Camile se oscurecieron de miedo y rabia.

—Me encerrará hasta que encuentre un marido que quiera casarse conmigo, no permitirá que mi marido sea el marqués. O tal vez me envíe a

una mansión a tener a mi hijo para luego darlo en adopción. Soy la señorita Valois, no puedo tener un hijo siendo soltera y dudo mucho que encuentre un hombre que quiera casarse conmigo ahora. Por favor, Guerine, no digas nada.

Pero mientras decía eso su mirada cambió porque frente a nosotros estaba Philippe mirándonos sino ocultar su disgusto. Supe que había estado oyendo la conversación y en esos momentos no sabía qué hacer.

—Camile... ¿cómo pudiste?—dijo sin ocultar su asombro y rabia.

Ella retrocedió aterrada y yo tuve que intervenir para calmar a mi marido que se había puesto pálido de furia.

—Vuestra hermana os necesita, por favor Philippe. Debéis autorizar su boda con el marqués de Artois ahora. Camile cometió un error sí, pero ella ama al marqués hace muchos años y ahora está esperando un bebé suyo.

Él me miró aturdido como si no diera crédito a mis palabras. No fue sencillo que asimilara la gravedad de los hechos y que diera su aprobación para una boda que él no había autorizado en el pasado. Pero ahora al menos no dijo que Camile no se casaría con Artois.

—Sé que es difícil pero vuestra hermana está en estado y no puedes retarla por lo que pasó. Necesita tu ayuda, por favor. Necesita mucho de ti y de todos nosotros porque somos su familia. Y más que nunca necesita de todos nosotros. Por favor, Philippe, ten calma ahora—le dije.

Camile lloró y se alejó incapaz de sostener la mirada de su hermano.

Yo me acerqué y la abracé y lloré también al pensar en el momento tan triste que estaba pasando la pobre Camile. ¿Cómo pudo guardarse ese secreto tanto tiempo?

Él miró a su hermana sin decir palabra y de pronto abandonó la habitación y Camile se asustó.

—Ahora me encerrará, debo irme, Guerine.

—No pienses tan mal de vuestro hermano, lo conozco y sólo está asustado por lo que pasó, necesita tiempo para pensar qué hacer. Deja que piense. Tranquilízate por favor, no hagas ninguna locura, no huyas Camile. Tu hermano te ama, no te dejará sola en una situación como esta.

Le hablé mucho para serenarla porque ciertamente que estaba nerviosa y muy alterada. Tuve la esperanza de que mi marido recapacitara y aceptara la boda de su hermana con el marqués de Artois. Sabía que sólo necesitaba tiempo para asimilar la noticia sin embargo esa noche cuando nos retiramos a nuestros aposentos noté que estaba más tranquilo.

—Le he pedido al marqués que venga a verme de inmediato—dijo—
Debe responder por lo que le ha hecho a mi hermana o juro que lo lamentaré.

—Oh Philippe, ¿entonces darás tu aprobación para la boda?

Él parecía disgustado con la idea.

—Ahora no tengo opción. Camile perdió la cabeza y necesita un esposo. Pero le advertiré al marqués que el dinero que reciba de la dote será

de mi hermana y sólo ella podrá tocar ese dinero, nadie más. No era lo que esperaba por supuesto, quería un partido mejor para mi hermana, pero ahora no podré escoger, ni ella tampoco, se ha puesto en una situación... Ciertamente que no comprendo cómo pudo ser capaz.

—Camile lo ama, Philippe. Hace tiempo que está enamorada del marqués y se vieron a escondidas y sucedió.

Él me miró.

—Guerine, el marqués no es un mal hombre, le aprecio mucho pero luego de lo que hizo no puedo pensar en nuestra amistad sino en su traición. Dishonró a mi hermana y la dejó encinta como un hombre sin honor y sospecho que hizo esto para precipitar la boda, o fue él o lo hizo mi hermana porque está locamente enamorada de Artois desde hace años... sólo espero que sea un buen marido para Camile, ella necesita un esposo ahora, más que nunca y...os aseguro que si no es un buen marido con ella lo lamentará.

Lo abracé y él me besó.

—OH Philippe, gracias... temía que no aceptaras la boda ahora que estuvieras tan enojado...

—Es que no me ha quedado más remedio que aceptarla. Mi pobre hermana cometió una imprudencia y espero que no lamente haberlo hecho y que él pueda hacerla feliz y darle todo el amor que ella le ha brindado. Merece ser feliz, ha sufrido tanto la pobrecita luego de perder a nuestros

padres. No estoy enojado con Camile, sólo me asusté porque todo esto debe ser manejado con mucha discreción por el escándalo.

Nos miramos y nos besamos y me llevó a la cama para hacer el amor. Llevábamos semanas sin poder hacerlo luego de haber dado a luz a la pequeña Sophia y esa noche sus besos desesperados me hicieron sentir cuánto lo deseaba. Tal vez fuera pronto pues la niña no había cumplido un mes pero no podíamos esperar más y al sentir que sus besos se detenían en mi vientre supe que estaba perdida. Lo haríamos... me moría por estar con él, sentía que hacía tanto tiempo que no compartíamos la intimidad. Siglos.

—Eres maravillosa Guerine, eres un ángel que Dios puso en mi camino un día y os amo tanto—me dijo.

Me emocioné al sentirle en mi interior rozarme con pasión una y otra vez, era la fiesta del amor y la pasión. Era lo más sublime de este mundo.

—Te amo Philippe, tú has sido una bendición en mi vida, luego de tanto penar... bendita mi osadía de venir aquí un día—dije.

Él me besó y rodamos por la cama para hacer el amor otra vez...

Camile se casó en una ceremonia privada un mes después por civil y luego en la capilla del pueblo. Fue un momento muy emotivo y anhelado, Camile estaba tan feliz, hermosa y radiante.

Al fin la historia de amor tenía un final feliz y ella me lo agradeció

emocionada ese día.

—Gracias por ayudarme a cumplir mi sueño Guerine, nunca lo olvidaré... Y le agradezco a Dios que un día llegaras a nuestras vidas porque has hecho muy feliz a mi hermano y a todos nosotros en el Château... seremos una familia numerosa y cuando os visite tal vez tenga un bebé en brazos.

Lloré con sus palabras.

—Vosotros habéis cambiado mi vida, vos habéis sido como una hermana para mí, Camile. Soy yo quien debe estar agradecida. Llegué al castillo huyendo tan sola y ahora tengo un esposo y una familia. Era mucho más de lo que soñé un día y tú has sido tan buena Camile, te mereces ser feliz, y ahora tendrás un esposo que te ame y eso es lo más maravilloso del matrimonio. No lo olvides. Pero ten en cuenta que vuestra nueva familia no es tan floreciente y deberás adaptarte a una vida con menos lujos pero eso no debe afectarte, porque el amor de un esposo es el mayor tesoro en esta vida.

Camile secó sus lágrimas y habló.

—Nunca me importó que Louis fuera pobre, Guerine, ni tampoco usar vestidos sencillos... sólo quería una boda por amor y ser feliz a su lado. Él ha hablado con mi hermano y ha dicho que nada me faltará y esta boda ya es todo para mí.

Tenía razón, Camile era sencilla, nunca había sido una joven frívola

que sólo pensara en vestidos nuevos y sombreros. Le desee la mayor felicidad y nos despedimos.

Regresamos al Château Valois y noté que madame Fontaine estaba triste, no se esperaba que Camile se casara tan pronto pero cuando supo que esperaba un hijo casi sufre un ataque. Afortunadamente comprendió que era lo mejor y ahora dijo que cuidaría de sus sobrinos nietos.

Así que secó sus lágrimas y me miró.

—Camile cumplió su sueño, madame Fontaine—le dije.

—OH por favor, llámame tía Amelie, Guerine. Soy vuestra tía ahora.

Sonreí.

—Por supuesto.

—Es que no lloro de pena, me emociona ver que mi niña ya es una mujer y tendrá un marido que cuide de ella. Era lo que ella quería, lo sé y pensó que nunca lo tendría. La echaré mucho de menos porque es como mi hija sí, pero vivirá cerca y podré visitarla.

—También la echaré mucho de menos, es una hermana para mí, tía Amelie, Camile ha sido la hermana que nunca tuve pero soy feliz de saber que cumplió su más anhelado sueño—dije y me emocioné.

Philippe me abrazó al ver que lloraba y me retuvo en sus brazos el resto del viaje.

También había cumplido mi sueño de una boda por amor y sabía que

no había nada que llenara más el corazón que eso y a pesar de que sabía que extrañaría a Camile nos veríamos con frecuencia pues habíamos prometido visitarnos.

De regreso al Château sentí una emoción intensa al ver el castillo en lo alto rodeado por el bosque y el pantano. Mi hogar, mi nueva familia y el amor de mi marido. Ya no lloraba, era feliz.

—Te amo preciosa—me susurró el conde.

—Y yo te amo a ti, mi amor—le respondí.

Él me envolvió entre sus brazos y me dio un beso ardiente y luego del almuerzo nos retiramos a nuestros aposentos a descansar, pero sabía que no descansaríamos sino que haríamos el amor esa tarde fría de otoño y que así sería siempre. Haríamos el amor y siempre tendría un bebé en la barriga como había dicho la bruja una vez y llenaríamos el Château Valois de niños.

Eché de menos a Camile pero comenzamos a escribirnos pues Camile sufría malestares por su estado y se cansaba mucho.

Yo fui a visitarla algunas veces con tía Amelie a su nuevo hogar y la encontré muy feliz a pesar de que estaba siempre cansada por la preñez.

Las sombras que un día habían amenazado mi felicidad habían desaparecido para siempre, pues ese día, mientras jugábamos a las cartas en su habitación, Camile me contó que madame Clochard se había ahorcado en su celda porque no soportó saber que pasaría más de diez años en prisión.

La noticia me impresionó.

—Se lo merecía en realidad, ella le quitó la vida a la pobre Annet y también quiso matarte a ti—dijo Camile.

Tía Amelie intervino.

—Esa mujer estaba loca y tuvo el fin esperado.

—Ya no podrá hacer más daño tía, eso es lo bueno.

Philippe entró entonces y dijo que era hora de irnos porque comenzaba a oscurecer.

Me despedí de Camile y regresamos al Château solos, pues tía Amelie dijo que se quedaría unos días para ayudar a su sobrina que sufría malestares. A ella le encantaba cuidarla y se quedó muy contenta a su lado.

No hablamos de madame Clochard, no lo hicimos. Era la primera vez que visitaba a Camile en su nuevo hogar pues antes había sido reacio a hacerlo, buscaba excusas pero imaginé que necesitaba tiempo.

—Os echaba de menos, pasas mucho tiempo en la mansión de Camile —se quejó mientras me envolvía entre sus brazos.

Camile vivía en una mansión antigua pero le encantaba su nuevo hogar y era muy feliz, no le importaba que no fuera un castillo tan importante como el de su familia. Se había adaptado perfectamente y además me confesó que se llevaba muy bien con su suegra y sus dos cuñadas. Tenían sirvientes y una vida sin lujos pero nada le faltaba. Y su esposo la adoraba, cuando los vi

juntos supe que había amor entre ellos.

—Camile es como mi hermana—le respondí.

Él sonrió.

—Pero yo os quiero tener siempre a mi lado, preciosa y sufro si no estáis en el Château—dijo mi marido.

—Siempre estaré contigo, Philippe.

Él me miró con intensidad y me dio un beso apasionado.

—Te amo preciosa, soy tan afortunado de tener una esposa como tú...